Antonio Altarriba

Maravilla en el país de las Alicias



La sonrisa vertical



Una mujer bella e inteligente como Penélope, ¿permaneció fiel a Ulises durante tantos años pese al acoso de sus cien jóvenes pretendientes, o se dejó arrastrar por la tentación? Sabemos cómo transcurrían las noches de Sherezade, pero ¿con qué experiencias nutría la ficción de sus mil y una historias? Con respecto al doctor Frankenstein, ¿tenía tendencias necrófilas, o compensaba la melancolía de su morboso experimento con la carnalidad mucho más viva de otros placeres? Y la joven Alicia, ¿pervivió su mundo maravilloso cuando se hizo adulta?, ¿qué prodigios le aguardaban al otro lado del espejo cuando la sensualidad se infiltró en su cuerpo?

Antonio Altarriba, finalista del XVIII Premio La Sonrisa Vertical con su obra Cuerpos entretejidos, nos ofrece ahora cuatro jugosos relatos en los que desvela la vida oculta de algunos personajes de ficción, esa intimidad inconfesa que sus autores nunca contaron y que, de manera tan oscura como decisiva, determina y explica sus comportamientos. Así, Penélope, Sherezade, Víctor Frankenstein y Alicia cobran vida y se internan en relaciones eróticas que llevan al lector a la antigua Grecia, a Oriente, a la Inglaterra victoriana, para recorrer viejos mitos e historias con una nueva mirada, sin duda mucho más sensual, y explorar la relación entre la sabiduría y la belleza, entre el erotismo y la palabra, entre la muerte, el sexo y la vida.



Antonio Altarriba

Maravilla en el país de las Alicias

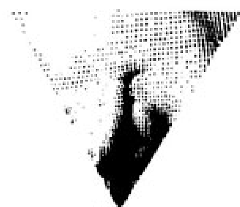
La sonrisa vertical - 140

ePub r1.0
orhi 12.03.17

Título original: *Maravilla en el país de las Alicias*
Antonio Altarriba, 2010

Editor digital: orhi
ePub base r1.2





La sonrisa vertical

Colección de Erótica dirigida por Luis G. Berlanga

El telar de Penélope

Penélope apartó la mirada y fingió no haberle visto. Siguió rizándose el pelo, enroscando cada mechón en los tirabuzones de plata que le regalara su madre, la prudente Peribea, y se mantuvo tercamente atareada ante el tocador, ignorando al intruso, como si no existiera. Había observado por el espejo cómo abría la puerta con sigilo, penetraba en sus aposentos y se escondía detrás de las cortinas. Sentía su respiración infectando el aire de la habitación con el aliento entrecortado del deseo, pero ella, imperturbable, continuaba arreglándose. Frotaba las mejillas con emplaste de loto traído de Egipto, resaltaba la transparencia de sus ojos con *khôl* negro que aplicaba sobre los párpados y se perfumaba la nuca con aceite de Focea. Del cuerpo de Penélope emanaba un penetrante aroma a flores que se extendía por todo el palacio.

Anfinomo husmeó desde su escondite y aspiró los dulces efluvios. Absorbía el aire como si, a través del olor, pudiera poseer a la mujer que lo desprendía. Enardecido, su sexo entró en erección y un delicioso cosquilleo le subió de la pelvis hasta la garganta. La inflamación de la entrepierna y el calor que se expandía por su piel le obligaron a desnudarse. Se quitó la túnica, la escondió con torpe precipitación detrás de la cortina y empezó a acariciarse. Por los muslos, por el vientre, por los testículos, por el tallo del pene… La excitación le desbordaba. Quería más: más olor de Penélope, y no sólo de su perfume, sino de ese otro que fluía de dentro de su cuerpo; más del suave chasquido de sus manos extendiendo afeites por los hombros; más del brillo dorado de sus bucles meciéndose tras las orejas. Así que se arriesgó y, aprovechando el ensimismamiento especular de la mujer, corrió de puntillas por la habitación hasta encogerse tras la enorme crátera que adornaba el acceso al balcón. Desde ahí, asomándose con disimulo, podía ver, además de la espalda, la oreja izquierda y el comienzo de la blanca

mejilla. El olor le llegaba con mayor intensidad y, abarrotado, casi agarrotado por la erección, volvió a frotarse el sexo de manera rítmica y cada vez más acelerada. Pero no tardó en sentirse insatisfecho. Aún podía aproximarse más al objeto de su deseo. Se levantó, pegó el cuerpo a la panza de la crátera, la rodeó intentando fundirse con las imágenes que la adornaban y luego, en un par de saltos, se refugió entre los pliegues de la tela que separaba el tocador del dormitorio. Era el lugar perfecto. Apenas diez metros le separaban de ella, y podía contemplarla de frente, distinguir el azul de sus ojos concentrados en el espejo, sumirse en el pozo de sus labios entreabiertos, escuchar la fricción de sus muslos, oler el almizcle de sus ingles… Anfinomo, intentando poner calma en el desbarajuste de su lujuria, se mojó los dedos con saliva y con húmeda parsimonia retomó las caricias de su erección —o la erección de sus caricias—, primero por la punta del sexo, luego por toda su intensa extensión, hasta abandonarse de nuevo al frenesí.

Las evoluciones de Anfinomo no habían pasado inadvertidas a Penélope. Le vio en el espejo cuando se ocultó tras la crátera y con el rabillo del ojo cuando pasó hacia el dintel del dormitorio. Pudo observar su cuerpo desnudo, enteco pero fibroso, su espalda cargada hasta hacerle parecer jorobado… Aunque, a decir verdad, no estaba totalmente desnudo. De un fino cinturón pendía un cuchillo pequeño, especie de daga que, según decían, manejaba con destreza, mantenía envenenada y de la que nunca se desprendía. Penélope no olvidaba que, a pesar de su ridículo aspecto, se hallaba ante un hombre peligroso. Y portentosamente dotado: siempre le sorprendía la talla de sus genitales cuando, tras los tocamientos que le llevaban de un rincón a otro, se desplegaban en toda su dimensión. Al igual que las demás mujeres de Ítaca, creía que el tamaño del miembro de los hombres guardaba relación con el de sus armas. La espada de Ulises era enorme y en la sala de los tesoros conservaba —auténticas joyas de la panoplia— doce hachas de tal envergadura que sólo él era capaz de manejar… ¿Cómo explicar, pues, el puñalito de Anfinomo al lado del descomunal instrumento que colgaba de su entrepierna?

Penélope veía cómo asomaba la imponente cima de ese sexo, cómo se aceleraba su mano masturbatoria y cómo la tela se agitaba con sus jadeos. ¿Anfinomo creía realmente pasar inadvertido?

Penélope se levantó bruscamente, se dirigió hacia donde se encontraba el desenfrenado visitante y se detuvo a su altura. Temiendo haber sido descubierto, Anfinomo cesó todo movimiento y contuvo el aliento. El riesgo de ser sorprendido formaba parte del juego y, en el fondo, aumentaba su excitación. Mantuvo, pues, la erección mientras apenas contenía una risa nerviosa. Tras un breve titubeo, Penélope siguió su camino sin mirarle para encaminarse al armario de los ungüentos. Seleccionó un aríbalo y un alábastron que contenían sustancias untuosas para mantener la piel tersa y regresó al tocador pasando de nuevo delante de Anfinomo. Éste, al confirmar la ceguera de la mujer a su presencia, volvió al acompasado frote.

Penélope se despojó de la corta túnica que cubría su cuerpo. Lo hizo con naturalidad, como si estuviera sola, pero sin dejar por ello de administrar con sensualidad las partes que ponía al descubierto. Tardó varios minutos en mostrarse totalmente desnuda. Se aplicó los ungüentos por el cuello y por los hombros. Bajó hasta los pechos y estuvo un tiempo amasándolos con lentitud, desplegando una sonrisa de placer mientras la mirada se le perdía y la respiración se le hacía más profunda. Finalmente llegó al vientre y, tras merodear por la frondosidad del pubis, se internó con decisión en ella. El ungüento, al entrar en contacto con la rizada cabellera, provocaba una leve crepitación que, con estudiada espontaneidad, Penélope reavivaba una y otra vez. Aunque simulaba distracción, incluso el despreocupado abandono de la intimidad, Penélope no apartaba la mirada de ese miembro, ya ciclópeo, que desbordaba de las cortinas. Nunca había visto un enramado de venas y nervaduras tan vibrantemente encendido. Le halagaba comprobar cómo, a pesar de los años, era capaz de poner a un hombre tan fuera de sí. Y, si era sincera —o, simplemente, se dejaba llevar— no sólo le halagaba, también la excitaba.

Se volvió de espaldas y exhibió un par de nalgas perfectamente redondeadas. Las acarició, las apretó, las separó mostrando con irresistible insistencia la sima oscura en la que se hendían. En contacto con el ungüento la piel adquiría un brillo tentador que, convenientemente masajeado, llevaba a Anfinomo a un estado que oscilaba entre la desesperación y el placer. Y reservaba para el final lo mejor de su actuación. Se introdujo los dedos, rezumantes de

untura, en lo más profundo del vientre. No mostró el sexo, pero su mano hundida en rítmico vaivén y el constante entrechocar de muslos no dejaban dudas sobre la actividad a la que se entregaba. Echó la cabeza hacia atrás en un estertor de placer y eso fue más de lo que Anfinomo pudo aguantar. Lanzó unos gritos sofocados, una especie de hipo doloroso, y eyaculó. Penélope vio cómo el chorro blanco salía despedido desde el escondite hasta la crátera, incluso más allá, dejando suelo, cortinas y columnas impregnados de densas escurriduras.

No se dio cuenta del momento exacto ni de la vía de fuga utilizada, pero unos segundos después Anfinomo había abandonado el lugar. Penélope recuperó el aliento, limpió el ungüento de la entrepierna con una esponja y, todavía desnuda, salió a la terraza. Se quedó mirando el horizonte, escudriñando la lejanía durante varios minutos, hasta que sus ojos azules se fundieron con el azul del mar.

Anfinomo estaba convencido de que Hermes le tenía bajo su protección y que, cuando lo necesitaba —o, simplemente, cuando se lo pedía—, le cubría con su manto y le salvaguardaba en sus incursiones a los aposentos de la reina. El dios velaba por los ladrones y, al fin y al cabo, él robaba. Robaba los encantos de la hermosa Penélope, un perdonable delito, pero robaba. Sólo quería gozar de unos instantes de belleza, observarla a su antojo y en el más absoluto anonimato. «Los placeres, mejor cuanto más ocultos. Y eso los dioses lo saben y lo perdonan…», repetía a quien quisiera oírle. Pero ¿podía alguien confiar en las palabras de Anfinomo y, menos aún, en su fe en los dioses? Su comportamiento mezquino, en ocasiones cruel, y su carácter intrigante no podían sino apartarle de los favores del Olimpo. Sin embargo, estaba seguro de la hermética tutela y sin cesar invocaba al dios de las alas y el caduceo, le ofrecía sacrificios y hasta en prolongados monólogos —oraciones las llamaba él— le confesaba sus más lúbricos pensamientos.

Penélope, desde luego, no confiaba en él. Su padre, el viejo Icario, aseguraba que el nombre de una persona dice mucho de su carácter. Anfinomo significa «el de los dos nombres» y ¿cómo

confiar en alguien que se llama de dos maneras o, peor aún, cuyo nombre anuncia precisamente su ambivalencia? Por si a Penélope le quedara alguna duda, él mismo, hacía ya meses, le había anunciado lo que iba a ocurrir. Se lo insinuó de manera confusa: «Si lo permites, Penélope, yo te protegeré». Al principio ella lo interpretó como una fórmula de cortesía o como una oferta hipócrita para ganarse su simpatía. Pero no tardó en comprender lo que en realidad quería decir: «Tú deja que te mire y, a cambio, haré que nadie te moleste».

Porque a partir de ese momento empezaron las visitas de Anfinomo. En las primeras, Penélope, sin atreverse a expulsarle, se limitó a ser distante. Fingía no verle, pero sin prestarse a ninguna complicidad. Mientras él recorría los aposentos de un escondite a otro, ella permanecía inmóvil, ensimismada, mirando por la ventana o adormecida sobre el triclinio, vestida, más que púdica, indiferente. En cierta ocasión se encerró en la sala de armas de Ulises y sólo salió cuando estuvo segura de que se había marchado. Pero Anfinomo no tardó en hacerle entender que, de persistir en esa actitud, su situación empeoraría. Su riqueza, su oratoria y su comportamiento traicionero le otorgaban gran ascendencia sobre los demás pretendientes, que, más que respetarle, le temían. Penélope no olvidaba que ciento ocho jóvenes impacientes, príncipes y nobles procedentes de Samos, Zacinto, Duliquio o de la propia Ítaca, se disputaban sus encantos y, excitados ante la perspectiva matrimonial, podían poner en peligro la gobernabilidad del reino. Anfinomo se encargó, no obstante, de recordárselo. Le bastaron unas palabras deslizadas en los oídos adecuados para provocar una reyerta entre pretendientes que estuvo a punto de acabar en el asalto de las habitaciones de Penélope. Ésta captó inmediatamente el mensaje y, a partir de ese momento, le dio acceso a su intimidad. La situación no dejaba de ser perversa. Porque ambos fingían. Él se esforzaba por no ser visto y ella por mostrar la despreocupación de quien no ve.

El acuerdo tácito con Anfinomo funcionó unos meses. Penélope seguía soportando el piafar impaciente de los hombres que, cual sementales encelados, se reunían todas las tardes en el patio, para beber el vino y comer las vituallas del ausente Ulises, hasta emborracharse, y entonces discutían, se peleaban y caían dormidos

entre vómitos, sudor y sangre. Todas las noches Penélope sentía bajo sus pies, justo debajo de la habitación donde intentaba conciliar el sueño, el aliento fétido de un monstruo, una gigantesca serpiente de ambición, lujuria y frustración que reptaba hacia ella y amenazaba con estrangularla.

En cierta ocasión los oyó subir en medio de la noche. El repiqueteo de escudos, corazas y canilleras avanzando por las escaleras la sacó del sueño. Durante unos segundos no supo si la escena que se ofrecía a sus ojos era real o formaba parte de sus pesadillas. A los pies del lecho, una oscura masa resoplante formada por una docena de hombres la observaba con ira y deseo. Traían las espadas desenvainadas y sus cuerpos desprendían un olor acre en el que el sudor y el vino se mezclaban con la sangre. Por un momento, Penélope temió que hubieran acudido a matarla o a violarla, quizá a las dos cosas. Pero se limitaron a hablar o, mejor dicho, a mascullar su descontento. En un coro desentonado fueron acribillándola con sus reproches. ¿Qué mujer había más despiadada que ella, capaz de mantener a tantos hombres pendientes de una decisión que nunca tomaba? Algunos llevaban más de quince años a la espera de que se dignara aceptarlos o rechazarlos. ¿Y qué clase de reina consentía que su propio país, esa Ítaca fértil, permaneciera indefinidamente en un estéril interregno, sin saber adónde ir, apeada del barco de la Historia? La acusaban, amenazantes —quizá vengadores—, de ser fría como mujer e irresponsable como reina.

Por unos instantes, Penélope, desnuda bajo las sábanas, se sintió indefensa, a merced de esos hombres embriagados de orgullo. Pero, obedeciendo a un indignado impulso, apartó la ropa que la cubría, se incorporó tal y como había venido al mundo y lanzó este discurso: «¿Por quién os tomáis? Venís todos los días a esquilmar el patrimonio de mi esposo, el añorado Ulises, vaciáis su despensa, os hacéis servir por sus criados y humilláis a sus parientes. Ninguno de vosotros ha traído pruebas de su muerte y queréis que despose a uno de los vuestros. No sois dignos de sucederle, no sois dignos del trono de Ítaca, no sois dignos de mí…». Los hombres quedaron mudos ante la fuerza de estas palabras y ante la belleza del cuerpo que, erguido ante la cama, las pronunciaba. Pero, más que a su oratoria o a su desnudez, fueron sensibles al halo plateado que la envolvía. La luna, filtrándose por el balcón, se reflejaba en la

blancura de su piel y la dotaba de un frío brillo. Los pretendientes pensaron que la diosa Artemisa extendía su manto virginal sobre Penélope y la protegía. Y, cabizbajos, abandonaron la habitación.

Penélope estaba convencida de que las malas artes de Anfinomo la libraban de estas molestas irrupciones y aplazaban el momento de tomar una decisión. Él distraía a unos, enfrentaba a otros, todo con tal de garantizarse esas clandestinas visitas masturbatorias que tanto placer le proporcionaban. Ella lo soportaba como un mal menor e, incluso, dado que le debía en buena parte su seguridad, trataba de compensarlo por su tutela. No obstante, era consciente de que, tarde o temprano, las intrigas de Anfinomo no lograrían frenar la creciente fogosidad de los pretendientes. Lo cual ocurrió antes de lo que pensaba.

Una noche en que los gritos le impedían dormir, supo que había terminado la tregua entre los pretendientes. Había demasiada furia en los golpes que le llegaban desde la planta baja y después, pasado el bullicio, demasiado silencio. Penélope se encogió en la cama y vio una enorme sombra, casi un eclipse, penetrando en sus aposentos. Bajo el casco ensangrentado, tras la expresión rabiosa del hombre que acaba de batirse con cien rivales, reconoció la figura de Eurímaco. Hijo del prudente Pólibo, los itacenses lo consideraban el más digno candidato a la mano de la reina. Llevaba diez años frecuentando el palacio de Ulises como si de su propia hacienda se tratara y, prueba de su ascendente autoridad, había tomado a Melanto, sirvienta de Penélope, como amante. Ahora, erguido ante el umbral del dormitorio, bufando de furia y deseo, parecía dispuesto a tomar lo que consideraba suyo. Por la fuerza si era necesario.

Penélope, aterrada, se encogió, aferrada al dosel de la cama. Pensó en gritar pidiendo ayuda, en intentar la huida por la terraza o en resistir con la mayor energía. Pero enseguida comprendió la inutilidad de cualquiera de estas opciones. «Si no puedes vencer a tu enemigo, simula la rendición», solía decir el astuto Ulises, «aguarda hasta que la situación sea favorable y, entonces, ataca sin piedad.» Así que se levantó envuelta en una sábana y, sin apartar la mirada, vio cómo Eurímaco avanzaba hacia ella. La armadura rematada con púas de plata rozaba su carne y amenazaba desgarrarla. El guerrero no era consciente de su agresivo aspecto.

Sólo quería poseer a la mujer que, finalmente, se hallaba al alcance de su mano. Penélope leía la obsesión en las brasas de sus ojos y en la respiración entrecortada que agitaba su pecho. Eurímaco estaba tan cerca que podía oler su sudor y la embriaguez emputrecida de su aliento. Si seguía avanzando, la ensartaría y la violaría. Seguramente en ese orden.

Penélope dio un paso atrás y dejó caer la sábana que la cubría. El destello de su cuerpo hizo que Eurímaco se detuviera deslumbrado, quizá también desconcertado. Ella aprovechó ese momento para pasar a la ofensiva. Se acercó al guerrero, se apoyó suavemente en su pecho y, aprovechando la sorpresa, introdujo la mano por debajo de la faldilla hasta alcanzar su sexo. Eurímaco se estremeció al contacto y, tras convulsión de coraza y tremolar de penacho, quedó paralizado, inmovilizado en el placer como una estatua. Hasta la respiración se le estancó en suspiro. Penélope había tocado el resorte que mueve a los hombres y también los detiene. Controlada la situación, sabía lo que debía hacer. Y empezó con suavidad; luego, conforme la entrepierna de Eurímaco se inflamaba, con creciente rapidez. Arrimada, casi pegada, vibraba con los espasmos contenidos que recorrían el cuerpo del guerrero. A esa distancia no sólo sentía el terremoto de placer que le atravesaba, sino que veía cómo la sangre que todavía perlaba la armadura se escurría, arrastrada por la agitación, y salpicaba el suelo. Él ni siquiera se atrevía a mirarla, temiendo que, asaltada por el pudor, interrumpiera el gozoso vaivén. Se mantuvo en tensión, apretando los puños. Sin tocarla. Quizá sin pensarla. Sólo sintiéndola.

Penélope no podía evitar la satisfacción, incluso cierto orgullo, al comprobar la eficacia de su caricia. La erizada coraza de Eurímaco, su furor guerrero se venían abajo ante el aplacador contacto de una piel. Las armas se rendían al suave ataque de una mano desnuda. Tal y como había sostenido en las largas discusiones con su querido Ulises, Afrodita era más poderosa que Ares. Sin embargo, aborrecía haberse visto obligada a actuar de esa manera y no perdonaba a Eurímaco el miedo que en ella había suscitado. De hecho, una vez embridado, disfrutaba de su poder, consciente de que al ritmo de sus expertas manos lo llevaría por donde quisiera. Para terminar de calmarle, le sopló en el cuello, luego le invitó a

pasar la mano por su espalda y enarcó las nalgas. Con las palmas frotó los testículos, que se endurecieron al contacto. Habría podido prolongar la caricia y mantenerle en el gozo durante varios minutos, pero no quiso. No lo merecía. Así que apretó con precisa ternura el cuello del prepucio, jadeó fingiendo excitación y Eurímaco se desbordó con un aullido en el que el placer todavía se mezclaba con la ira.

Sólo entonces la miró. En sus ojos ella ya no vio deseo sino asombro, quizá también un velo de vergüenza. No tanto por la violenta irrupción en el dormitorio como por la rápida eyaculación. Se apoyó en una de las columnas para tomar aliento, miró a su alrededor como si intentara entender lo ocurrido… Hundido en la resaca de vino y sexo, hizo amago de recuperar la fiereza, desenfundó la espada y la dirigió hacia el vientre de Penélope. Ésta, lejos de arredrarse y consciente de que se trataba de un último acceso de ira más que de auténtica voluntad asesina, se irguió frente al filo. Entonces Eurímaco dio media vuelta y con la espada baja —las dos— salió de la habitación. Penélope contempló su marcha con gesto regio. Tras él quedaba un pequeño charco de sangre, sudor y esperma. La esencia de los hombres, se dijo, la que les da el poder y también la que les lleva a perderlo.

Había logrado salir airosa gracias a su sangre fría —o a la caliente de Eurímaco—, pero la situación podía reproducirse en cualquier momento con un desenlace menos favorable. Era evidente que Anfinomo había perdido el control de los pretendientes; al menos, los más motivados ya no le escuchaban y, peor aún, ya no le temían. Debía urdir un nuevo plan para mantener a raya a tanto varón excitado. Llevaba más de quince años sorteando sus embates, inventando ardides, buscando excusas para aplazar lo que cada vez se antojaba más inaplazable. Sin embargo, Penélope había decidido que ninguno de esos hombres, aspirantes a un trofeo al que no tenían derecho, la poseería. Habían ocupado su palacio, habían violado la intimidad de sus aposentos, pero nunca la penetrarían. Aunque tuviera que valerse de caricias desapasionadas o de fingimientos voluptuosos, no copularían con ella y mucho menos la embarazarían. Y no era tanto por fidelidad a Ulises como por

respeto a sí misma. Si quería seguir siendo reina, debía reinar, primero y siempre, sobre su cuerpo.

Cuando se cumplieron cinco años de la partida de Ulises, ante la falta de noticias de la suerte que había corrido en Troya, surgieron las primeras voces que reclamaban —algunas exigían— un nuevo rey. Ítaca, no obstante, seguía siendo próspera y Penélope gobernaba con justicia. Eran las intrigas políticas de un puñado de familias las que habían hecho correr el rumor de que sobrevendría un caos inminente si la reina no celebraba nuevas nupcias. Entonces, para librarse de estas presiones, a Penélope se le ocurrió hacer un rico y definitivo regalo a Laertes, el único que éste podría llevarse a la tumba. Anunció a las decenas de pretendientes que ya empezaban a acosarla que sólo tomaría marido cuando terminara de tejer el sudario de su suegro. Así les hizo concebir esperanzas en la próxima extinción de la dinastía laertiada. En realidad, el padre de Ulises gozaba de excelente salud y ella no tenía intención alguna de casarse. Durante más de cuatro años los mantuvo engañados escudándose en la calidad de la tela en la que trabajaba o en la complejidad de los motivos con los que la adornaba. Pero Penélope destejía por la noche lo que durante el día tejía. Hasta que Anfinomo, seguramente informado por una de las criadas, descubrió el engaño.

Fue un motivo más para aceptar la viciosa tutela de Anfinomo, pero, a la vista de los hechos, debía cambiar de protector, y encomendarse a Eurímaco no parecía lo más adecuado. No podía seguir conteniéndole con una caricia en la entrepierna. Es más, estaba convencida de que en la próxima visita querría resarcirse y dejar clara su voluntad de conquista. Penélope no veía la manera de pactar con él, así que ideó una estratagema para detenerlo.

De entre todos los pretendientes sólo Antínoo era capaz de hacer frente a Eurímaco. Engreído y violento, debía su ascendencia al poder de su padre, el taimado Eupites, que siempre había negado legitimidad a los soberanos de Ítaca. Cuarenta años atrás, había combatido contra Laertes en un fracasado intento de arrebatarle el trono. La prolongada ausencia de Ulises le llevaba a concebir nuevas esperanzas y, consciente de que su hijo no poseía la habilidad política para maniobrar en tan delicada situación, le había rodeado de algunos de sus más valiosos colaboradores.

Penélope sabía que al menos una docena de pretendientes no estaban ahí para gozar de sus encantos, sino, por orden de Eupites, para apoyar a Antínoo. Quizá solucionaría sus problemas si envenenaba la rivalidad entre Eurímaco y Antínoo… Como decía Ulises, dividir al enemigo es el comienzo de la victoria.

Para lograrlo, pensó que podría utilizar el objeto más deseado por los pretendientes: su propio lecho. Muy pocos sabían que el palacio del rey de Ítaca había sido construido alrededor de esa enorme cama. En su fogosa juventud, Penélope y Ulises pasaban las horas amándose. Sentían tal atracción el uno por el otro que, en cuanto se separaban, empezaban ya a desearse. La lujuria les enredaba en una espiral inagotable, hasta el punto de que quienes les conocían llegaron a creerles afectados por alguna enfermedad inoculada por Eros. Pero ellos, lejos de vivirlo como un mal, lo consideraban una bendición. Nunca, por muchos años que pasaran juntos, se cansarían de recorrer sus cuerpos. A diferencia de otros hombres y mujeres, sobre todo a diferencia de otros reyes y reinas, se casaron para yacer indefinidamente juntos.

Por eso Ulises quiso construir con sus propias manos el lecho nupcial. Ése sería su verdadero hogar; el resto de las dependencias palaciegas sólo serviría para tareas subsidiarias como el gobierno, la administración de justicia, la despensa o la armería. Ulises taló un olivo centenario y sobre el tocón de doce codos de diámetro labró la base del lecho. Acabado el trabajo, convocó a carpinteros, tejedores y orfebres para que cuadraran la base, la recubrieran con las más mullidas telas y la repujaran con oro, plata y marfil. Esculpieron un hermoso friso presidido por Poseidón, el dios de los mares, en donde, entre otras figuras, aparecía Eolo, señor de los vientos. Porque Ulises concebía la cama como un mar de placer azotado por las galernas de la pasión. A través de sus procelosas aguas, resistiendo los embates de los celos o aprovechando las mareas de felicidad, surcarían juntos hacia el éxtasis. Para reforzar aún más su aspecto oceánico, la superficie del lecho se quebraba en zonas de desigual tersura y profundidad, creando con la ayuda de cojines y sábanas excitantes rompeolas, plácidas ensenadas o simas silenciosas. Cuando Penélope y Ulises se acostaban, era como si embarcaran en un excitante viaje. Sus cuerpos enlazados rodaban por ese inmenso espacio de amor, navegaban a la deriva de su goce,

y unas veces acababan en el abrigo de un puerto, otras naufragaban en un acantilado o recalaban en una isla ignota para, al poco, volver a zarpar.

Nunca imaginó Penélope que Ulises abandonaría tan pronto esa navegación erótica y la sustituiría por otra más real y peligrosa. Cuando Agamenón le convocó para combatir a los troyanos, el corazón se le rompió, escindido entre el deber y el amor. Las obligaciones como rey terminaron imponiéndose y Penélope presenció consternada su partida en una embarcación que no eran sus brazos. Ahora el mar de sábanas se le hacía desierto y el placer de la navegación nostalgia. Había envejecido en la soledad de esos pliegues, arrasada por la resaca de un amor que se negaba a volver. Hacía ya muchos años que no se embarcaba de un salto en el navío del deseo sino que, resignadamente, se encaramaba con la ayuda de un escabel —tan alta era la cama— en la balsa de la espera. En los momentos más oscuros de su separación había llegado a pensar que el gigantesco tálamo había sido construido por Ulises con intenciones muy distintas a las confesadas. No era navío para descubrir nuevos horizontes sino pecio que la mantenía varada, quizá definitivamente hundida. Y las raíces del viejo olivo, abismándose en el corazón de la tierra, no servían de ancla contra las zozobras del amor sino de lastre que le impedía alcanzar cualquier orilla.

Pues bien, ese lecho, barco o prisión, le iba a servir para afrontar la nueva situación con los pretendientes. Por primera vez desde que Ulises lo construyera, Penélope iba a tomar el timón y poner rumbo hacia la libertad. Al menos hacia una mayor seguridad.

Pero el lecho no le bastaba. Necesitaba contar con la complicidad de otra persona, una mujer en la que pudiera confiar, dispuesta a combatir con ella, a sacrificarse por ella si fuera necesario. Y, si miraba a su alrededor, entre amigas y sirvientes, sólo Eurínome reunía esas condiciones. Ocupaba el cargo de despensera, pero había sido promovida por Penélope a las mayores responsabilidades domésticas. Para ello había tenido que relegar a Euriclea, la vieja aya de Ulises, y alejarse de Melanto, su antigua camarera, aliada de los pretendientes y amante de Eurímaco. Dado

el aislamiento al que estaba sometida, Eurínome se había convertido, más que en sirviente, en confidente. Además, poseía cualidades muy apropiadas para llevar a cabo su plan. Todavía joven, era de carácter alegre, decidida, amante de los hombres, y Penélope esperaba que le concediera su apoyo. Si no lo hacía como amiga, se lo ordenaría como reina. En esas circunstancias, no le quedaba otra salida.

Cuando Penélope le contó su idea a Eurínome, ésta aceptó sin vacilar. No sólo por fidelidad a su señora; también porque, con toda seguridad, la desgracia de la reina conllevaría la de todos los criados que habían permanecido a su lado. La estrategia, complicada, exigía una gran compenetración entre ambas. De hecho, tal y como explicaba Penélope, las dos constituirían una única mujer; una mujer formada por dos mitades: Eurínome sería la parte inferior y Penélope la superior. La situación con los pretendientes se había hecho insostenible, a no ser que se entregara a uno de ellos. Y Eurínome comprendió que, al fin y al cabo, se trataba de copular con hombres fuertes y bien dotados, los mejores guerreros de Ítaca. Además, le rendirían sus homenajes como si de una reina se tratara. Y disfrutaría de todo ello en el anonimato. Durante varios días ensayaron su juego, buscaron la zona de la cama que mejor se prestaba a ello y estudiaron las posturas que debía adoptar cada una. Aunque al principio llevaron los preparativos con preocupación, enseguida, conscientes de la ceguera de los hombres en cuanto se colocan entre los muslos de una mujer, se relajaron y acordaron entre risas los últimos detalles del plan.

Esperaron a que terminara la vendimia y, el día de la fiesta de Dionisos, aprovechando que los hombres bebían más y desconfiaban menos, Eurínome se aproximó a Antínoo y, con discreción, deslizó estas palabras en sus oídos: «La reina te espera en sus aposentos; aguarda a la medianoche y sube a visitarla». Al oír esa invitación, los ojos desorbitados de Antínoo miraron con incredulidad a Eurínome. ¿Había sido el elegido? ¿Penélope se había convencido finalmente de las ventajas que ofrecía su alianza? Eupites, su padre, iba a sentirse orgulloso… Un montón de preguntas se agolpaban en su garganta, pero Eurínome le ordenó con un gesto que guardara silencio y actuara con discreción. Sin embargo, a partir de ese

momento no pudo disimular su nerviosismo y, apartándose del grupo, salió al patio y empezó a pasear de un lado a otro. Su alteración pasó inadvertida a los pretendientes, entregados como estaban a la conversación, la comida, la bebida y las mujeres. Sólo Eurímaco se dio cuenta. No lo habría hecho sin la intervención de Eurínome, quien, al servirle un plato de alondras adobadas en miel, le obligó a volver la mirada hacia el impaciente elegido. A partir de ese momento Eurímaco no le perdió de vista y, cuando, al llegar la medianoche, Antínoo enfiló con torpe disimulo la escalinata que conducía a la planta superior, le siguió. Todo sucedía como las dos mujeres habían previsto.

El dormitorio de Penélope se hallaba sumido en la penumbra. Distribuidas estratégicamente por la estancia, unas cuantas lamparillas proporcionaban una luz trémula. Alimentadas con aceite de Naxos, producían una doble llama y desprendían un aroma que enturbiaba los sentidos. Cuando Antínoo entró en la habitación, quedó impresionado por las dimensiones del lecho. Nunca había subido a esa parte de la casa, aunque había oído las descripciones de alguno de los pretendientes. La realidad las superaba y en ese ambiente casi religioso todo se le antojaba gigantesco, ¿o era él quien empequeñecía? Avanzó con lentitud, desorientado, sin saber muy bien hacia dónde dirigir sus pasos. Entonces la voz de Penélope le llamó en un susurro: «Acércate, Antínoo. Ven y búscame». No se hizo de rogar. Subió de un salto al lecho y recorrió a gatas los encantadores recovecos que albergaba. La voz de Penélope había bastado para ponerle en un estado de suma excitación. Al descender de una zona cubierta de almohadones, se dio de bruces con ella. La llama de una de las lámparas irisaba los ojos de Penélope y doraba la curva de sus pechos. «Acércate, Antínoo», repetía. Y Antínoo, reclamado por esa insinuante voz de sirena, se deshacía de placer antes ya del primer contacto.

Cuando estuvo tan cerca que el olor de su piel le embriagaba, la reina musitó, mitad como una orden, mitad como provocación: «Puedes entrar en mí y disfrutar todo lo que quieras, pero no puedes besar mis labios ni tocar mis pechos». Antínoo se desprendió de la túnica mostrando un cuerpo fornido y un sexo largo y delgado. Deseoso de penetrarla, buscó con frenesí el pubis de la reina. En desequilibrio sobre los almohadones, tuvo que apoyarse en el

vientre de Penélope para no caer. Ésta le apartó inmediatamente, tomó su sexo y, con precisión, se lo introdujo. Una entraña tierna acogió el miembro de Antínoo y lo estrechó a modo de bienvenida. Para Antínoo era la más familiar de las caricias, y la interpretó como una señal de absoluta entrega. Estaba dentro de la reina. Como si ya fuera rey. Y al pensar en eso, más que al sentir el placer que le subía desde el vientre, su cabeza le dio vueltas y a punto estuvo de perder el sentido.

Antínoo, sin embargo, no había penetrado a la reina, sino a Eurínome. Las dos mujeres se habían colocado de modo que Penélope hundía piernas y pelvis en las mullidas ondas del lecho dejando asomar su tronco. Eurínome, al contrario, dejaba asomar piernas y pelvis mientras el resto del cuerpo buceaba por debajo de las sábanas. Los muslos de la reina reposaban a horcajadas sobre el vientre de la criada y el rostro de ésta rozaba la espalda de aquélla. De esa manera mantenían el contacto que les permitía actuar de modo coordinado. Porque, aunque se ofrecieran demediadas, su acción conjunta las convertía en una. Y, lejos de sentirse incómodas, disfrutaban. Eurínome porque siempre había gustado del sexo anónimo: «Sin nombre, incluso sin rostro, el sexo es más sexo», afirmaba. A lo cual debía añadir en este caso la confusión de que era víctima el hombre que la penetraba. Antínoo creía recibir los favores de una reina cuando, en realidad, se estaba acostando con el servicio. Penélope, segundos después del acople, experimentó la gran satisfacción de estar engañando a un miserable. Y ambas apreciaban la estrecha complementariedad que se creaba entre ellas. Una gozaba en silencio y la otra suspiraba sin placer.

Penélope disfrutó especialmente simulando una expresividad arrebatada. Es más, cuando Antínoo apartaba los ojos, en un intento de controlar el orgasmo, ella le tomaba por la barbilla y le obligaba a mirarla. El rítmico balanceo de la cama, las piernas de Eurínome abriéndose y cerrándose y su aliento soplándole por la espalda le daban pistas para orientar su mímica. Porque no sólo jadeaba, sincronizada con los embates de Antínoo, sino que echaba hacia atrás su cuello en fingido abandono, asomaba la lengua en un gesto de falsa lascivia, ponía los ojos en blanco simulando desmayo y agitaba los pechos al ritmo creciente de la excitación del hombre. Comprobó con agrado que Antínoo era más suyo que de Eurínome.

De hecho, bastó con que la palma de su mano le rozara la mejilla para que eyaculara ruidosamente. Penélope llevó el disimulo hasta acompañar la descarga del hombre con gritos acompasados, como si también ella gozara. Lo hacía no sólo para engañar a Antínoo sino para cubrir los gemidos de Eurínome, que, arrastrada por el torbellino, intentaba ahogarlos contra su espalda.

Antínoo se derrumbó satisfecho sobre el lecho. El acto había durado unos pocos minutos pero se sentía totalmente confiado, como si formara parte ya de la vida de Penélope. Así que enseguida empezó a hacer planes sobre su boda. Se casarían de inmediato y la ceremonia de coronación tendría lugar lo antes posible. Eupites, su padre, aportaría tierras y ganado a la ya rica hacienda real. Y reinarían felices sobre una Ítaca próspera. Nadie se opondría a ello, porque mataría con sus propias manos al pretendiente que no aceptara su victoria… Antínoo habría continuado indefinidamente trazando el mapa de su felicidad futura si, llegado a este punto, Penélope no le hubiera interrumpido. Primero le habló con voz tenue, como si todavía estuviera desmayada de placer: «No sólo eres el más atractivo de todos los que aspiran a mi mano, sino que nuestra alianza es la más conveniente para Ítaca». Y continuó en un tono más irritado, como si estuviera enfadada: «Pero, ay, Eurímaco ha venido a visitarme antes que tú, me debo a él y tú no serás capaz de matarlo». Esta segunda parte de la réplica irritó tanto a Antínoo como le había complacido la primera. Protestó, juró que lo haría, que Eurímaco no era enemigo para él… Penélope permaneció callada como si no confiara, esperando que penetrara en él el veneno del resentimiento…

La conversación había sido meticulosamente preparada por las dos mujeres; estaba dirigida a los oídos de Eurímaco, que en esos momentos escuchaba oculto detrás de una columna. Había llegado a la habitación poco después de Antínoo y había presenciado la escena con ira contenida. Es más, en cierto momento había pensado subir al lecho, abalanzarse sobre su rival y degollarlo ante los ojos espantados de Penélope. Pero se había retenido. Porque no era honorable matar a un guerrero desarmado y, sobre todo, esperaba obtener alguna ventaja de lo que allí ocurriera. Pero los sentimientos de Eurímaco cambiaron cuando oyó las palabras de Penélope. Entendió que ella le otorgaba, más que prioridad,

preferencia, y que, al mismo tiempo, reprochaba a su rival una clara inferioridad, incluso incapacidad, para enfrentarse a él, el verdadero campeón de los pretendientes. En unos segundos su interpretación de la escena dio un vuelco, dejó de ver a Penélope como una mujer inconstante que, tras haberle masturbado a él, se ayuntaba con otro hombre, para considerarla una víctima, sometida a la fuerza por Antínoo pero, al final y habiéndoles probado carnalmente a los dos, reclamándose suya.

Y eso era precisamente lo que Penélope quería. Sin coste físico ni emocional, sólo con inteligencia y disimulo, había logrado enfrentar a los dos líderes de los pretendientes. Antínoo abandonó el dormitorio con una idea, casi una obsesión. Y no era casarse con ella, sino acabar con su rival. Otro tanto le ocurría a Eurímaco. Pero las fuerzas entre ambos estaban equilibradas, y sus respectivos aliados eran igual de poderosos, tanto que la confrontación podía prolongarse meses. En ello al menos confiaba Penélope. Pero lo que a la reina le llenaba de orgullo, y también de alegría, era su interpretación como actriz. Había sido media mujer, pero había desempeñado el papel de tres. Para Antínoo había sido una amante entregada; para Eurímaco, una prometida fiel; para Eurínome, reina inteligente y amiga cómplice. Y ese juego de espejos en el que su imagen se triplicaba le provocaba una evidente excitación. Sabía que, cuanto más múltiple apareciera para los demás, más única sería para sí misma.

«Si mi padre creía en el significado de los nombres, ¿por qué me llamó Penélope, "la de los ojos llorosos"? ¿Acaso quiso vincularme desde mi nacimiento a un destino de ausencia y tristeza?», se preguntaba sin cesar esos días. Y no sólo reflexionaba sobre su padre, también lo hacía sobre el papel que los demás hombres, en especial su marido y su hijo, habían desempeñado en su vida. Recordaba su infancia lacedemonia y los cuidados de su madre Peribea, así como el cariño de su padre, Icario. Excesivo se le antojaba ahora. Sólo la entregó a Ulises cuando ella se lo pidió con insistencia. Incluso la persiguió hasta su salida de Esparta en un último intento de conservarla a su lado. Pero tanto fervor paterno ocultaba un lastre sentimental que Penélope había tardado en

superar. Porque, para quererle —o para ser querida—, había tenido que plegarse a sus gustos, comportarse según sus preferencias, convertirse en la mujer que él había querido que fuera. Seguramente como en tiempos también hizo su madre y, antes que ella, su abuela.

¿No había ocurrido lo mismo con Ulises? Su repentina partida había interrumpido un idilio. Además de inigualable amante, era también sensible, generoso, ocurrente e infatigable narrador de historias. A su lado, las horas transcurrían rápidamente. Pasaban tan veloces como después de su partida se hicieron interminables. Bien mirado, su matrimonio había sido un año de pasión y veinte de espera. ¿Puede alguna mujer soportar tan descompensado balance? Se esforzaba, pero con el paso del tiempo se debilitaba su confianza, incluso su cariño. A veces llegaba a dudar de que hubiera un tiempo en que conoció la felicidad. ¿Existió realmente ese ser excepcional que sólo con mirarla la transportaba al cielo, más diosa que mortal, o había sido sólo un sueño al que ahora se aferraba para negar una realidad cada vez más inevitable? ¿Por qué se había marchado Ulises? Y, más difícil de responder aún, ¿por qué no volvía?

A los oídos de Penélope habían llegado las más diversas, a veces inverosímiles, historias. Desde que la guerra de Troya terminara, hacía diez años, todos los caudillos griegos habían regresado a sus hogares. Todos menos Ulises. Un náufrago que había logrado alcanzar las playas de Ítaca contaba que lo había visto en la isla Ogigia amancebado con la ninfa Calipso. Al parecer, cegado por sus encantamientos, llevaba siete años conviviendo con ella y hasta había tenido un hijo. Pero Penélope sabía en qué consisten los encantamientos de las mujeres y también conocía las apetencias sexuales de su marido. Pese a todo, le costaba aceptar el abandono y, más aún, el olvido. Una y otra vez se preguntaba qué hechizos utilizaba Calipso, capaces de neutralizar el milagro de su amor. Y la respuesta siempre le partía el corazón.

Con frecuencia Penélope había pensado en entregarse a otros hombres. No le faltaban ocasiones. Al contrario, más bien le agobiaban. ¿No era estupidez más que fidelidad aguantar tanta espera? Sin noticias, sin plazos, sin esperanzas… Y, además, con la sospecha, cada vez más fundada, de que Ulises hubiese rehecho su vida en otro lugar, con otra mujer… Penélope miró a muchos

hombres con este pensamiento, y no sólo a los pretendientes. Hombres hermosos y deseantes, dispuestos a cualquier cosa por ella, que le habrían dado lo que les hubiera pedido. Pero no había querido… o no había podido… ¿Qué sentido tenía arrojarse a los brazos de un hombre sólo porque otro la despreciaba? En su caso, además, influía la perentoriedad con la que le planteaban la nueva relación. Cuantos la rodeaban insistían en que conociera nuevo varón. Pero el adulterio pierde su atractivo cuando se hace obligatorio. De hecho, Penélope se decía que, de no haberla asediado los pretendientes, habría sido infiel. No les quería porque ellos se empeñaban en que les quisiera. Aunque quizá todo fuera más sencillo y, simplemente, veinte años después, seguía enamorada de Ulises.

Telémaco, su hijo, tampoco le había servido de apoyo en tan difícil coyuntura. Tenía unos pocos meses cuando su padre partió y los primeros años fue, más que un consuelo, fuente inagotable de alegría. Verlo crecer y comprobar cómo en su rostro afloraban los rasgos amados de Ulises constituyó una auténtica delicia. Pero a partir de los siete años empezó a mostrar más interés por las enseñanzas de Mentor que por las caricias de su madre. Amigo íntimo de Ulises, había recibido el encargo de vigilar la buena marcha del reino, pero Mentor se había centrado en la educación de Telémaco, al que amaba como a un hijo. Y éste había respondido convirtiéndose en el mejor de los aprendices. Penélope había visto con preocupación cómo el mar se iba dibujando en el azul de sus ojos. Al igual que su padre, había nacido para la aventura. Supo, pues, que él también se marcharía. Aunque nunca sospechó que fuera tan pronto: con poco más de quince años, zarpó hacia Pilos en busca de su padre, según dijo. Penélope intentó disuadirle, aunque sin convicción. Sabía que algunos hombres no pueden resistir la llamada del horizonte. Al menos logró que, además del invencible Pireo, le acompañara el propio Mentor. Ella gobernaría…, a pesar de los pretendientes…, a pesar de la soledad…

Ahora esperaba a su marido y a su hijo. Cuando se asomaba a la terraza del dormitorio y miraba al mar, le invadía una profunda melancolía que a veces la mantenía horas y horas sin moverse, transida frente al azul. Y no era sólo por Ulises y Telémaco, sino también —quizá sobre todo— por ella misma. Se sentía vacía, en

cierta medida inútil, palimpsesto permanentemente en blanco, tela que se teje y desteje, sin nada que decir, quizá sin nadie que ser, a la espera del acontecimiento que no acaba de producirse. Pese a todo, quería permanecer virginal. Su decisión de no dejarse penetrar por ningún pretendiente no obedecía a la fidelidad ni al pudor. Era para afirmarse. La querían como objeto de deseo, simple cópula, como trofeo de una rivalidad viril y vía de acceso al trono de Ítaca. Pues bien, no iba a ser copulativa sino disyuntiva. O ellos o ella.

Le preocupaba la posición de Eurínome. Y no sólo la físicamente contorsionada que debía adoptar en la cama. Estaba obligada a copular con hombres de aviesas intenciones y que, además, creían hacerlo con otra mujer. Su papel podía resultarle humillante, mero orificio de desahogo al servicio de su señora. Una debía prostituirse a fin de que la otra permaneciera casta. Para que la reina pudiera ser fiel a un hombre que la ignoraba, la criada debía entregarse a otro que desconocía su existencia. Penélope decidió abordar directamente la cuestión, pues su seguridad dependía de ella. La respuesta de Eurínome le sorprendió. No se sentía degradada, sino, al contrario, estimulada. «Yo conozco el engaño mientras que ellos son engañados», repuso; «tú siembras en ellos el entusiasmo y yo lo recojo. Así que me beneficio de un deseo que nunca habría conocido por mis medios, el deseo que provoca una reina. Y, si lo permitís, señora, estoy orgullosa de que nos confundan y mi entraña sea tomada por la de la más bella de las mujeres.»

Una historia que su criada le contó, y que luego habría de escuchar docenas de veces, terminó de convencer a Penélope. «Empieza a circular por la ciudad la verdadera historia de la toma de Troya. Aedos y rapsodas aseguran que la inexpugnable Ilion no cayó como consecuencia de la cólera de Aquiles, sino de la inteligencia de tu marido, oh mi reina. Dicen que mandó construir un gigantesco caballo de madera que los troyanos tomaron por el tributo de los griegos a Poseidón en reconocimiento de su derrota. Cuando lo introdujeron en la ciudad, Ulises y los suyos salieron del vientre de la bestia y los mataron a todos. Pues bien, señora, yo soy tu caballo de Troya en la lucha contra los pretendientes, el arma

secreta que alberga en su interior la solución a nuestros problemas. No me siento humillada, porque nuestro es el poder y nuestra será la victoria.»

Con estas elocuentes palabras quedó rubricada una alianza que todavía debía dar numerosos frutos. Y el primero, más importante incluso que la contención de los pretendientes, fue la lección que Penélope aprendió de su criada: no tiene el poder el que más manda, sino el que menos obedece, y que el dominio más eficaz no es el que se impone por la fuerza, sino el que, subrepticio, se acepta como si no existiera. Desde esa perspectiva, su propio comportamiento le resultaba más aceptable. Antes hacía y deshacía con hilos tensados en un telar; ahora hacía y deshacía con hombres presos de la ambición. No era un trabajo inútil sino neutralizador. Se trataba de que una fuerza contrarrestara la otra. La noche eliminaba lo hecho durante el día, como Antínoo eliminaría lo hecho por Eurímaco.

Libres de cualquier remordimiento, las dos mujeres aprendieron a disfrutar de sus citas con los hombres. Porque, naturalmente, hubo más. No las promovieron, pero tampoco las escatimaron. Tuvieron todos los encuentros necesarios para mantener el delicado equilibrio entre los pretendientes. Y así pasaban, en estratégica alternancia, de los brazos de Eurímaco a los de Antínoo. Las cópulas de ambos resultaban muy similares. Inducidos por el ambiente y convenientemente estimulados por las dos mujeres, apenas tenían oportunidad de lucirse, ni siquiera de mostrar sus preferencias. Cuando Penélope y Eurínome estuvieron más seguras de su compenetración, introdujeron variantes en cada encuentro, probando nuevas posturas o añadiendo algún aliciente. Y les estimulaba tanto hacerlo como, después, comentarlo. El sexo de Eurímaco era más grueso y sus arremetidas más brutales, pero solía derramarse antes que Antínoo. En cualquier caso, ambos eran igualmente fáciles de convencer. Bastaban unos cuantos halagos a su hombría e insistir en su preeminencia sobre los demás, y ya estaban dispuestos a hacer lo que las mujeres dijeran. Entendieron que, aunque parecieran enteros, ellos estaban más partidos que ellas: cuando su sexo trabajaba, el cerebro se les paraba.

En cierta ocasión, mientras yacían con Antínoo, Penélope distinguió una carnosa protuberancia que sobresalía de una de las columnas. No tuvo dudas. Se trataba del sexo de Anfinomo, que, como de costumbre, la espiaba, quizá incluso se excitaba viéndola entre los brazos de otro hombre. Entonces, sin dejar de embelesar al que tenía delante, concibió un plan para escarmentar al que se ocultaba. Le había contado a Eurínome las visitas masturbatorias de las que había sido objeto durante tantos meses. Y hasta le había manifestado su inquietud por la desaparición de Anfinomo. Desde que Eurímaco y Antínoo se repartieran la mujer que ambas formaban, no había vuelto a verle merodear por sus aposentos. Tampoco acudía a las reuniones de los pretendientes, para alivio de éstos, pues nadie le apreciaba. Penélope sospechaba que urdía algún oscuro plan, pues sabía que no era de los que renuncian, al menos no sin antes buscar venganza.

Así que precipitó el alivio de Antínoo e hizo que abandonara la estancia lo antes posible. En voz baja, para que Anfinomo no pudiera oírla, ordenó a Eurínome que permaneciera bajo las sábanas y siguiera sus instrucciones, las que le diera de palabra y las que le transmitiera con el movimiento de su cuerpo. Con lentitud, como si su tronco navegara, empezó a separarse de su otra mitad y a desplazarse hacia la zona del lecho más cercana al escondite de Anfinomo. Sabía que allí las luces, reflejadas en las barras de bronce que adornaban el remate de la cama, adquirían un inquietante tono rojizo. Eurínome, por su parte, se movía en dirección contraria con gran agitación de piernas. Penélope habló entonces con voz cavernosa: «Ven aquí, Anfinomo. Haz lo que tanto tiempo has deseado. Satisfácete en mí. Allá está mi sexo. Atrápalo antes de que huya».

El miembro de Anfinomo fue asomando poco a poco por detrás de la columna. Y al otro extremo apareció su cuerpo, más encorvado de lo habitual por el pánico. Ofrecía un penoso aspecto. Con los hombros encogidos, su sexo surgía enorme, y mientras éste apuntaba al cielo, el rostro se le desencajaba. El espectáculo era fantasmagórico. Veía a una Penélope partida, oscura y enrojecida por la luz, como ensangrentada, levantando los brazos mientras sus piernas y sus nalgas se exhibían al otro lado de la cama como una quimera tentacular. Se quedó paralizado ante el prodigio, anclado

detrás de su miembro, incapaz de reaccionar. Consciente del efecto que provocaba, y conocedora de las devociones de Anfinomo, Penélope remató con una nueva invitación: «Hermes te ayudará a poseerme. Él encubre a los ladrones. Si se lo pides con fe, se te llevará con mi fugitiva entraña, dentro de mí para siempre. Sé que te gusta esconderte. Quizá así desaparezcas y por fin seas Nadie». La invocación de Hermes hizo reaccionar a Anfinomo, que abandonó el dormitorio corriendo, agitando los brazos y rogando a su dios que le librara de ese monstruo demediado y, sobre todo, que no le convirtiera en Nadie.

En cuanto el hombre abandonó la estancia, Penélope se arrancó del lecho y Eurínome, despeinada, sacó la cabeza de debajo de los almohadones. Se miraron y rompieron a reír en una incontenible carcajada. Un tanto asfixiada por el acolchonado entierro, todavía brillante por la reciente cópula, la figura de la criada se le antojó a Penélope especialmente atractiva. El entusiasmo por la reciente victoria y la complicidad trenzada fuera y dentro del dormitorio, por encima y por debajo del lecho, la llevaron a abrazarla con ternura. Pero la suavidad de su piel, la humedad de sus labios al devolverle los besos, el roce de los pechos de ella con los suyos, el dulce entrechocar de sus pezones hizo que sus sentimientos cambiaran. En unos segundos pasó de la amistad agradecida a la lascivia. Eurínome lo notó, o ella misma se sintió arrebatada por la misma pasión, y llevó la mano a la entrepierna de su señora. Penélope dio un respingo y se apartó, más conmocionada que excitada. Hacía tanto tiempo que nadie la tocaba que la caricia fue de una estremecida intensidad. Eurínome se detuvo, temerosa de haber ido demasiado lejos, de haber profanado quizá la intimidad de su reina. Pero Penélope, emocionada por la belleza de ese rostro asustado, dio rienda suelta al deseo y sus brazos rodearon el cuello de Eurínome.

Con qué placer se dejó morder los labios aflojados por el deseo, con qué abandono se tendió en el lecho y permitió que lamiera orejas y cuello, con qué escalofrío acogió el mordisqueo en los pezones, con qué culebreo de cintura enarcó el vientre para ampliar la extensión de caricias y besos… Era muy distinto a lo que había experimentado junto a Ulises; aunque el placer se asemejara, las formas del contacto divergían. Era como si, entre los brazos de

Eurínome, la piel se tornara más vasta, como si su cuerpo, menos concentrado en el vientre, se expandiera en un gozo quizá más estrecho pero más prolongado. Efervescente, deseosa de ser ella quien prodigara y dirigiera las caricias, se incorporó e intentó tumbar a Eurínome. Entonces ella la retuvo y le dijo: «Aguarda, mi reina, y deja que me lave. Todavía llevo dentro el líquido de Antínoo». Pero Penélope, enardecida por el deseo, o tal vez ya enamorada de Eurínome y de todo lo que contuviera, repuso: «No lo hagas. La belleza de la copa hará delicioso todo lo que en ella beba».

Y estalló la lujuria. La frase de Penélope conmovió a Eurínome hasta tal punto que su cuerpo vibró de arriba abajo. Y la conmoción de la criada repercutió en la reina y, así, enredadas la una en el seísmo de la otra, sus carnes se abrieron y sus volcanes entraron en erupción. Obligada por su declaración, fue Penélope la primera que llevó los labios al sexo de la que, más allá de jerarquías, ya sólo era su amante. Pasó la lengua por esos labios verticales, abiertos, tiernos, rezumantes. Una y otra vez. Luego los besó en un boca a boca prolongado y absorbente. Efectivamente, el sexo de Eurínome destilaba un jugo amargo envuelto en un penetrante aroma a mar. Pero no percibía el relente de la descarga del hombre. Y, si estaba allí, no le importaba. De hecho, le gustaba. Nunca había probado un manjar más delicioso. La blandura del tacto, la untuosa humedad, la intensidad del olor se mezclaban en una arrebatadora sensación que le impedían apartarse. Abocada entre las ingles, lamía, sorbía, mordía… No controlaba lo que hacía. Quizá simplemente se nutría. Porque, llegada a ese punto, la caricia le parecía, más que sexo, la esencia misma de la vida. Además Eurínome agonizaba en roncos estertores que, producidos por la lengua de Penélope, atravesaban su pecho y le desgarraban la garganta. Acompañaba los quejidos con suaves empujones en la espalda, como si quisiera introducirla en su cuerpo. Y ese balanceo la meció en el éxtasis hasta que Eurínome soltó un chorro ácido que penetró en su boca, le salpicó por el mentón y el cuello y embriagó su nariz. El alivio vino acompañado de aullidos de muerte que tardaron varios minutos en amortiguarse.

Sin tomarse tiempo para descansar, y como si tuviera prisa por devolverle la caricia, Eurínome volvió de espaldas a Penélope, abrió

sus nalgas e introdujo una lengua afilada en su orificio oscuro. Y, según entraba y salía, apretaba sus carnes cada vez con mayor intensidad, hundiéndole los dedos y marcándole las uñas. Coordinaba de tal manera el ritmo de sus penetraciones con la fuerza de sus pellizcos que placer y dolor se combinaban en una espiral vertiginosa. Penélope rodaba por ella en una caída inacabable, abandonándose al abismo. Luego le introdujo los dedos. Primero uno, luego dos, después tres y hasta cuatro. De dentro afuera, y también en sorprendente gancho que removía el más oculto rincón de su entraña. Eurínome la recorrió toda como si estuviera hambrienta de ella. La colocó de nuevo boca arriba y abrazó sus pechos, los dos a la vez y cada uno por separado. Y llegó un momento en que Penélope se perdió en el placer. Con la mirada extraviada y la respiración contenida, quedó inmóvil, instalada en el éxtasis. Por fin, cuando Eurínome la besó enlazando la lengua con la suya, manteniendo los dedos en su sexo, restregando los muslos contra los suyos y batiendo los pechos contra sus pezones, estalló. Fue un suspiro hondo y una convulsión prolongada.

No terminaron ahí. Porque al punto se colocaron la una en posición inversa a la otra, la boca de Eurínome en el sexo de Penélope y la boca de Penélope en el sexo de Eurínome, sus labios horizontales contra los verticales, abrevándose la una en la otra. Y así abrazadas rodaron durante horas por la infinitud del lecho hasta que, exhaustas, se durmieron, la cabeza de una en los muslos de la otra, untuosas todas sus bocas, respirando la brisa de sus sexos.

Penélope no sabía que Ulises iba a regresar a Ítaca llamándose Odiseo, «el que es Nadie». Y que el nombre que tanto había aterrorizado a Anfinomo había proporcionado nueva vida a Ulises, pues no sólo le había servido para librarse del cíclope Polifemo sino que había presidido toda la épica hazaña de su regreso. Tampoco sabía otras muchas coincidencias que se habían producido en la vida de ambos a pesar del tiempo, a pesar de la distancia. Él había pasado los últimos años dando tumbos por mares y reinos, de combate en naufragio y de desgracia en amorío. Ella no había salido de Ítaca. Ambos, sin embargo, habían tenido que afrontar parecidas peripecias. Penélope había defendido el tálamo nupcial de los asedios sufridos por los pretendientes y para ello había recurrido a múltiples trucos e inconcebibles alianzas. Esa batalla era similar a

las que su esposo había librado contra los más peligrosos enemigos en los más recónditos lugares. También había encontrado, más que consuelo, desconocidos placeres en los brazos de una mujer. Y si bien Eurínome no era maga como Calipso, su incondicional entrega había obrado prodigios. Pero, aunque desconociera la semejanza de sus trayectorias, algo le decía que iban a concluir y, finalmente, confluir.

Despegándose suavemente del cuerpo de Eurínome, que seguía durmiendo, Penélope salió a la terraza. Durante años había creído que sus esfuerzos por mantener la dignidad a salvo acortaban la ausencia de Ulises, como si la resistencia de ella le acercara al hogar, como si su negativa a olvidarle pudiera ayudarle a encontrar el camino… Muchas horas había pasado oteando esa línea donde el cielo se hunde en el mar, segura de que algún día lo vería aparecer. Sus párpados se habían arrugado y sus ojos se habían vuelto más azules en la contemplación infinita. Ahora comprendía que Ulises sólo llegaría cuando dejara de esperar, cuando el pozo sin fondo de la nostalgia empezara a rellenarse de felicidad, cuando un nuevo sentimiento aplacara tanto resentimiento…

Por primera vez en mucho tiempo, contemplaba el mar como paisaje y no como ruta de regreso. Ni siquiera rebuscaba en el surco brillante del amanecer la sombra de una vela o el chapoteo de unos remos. Pero, quizá por eso mismo —porque los dioses hacen que encontremos cuando no buscamos—, un punto se perfiló en el horizonte. Primero pareció un incierto reflejo, apenas una mota en la tersura del mar, que poco a poco aumentó de tamaño. Podía ser cualquier barco, uno más de los que comerciaban entre Ítaca y el continente. Pero algo en su corazón le anunciaba una llegada especial. Su pulso se aceleró, como si así pudiera apremiar su atraque en el puerto. El mástil se hizo visible y, con él, el distintivo de la embarcación. Era Telémaco que, por fin, regresaba. Uno de sus hombres volvía. Y, ¿quién sabía?, quizá el otro no tardaría en hacerlo. Porque así es el rastro de la sangre, una gota lleva a la siguiente y el retorno del hijo precede, simple adelanto, al del padre.

Penélope dio un profundo suspiro, inhaló el aire fresco de la mañana y sonrió. Sentía que su larga aventura también empezaba a tener fin, y una paz ya olvidada la invadía. En cualquier caso,

tantos años de espera —ahora lo entendía— le habían servido para algo más que permanecer en estado de viudedad latente. Contemplado con perspectiva, no había sido tiempo perdido sino de aprendizaje y de consolidación —quizá de transformación— de su condición de mujer. De hecho, a pesar de haber disimulado, engañado y suplantado, después de haber hecho para deshacer y de haber sido para dejar de ser, finalmente se sentía fuerte y singular. Volvió la cabeza y distinguió el hermoso cuerpo de Eurínome desperezándose entre las sábanas. Ella era la prueba, gozosamente viva, de que se había convertido en algo más que la esposa de Ulises, la madre de Telémaco, el trofeo de los pretendientes o la hija de Icario. Más incluso que la Penélope de ojos llorosos que durante tanto tiempo había lamentado su destino. Porque, por encima del nombre que su padre quiso ponerle, o del trato que los hombres le habían dado, ella también, tan odisea o más que Ulises, había dejado de ser Nadie.

Los mil y un días de Sherezade

En tiempos del califa Shariar, la dinastía abásida alcanzó su máximo esplendor. Bagdad, la capital del imperio, se convirtió en una encrucijada cosmopolita donde confluían lenguas y tradiciones árabes, persas, hindúes, chinas, tártaras, kurdas, mogolas… Ninguna ciudad —ni El Cairo ni Alepo ni Damasco ni Ispahán ni Basora ni Constantinopla ni la dorada Samarcanda— podía comparársele. Las cúpulas azules de sus mezquitas, sus minaretes de marfil, las marmóreas almenas de sus palacios, sus bazares repletos de mercancías, sus plazas tapizadas de palmeras hacían de ella, más que enclave, leyenda. Y eso sin olvidar la maestría de sus orfebres, el refinamiento de sus cocineros, el talento de sus poetas, el fervor de sus derviches, la inspiración de sus músicos y la belleza de sus mujeres.

Todo se podía encontrar en Bagdad, desde el puñal más afilado o la serpiente más venenosa al pergamino más secreto o la piedra más preciosa. Las posibilidades que ofrecía eran tantas que, a menudo, la magia se confundía con el arte, la ciencia con la patraña y el portento con el suceso cotidiano. De manera que en un espacio indecidible entre el cielo y la tierra, entre la razón y la imaginación, entre la aventura y el negocio, se buscaban y se ofrecían filtros amorosos, lámparas encantadas, genios encerrados en botellas, alfombras voladoras, rosas azules, caballos con alas, peces repujados de joyas y hasta mujeres con cuatro pechos y niños sin cabeza.

Pero lo que convertía a Bagdad en un lugar irreemplazable, foco de atracción de viajeros y faro que iluminaba la humanidad, era la importancia que sus habitantes otorgaban a las artes y al conocimiento. Había cientos de bibliotecas, incontables escuelas y en cada calle se enseñaba un oficio, un truco de magia o las claves de un enigma. Sus sabios destacaban sobre todo en matemáticas y

filosofía, siendo sus enseñanzas seguidas por las mentes más preclaras de Oriente y Occidente.

Aunque la curiosidad intelectual proporcionaba impagables satisfacciones, la dulzura de la vida bagdadí provenía de esa encantadora decadencia que permitía ponerlo todo en cuestión, que nada fuera totalmente pecado ni totalmente virtud, verdad y mentira a un tiempo, fantasía y, con apenas desearlo, realidad. Y este ambiente, más que de tolerancia, de convivencia de contrarios, de confrontaciones a menudo paradójicas, propiciaba lo que los habitantes más cultivados de la ciudad denominaban «disciplinas mixtas». En tiempos del gran Shariar se puso de moda el cruce, revelador según unos, tan sólo divertido según otros, entre conocimientos en apariencia dispares. Así había quien combinaba la filosofía y la geografía y no sólo identificaba el camino con el pensamiento deductivo, el desierto con la ignorancia, la cordillera con el prejuicio y las corrientes fluviales con el estudio y la experimentación, sino que atribuía a cada país un ámbito del saber. Según los ganeimitas, seguidores del imán Ganeim, los persas eran la física, los hebreos la lógica, los hindúes la ética, los chinos la estética y los habitantes de Bagdad, síntesis de todos los saberes, la metafísica.

También existían combinaciones, si no más entretenidas, sí más prácticas, como la que relacionaba la cocina con las matemáticas. Bastaba identificar cada ingrediente con una cifra y cada forma de cocinar con una operación. Así el guiso era la suma, el asado la resta, el adobo la multiplicación… Cada fórmula matemática se correspondía con un plato y, aunque a menudo los resultados dejaran mucho que desear, a veces se hacían maravillosos descubrimientos, como la exquisitez gastronómica preparada a partir de la ecuación con la que los árabes calculaban la hipotenusa del triángulo.

Ninguna de estas «disciplinas mixtas» adquirió tanto desarrollo como la que combinaba el arte de contar con el de acariciar. Dos artes que, según sus numerosos defensores, se hallan íntima y ancestralmente conectados. Al fin y al cabo el sexo, orificio de la copulación, y la boca, orificio de la narración, no sólo constituyen nuestras principales aperturas al exterior sino que se oponen en una perpendicular perfecta del cuerpo, quizá en una conexión esencial

del organismo. De hecho, se trata de las dos actividades más placenteras para los humanos y, aunque una se centra en lo físico y la otra moviliza el espíritu, ambas estimulan los sentidos hasta llevarlos al éxtasis del orgasmo o a la catarsis del desenlace, satisfecho nuestro deseo en un caso y nuestra curiosidad en otro.

Según sostenían algunos calígrafos, la invención del libro, que los bagdadíes se atribuían sin ningún reparo, se había producido como resultado de la aplicación de este principio combinatorio. Al fin y al cabo, un libro no es sino la mejor manera de vestir o, si se prefiere, de desnudar una historia. Para empezar, el hecho de escribir surge como manifestación de un deseo, anhelante o frustrado, del escritor, y se constituye en objeto palpitante que busca la acogida entrañable del lector. En el acto de la lectura, el texto actúa como cuerpo seductor ante ese amante —a veces exigente, a veces entregado, a menudo distraído y en ocasiones desconfiado— al que atrae valiéndose de la intriga. En esa ceremonia de la desfoliación que es la lectura, el relato actúa libidinosamente, exhibe lo suficiente como para provocar la excitación, pero también, con el fin de mantener vivo el interés, oculta hasta el final sus secretos más sorprendentes. El libro se cimbrea entre tules de palabras, sugiriendo, creando transparencias que vaticinan una prometedora entrega. Renglón a renglón, página a página vela, desvela, revela hasta que acaba descubriendo su desnuda belleza o su aleccionador sentido. Sin embargo, la lectura no termina forzosamente en cópula y mucho menos en orgasmo: el fantasma de la decapitación pende continuamente sobre el libro. Si no resulta atractivo, la ejecución puede ser inmediata; el cierre brusco de sus páginas supone, de hecho, una pena capital. La condena a estantería perpetua y polvo secular constituye el cruel destino de muchas historias que quedan así sumidas en el olvido. Pero esta posibilidad, lejos de desanimar al escritor, le proporciona un aliciente complementario. Porque el placer siempre es mayor cuando flota a su alrededor el fantasma oscuro de la muerte.

Además de la invención del libro, el cruce entre sexo y narración dio lugar a numerosas y muy placenteras prácticas. Proliferaron los concursos de caricias y poesía en los que, obedeciendo a estrictas

reglas, se trataba de comprobar qué resultaba más estimulante, un verso o un tocamiento. Y, a la vista de los resultados, parecía evidente que lírica y erótica estaban estrechamente conectadas. Un poema bien recitado podía poner en erección a los hombres más curtidos. Y, viceversa, un roce adecuadamente aplicado evocar las más bellas metáforas. Pero esta conexión entre carne y espíritu encontraba su máxima expresión, más que como competición, como complemento. Así, se hacían exhibiciones públicas de los efectos que algunos relatos tenían sobre los cuerpos de los amantes, o se mostraba cómo una misma historia podía alentar o arruinar el acoplamiento según cómo fuera contada. Y era habitual que las parejas se hicieran acompañar por un contador de cuentos; los de efectos más lascivos eran muy cotizados. Es más, cundió una especie hasta entonces rara, el narrador de gran atractivo físico, que administraba las dosis complementarias de intriga y de deseo.

Algunos espectáculos que explotaban esta relación adquirieron fama en todo el imperio. Proeza o estafa, ya que muchos desconfiaban de su autenticidad, tuvo gran éxito «la pareja del orgasmo interminable». Sostenían que, haciendo coincidir el momento culminante de una ficción con el orgasmo, éste podía prolongarse indefinidamente. Y, como demostración, una mujer bellísima dilataba el final de su historia prolongando la eyaculación de su amante durante más de dos minutos. Pero, más allá de las inevitables explotaciones circenses, esta «disciplina mixta» contaba con muy serios practicantes. Durante años gozaron de gran prestigio los torneos que se celebraban cada jueves en la mansión del mercader Abou Hassan. Dueño de una inmensa fortuna y conocedor de todos los rincones del imperio, hacía competir en torno a una misma mesa a los más reputados contadores de historias. Y en tales desafíos —verdad o leyenda— se producían prodigiosos incidentes.

En este caso la conexión entre sexo y fábula no era contemplada como estímulo para aumentar el disfrute, sino como prueba para demostrar el autocontrol. Porque, de igual manera que el relato excita a quien lo escucha, distrae a quien lo cuenta. En Bagdad se consideraban buenos cuentistas a aquellos que, a pesar de verse solicitados por el placer, mantenían la concentración y seguían la historia indiferentes a la excitación. Y eso era lo que los selectos invitados de Abou Hassan gustaban contemplar. El espectáculo

permitía comprobar a un tiempo la habilidad del acariciador y el dominio de sí mismo del narrador. En algunos círculos llegó a proponerse a estos narradores como modelo de comportamiento, auténtico ejemplo de disciplina física y de inventiva mental, prototipo social superior al guerrero, al filósofo, incluso al místico… Y es que, a pesar de que a primera vista pudiera parecer lujurioso, la hazaña constituía el ejemplo vivo de cómo, tras igualado combate, el verbo vence a la carne.

Aunque sólo unos pocos privilegiados asistían a estos torneos, los resultados corrían de boca en boca, para mayor prestigio de los ganadores. Se valoraba la incidencia de una caricia en el cambio de entonación, los efectos de un beso en el desarrollo de la historia, la resistencia de la trama a los embates de una felación o —prueba máxima— el mantenimiento del suspense durante una eyaculación. También se admitían apuestas y algunos invertían grandes sumas en la convicción de que un participante no conseguiría terminar su historia, perdería el hilo o se vería obligado a cambiar el final. Otros, al contrario, apostaban por el seguimiento fiel de la narración a pesar de las interferencias del goce. Y, para calibrar bien la apuesta, había que tener en cuenta la trayectoria del contador y también la del acariciador. Porque podía ocurrir que un sólido orador se derrumbara ante el apremio de una mano experta o que, al revés, se creciera a lomos de una excitación bien controlada. Grandes fortunas cambiaban de mano y ello provocaba frecuentes reyertas. Se producía entonces el extraño fenómeno de que, mientras en el escenario las más atrevidas provocaciones eran encajadas con calma, los espectadores, sin mediar contacto, discutieran ferozmente.

Uno de estos desafíos alcanzó gran notoriedad hasta convertirse en una leyenda más de Bagdad. Abou Hassan había logrado reunir a lo más granado del erotismo y la narración. Mujeres bellísimas, expertas en las técnicas de tocar y copular, procuraban sacar de sí a los contadores más renombrados del imperio. Habían acudido el elocuente Ibn Tahar, el ingenioso Mohamed Billah y hasta Alí Ibn Baker, gran improvisador. Tras una reñida sesión que se había prolongado más de veinticuatro horas, sólo quedaban en liza Sidi Numan y Sidi Condadad, indiscutibles campeones de la fábula. El duelo podía prolongarse indefinidamente porque ambos, lejos de

distraerse con las amantes que les habían designado, parecían encontrar nueva inspiración en sus caricias. Al final Sidi Condadad, sorprendido por un inesperado contacto, arruinó el efecto dramático de su historia. Su bella amante le había introducido el sexo en su orificio más oscuro y, tras someterlo a intenso vaivén horizontal, se puso a ondular las caderas comprimiéndolo en un placentero pellizco que le obligó a tomar aliento e interrumpir el relato. No se había equivocado ni había alterado el argumento, pero había roto el ritmo del recitado. La audiencia, consciente del fallo, le abucheó y, mientras Sidi Condadad se derrumbaba, Sidi Numan sonreía seguro ya de su triunfo.

Pero Sidi Condadad tenía todavía una oportunidad de vencer o, al menos, de empatar. Los contrincantes podían proponer una nueva amante para su rival. Naturalmente, escogían a las más expertas en llevar a los hombres por las zonas descontroladas del gozo. En casa de Abou Hassan no solía hacerse uso de esta prerrogativa porque él mismo se encargaba de seleccionar a las mejores, incluso a las que consideraba más peligrosas para cada narrador. En este caso Sidi Condadad, apremiado por su desventaja, ofreció a Sidi Numan una mujer que no podría rechazar. Su propia esposa. Él mismo la había educado en el arte de la caricia y había experimentado unas habilidades que, a la vista de los hechos —o de los relatos—, se le antojaban irresistibles.

La esposa de Sidi Condadad tenía por nombre Zobeida y, aunque siempre acudía velada a estos torneos, corrían rumores sobre su incomparable belleza. Sidi Numan no tenía otro remedio que aceptar el ofrecimiento de Condadad. Habría supuesto una afrenta rechazarla, y, si quería mantener la fama de rapsoda invulnerable a la distracción, debía afrontar cualquier desafío. Así que inspiró profundamente, se dispuso a soportar el vendaval de pasión que se iba a desatar sobre él y comenzó a contar su historia. Los ojos eran las armas más temibles de Zobeida. De un verde clarísimo, lanzaban, más que miradas, llamadas al ahogamiento. Se puso a lamer el sexo de Sidi Numan, entumecido ya por tanta caricia, al tiempo que le clavaba la vista sin vergüenza, incluso con evidente descaro. Y había tanta solicitud y tanta profundidad en sus ojos que cualquier otro se habría ahogado en ellos. Pero Sidi Numan resistió… Y también permaneció imperturbable cuando Zobeida

cogió su sexo con una mano y lo sacudió contra los labios verticales, sin introducirlo, sólo frotándolo contra la suavidad rezumante de su abertura…

Zobeida se deshizo en caricias, utilizó los trucos que le había enseñado su marido y algún otro que había aprendido por su cuenta. Había tenido a Sidi Numan en todos sus orificios, la historia que contaba tocaba a su fin y parecía que iba a terminarla sin mayor incidente. Se lanzó entonces a sus testículos, los mordió con ternura, introdujo un dedo en su ano y apretó con dos dedos la punta del pene. El milagro se produjo y, finalmente, Sidi Numan se vació en la boca de Zobeida. Pero aquél, lejos de alterarse, prosiguió el relato con adecuada entonación. Hizo una breve pausa, conveniente para introducir el desenlace y, con un ritmo entrecortado que, más que interferir, reforzaba el carácter trágico del relato, concluyó. Sidi Numan supo reconducir el placer y transformarlo en verosimilitud. Y fue largamente aplaudido por ello. Sidi Condadad no pudo reprimir su rabia y, considerando que su mujer había contribuido más al éxito que al fracaso de su rival, se levantó, sacó un puñal y la degolló allí mismo, ante la mirada espantada de los oyentes. Zobeida murió antes de terminar de desplomarse. Por su cuello manaba una sangre negra como la tinta que se esparció por el suelo trazando una caligrafía indescifrable.

Sherezade creció en este ambiente. Hija del visir Giafar y educada en la corte del califa, conoció a los artistas más afamados y a los políticos más influyentes. Sedienta de conocimientos, enseguida destacó por su inteligencia y discreción. A los quince años dominaba seis lenguas y no tenía rival en los debates filosóficos. Su madre insistía en familiarizarla con las tareas del serrallo para el que, por mucha afición intelectual que demostrara, estaba destinada. Giafar había pensado casarla con el príncipe de alguna provincia lejana para así reforzar su posición ante el califa. Pero Sherezade no mostraba el menor interés por el matrimonio. Desoía las recomendaciones de su madre mientras buscaba por todos los medios participar en las actividades de su padre. Ideó la manera de introducirse en la cámara del consejo y seguir, aunque no siempre entendiera las implicaciones políticas, lo que allí se

discutía. En cierta ocasión, el propio Shariar se acercó a la reunión. Fue por sorpresa, a tenor de la temblorosa agitación que provocó en la asistencia; hasta su padre tartamudeó ante la celestial presencia. El califa habló apenas unos minutos y al poco abandonó la estancia. Sherezade no llegó a verlo desde su escondite, pero estuvo tan cerca que sintió el aire de su majestuoso manto al partir. Y, sin poderlo evitar, un escalofrío recorrió su espalda.

Más que la política o la filosofía, Sherezade apreciaba la narración. La consideraba una más —la más sofisticada sin duda— de las artes mágicas. Porque posee la extraordinaria facultad de transportar a otro mundo a quien la escucha; era un hechizo verbal capaz de abolir la realidad y crear ante nuestros ojos —o en nuestra mente— el espacio fabuloso de la ficción. Pero desde muy joven, más que escuchar, le gustaba contar. Como no era una habilidad adecuada para una mujer, la ocultó a todo el mundo. Sólo su hermana Dinarzade supo de ella y fue testigo de cómo, con el paso de los años, la perfeccionaba hasta alcanzar gran maestría.

Sherezade y Dinarzade eran tan parecidas físicamente como diferentes intelectualmente. Dinarzade, dos años menor, no compartía las aficiones de su hermana. Ella prefería cuidar de su aspecto físico, complacer a los hombres y soñar con un futuro amante —no podía confiar en el marido que su padre le eligiera— que le haría conocer los trances del amor. Sin embargo, reconocía que Sherezade era una gran narradora. Nunca, ni siquiera entre los rapsodas de la corte, había escuchado historias tan arrebatadoras y con desenlaces tan sorprendentes. Dinarzade abandonaba cualquier tarea, hasta los coqueteos con otros muchachos, para escuchar a su hermana. Sherezade veía el embeleso de su rostro. Y no había para ella mayor recompensa. No sólo era la prueba del dominio que estaba alcanzando en su arte, sino que suponía un placer contemplar ese brillo en la mirada de quien escucha, de quien, para bien o para mal —según la historia—, indiferente a la vida o a la muerte, se mantiene pendiente de las palabras del narrador. El único que cuenta. Pero pronto le resultó insuficiente. El teatrillo improvisado en la habitación de Dinarzade no daba cabida a los mundos que su imaginación contenía, y llegó un momento en que tampoco el arrobamiento de su hermana le bastó. Sherezade necesitaba otros escenarios, quizá nuevas lecciones que le

permitieran perfeccionar su arte.

Fue entonces cuando llegó a la ciudad el gran Camaralzamán. Su fama de contador le precedía. Había visitado Bagdad hacía más de veinte años y había dejado un recuerdo imborrable de su oratoria. Al parecer, había abandonado la ciudad porque él también necesitaba nuevos retos que pusieran a prueba sus facultades. Se había internado en el desierto y allí, sin oídos que le escucharan, con la arena azotando su boca, con el sol derritiendo su cerebro y la sed arrasando su garganta, había permanecido contando historias hasta que, por fin, por la magia de sus palabras, como si la vegetación brotara para escucharle, el desierto se había convertido en vergel. Sólo entonces, insuperable ya en su arte, había regresado a la civilización.

Eso al menos contaban de Camaralzamán. Pero resultaba imposible distinguir lo que en él había de realidad y de ficción, ¿o era él mismo una quimera? Existían numerosas variantes sobre sus orígenes. Desde hijo de un rey cruel que, advertido de que nunca lo nombraría en sus cuentos, lo perseguía para matarlo, hasta forzado de la narración, condenado a contar historias para redimir un pasado de cronista aburrido.

Sherezade estaba convencida de que toda esa fama sólo podría provocar decepción en ella. A pesar de todo, buscó la manera de asistir a su recital. No era fácil, porque las mujeres tenían prohibido el acceso. Pero se disfrazó de hombre y logró entrar. La experiencia superó todas sus expectativas. Camaralzamán había alcanzado la perfección. De hecho, Sherezade, a pesar de haber acudido dispuesta a diseccionar sus técnicas, ni siquiera se dio cuenta de que hablara. La historia desfiló ante sus ojos y ante sus oídos, y ante su entendimiento entero, sin que pareciera que estaba siendo pronunciada. Cuando terminó y Sherezade, al igual que el resto del auditorio, abandonó la sala, nadie recordaba la voz de Camaralzamán. Porque —entendió Sherezade— la culminación del arte de contar consiste en que el público oiga sin darse cuenta de que escucha.

Sherezade decidió que, de una manera o de otra, Camaralzamán sería suyo. Lo más adecuado habría sido que se convirtiera en su maestro. Pero las mujeres no eran admitidas en este tipo de aprendizaje y Camaralzamán no daba lecciones a nadie. Según

decían sus incondicionales, su arte no se enseñaba, simplemente ocurría. Sherezade se convenció de que los poderes narrativos de Camaralzamán no eran el resultado de una técnica aprendida ni transmisible, sino un don cuyas claves radicaban en su sangre, quizá en su esperma. Si se hacía con él, poseería su secreto. Ya los griegos llamaban «semántica» a la ciencia de los significados. Y era así porque, en su lengua, «signo» y «semilla» están emparentados. Sí, la palabra era el semen que permitía fecundar la imaginación del oyente. Y Sherezade decidió hacerse con la semilla de Camaralzamán. Lujuria y narración se cruzaban una vez más, ahora en busca de instructiva transfusión.

Camaralzamán nunca había participado en ningún torneo de cuentos y caricias, ni siquiera en los que organizaba Abou Hassan. No había manifestado su opinión al respecto, pero a todas luces su arte se encontraba por encima de estas exhibiciones; había trascendido las contingencias humanas y, más allá de las tentaciones de la sensualidad, rozaba lo divino. Sherezade era consciente de ello hasta el punto de considerar humillante el simple hecho de proponérselo; habría sido la forma más fácil de acceder a la fuente de su esperma y, quizá, con los contactos de su padre, habría podido conseguirlo. Pero no quiso. Tampoco encontró la manera de entrar en su círculo de amistades, acceder por un medio u otro a su presencia para, al menos, jugar la baza de sus encantos. Al parecer, los rumores acerca de su absoluta soledad eran ciertos. Así que a Sherezade no le quedaba más opción que irrumpir en el entorno de Camaralzamán. Por sorpresa y sin su consentimiento. Aun a riesgo de que lo considerara una violación.

El recital que daría en la corte en presencia del mismísimo Shariar le pareció una buena ocasión para acercarse a él. Pese a que la sala estaría concurrida y vigilada, el palacio del califa era una segunda casa para Sherezade; había crecido en él y se había granjeado las simpatías de sirvientes y guardias. Necesitaba contar con la complicidad, al menos con la negligencia, del mayordomo real y del capitán de la guardia. No le costó conseguirla. Abrió una trampilla debajo del escenario donde Camaralzamán iba a actuar: permanecería escondida bajo el entarimado hasta que se iniciara la

sesión. Entonces asomaría silenciosamente sus manos, su boca, sus pechos, sus nalgas si hiciera falta, e intentaría obtener el jugo seminal del narrador. Lo haría sin que la audiencia se diera cuenta. Una mesa taraceada de nácar ocultaría la mitad inferior del cuerpo de Camaralzamán y allí ella tendría espacio y tiempo para maniobrar. Estaba segura de que él sabría acoger sus caricias sin que la narración se resintiese, sin que ni siquiera la expresión del rostro lo delatara. Y eso la tranquilizaba. Porque Sherezade no quería desbaratar su actuación ni cuestionar su pericia, tan sólo arrebatarle el secreto. El maestro sabría perdonarle su osadía, pues lo hacía para ampliar las fronteras del cuento. Exclusivamente por amor al arte.

Camaralzamán entró en la sala del trono y se dirigió al improvisado teatrillo que habían preparado para su actuación. Un silencio profundo se instaló en la vasta estancia. No sólo el califa y las docenas de cortesanos callaron al verle aparecer. Hasta los pájaros del jardín y el viento que soplaba entre las cortinas cesaron. Prodigio o parte del espectáculo, el murmullo de las fuentes también se apagó. Sherezade no había contado con el milagroso mutismo que precedía las actuaciones del narrador. Tendría que moverse con el mayor sigilo; incluso el roce de sus caricias podía interferir en el recitado o, peor aún, desvelar su presencia. Pero no fue ésta su única sorpresa. Camaralzamán se había sentado muy erguido sobre un pequeño taburete, y las piernas, ligeramente entreabiertas, permitían ver que no llevaba ninguna otra prenda debajo de la túnica y que su sexo, sin necesidad de contacto alguno, mostraba una extraordinaria erección.

Quizá ahí radicara su secreto. Quizá Camaralzamán no necesitara confrontarse al placer porque vivía permanentemente inmerso en él. Sherezade quedó anonadada. Al levantar la trampilla, se topó con ese enorme miembro que parecía mirarle de hito en hito. Durante unos segundos dudó. No estaba segura de que sus caricias surtieran efecto. Se diría que el sexo de Camaralzamán se había petrificado y convertido en una estatua, imponente monumento al placer. No obstante, y puesto que no le quedaba otra opción, alargó las dos manos y empezó a acariciarlo. A pesar de la rigidez, el tacto era suave y muy cálido, casi ardiente. Sherezade no sabía cómo seguir. Había visto actuar a auténticas virtuosas de la

caricia y no ignoraba que cada gesto, cada presión, cada humedad podía provocar los más intensos o los más frustrantes efectos. Había elaborado su plan confiando en la intuición o, mejor dicho, en el deseo. Pero no en el deseo carnal sino en el narrativo. Su afán por aprender a contar guiaría su tacto y le indicaría el camino hacia la carga —quizá descarga— seminal —quizá semántica— de Camaralzamán.

Sólo en ese momento, al sentir entre los dedos su carnalidad, Sherezade se dio cuenta de que se trataba de un hombre y de que su cuerpo era atractivo. Deslumbrada por sus ficciones, había perdido de vista su realidad. Y ésta no sólo era hermosa, sino también sensible. Porque, aunque ni la voz ni el rostro delataran la caricia, el miembro se estremeció en sus manos. Y a partir de ese momento, Sherezade, confiada, casi abandonada a sí misma, se entregó al placer. Al que daba y al que recibía.

Logró apenas sin esfuerzo introducirse el sexo de Camaralzamán en la boca. Hasta que se le atragantó en los testículos. Le sorprendió que una erección en apariencia tan tensa no contuviera dureza sino, al contrario, una absoluta ductilidad. Y notaba, palpitando en su lengua, resonando en el paladar, unos latidos que se aceleraban al ritmo de sus besos. El miembro parecía contener su propio corazón, y no sólo se estremecía, también se hinchaba. Sherezade no pudo resistir la tentación y empezó a maniobrar entre las piernas de Camaralzamán. No quería hacer ruido, pero tampoco privarse del placer que podía procurarle ese tallo vibrante. Con suma lentitud y a cuatro patas se dio la vuelta procurando no rozar la mesa taraceada. Arrimó sus nalgas al sexo del hombre y, sin hacer nada más —ni empujar ni introducir—, éste la penetró con gran facilidad. Como el hurón que entra en la madriguera de la liebre, en un movimiento rápido y voraz, así se introdujo la bestia de Camaralzamán en Sherezade y, tras un primer momento en el que pareció escarbar, se detuvo como si finalmente hubiera hecho su lecho. Empezó a latir cada vez más rápido y a engordar al ritmo de cada latido, inmóvil pero creciente. Al menos eso es lo que Sherezade sentía en las paredes de su sexo, plenamente colmado. El placer que experimentaba era tan intenso que tuvo que ahogar los gemidos mordiendo una de las telas que adornaban el escenario. Habría querido que el sexo de Camaralzamán creciera en su interior

hasta hacerla estallar en una explosión de goce. Perdida la noción del tiempo y del espacio, olvidando el motivo por el que se encontraba ahí, sin control sobre sí misma, estaba a punto de provocar una catástrofe. Pero entonces la bestia disminuyó repentinamente de tamaño y salió de su agujero. Sherezade dio un grito de frustración.

Por fortuna, nadie lo oyó, y Sherezade logró recuperar el aliento y algo de calma. Había olvidado que, al llegar al final del cuento, el rapsoda se vuelve de espaldas para desvelar el desenlace. Se considera prueba máxima de maestría, pues, llegado al punto donde se resuelven las claves de la intriga y se infiltran, subrepticias, las lecciones de moral, el narrador renuncia a todo apoyo que no sea su voz. Ni expresiones ni gesticulaciones. Por eso Camaralzamán había salido de Sherezade: independientemente de quién trasteara en sus genitales, se debía a su arte. Aun así, Sherezade sospechó que el excelso narrador había hecho coincidir ese momento con el de mayor excitación. Para frustrarla o, quizá, para provocarla.

La situación de Sherezade se había complicado. Sólo disponía de unos pocos minutos para que Camaralzamán eyaculara, los que faltaban para el final del cuento. Tenía que hacerlo en su boca y estaba vuelto de espaldas. Y una multitud expectante la rodeaba. Hundió su cuerpo bajo los cojines, telas y tapices que adornaban el escenario y serpenteó lentamente. Sabía que debía moverse con sumo cuidado, fundirse con la blandura y la suavidad, ser incluso más blanda y suave que su entorno para pasar inadvertida. Y así, poco a poco, sinuosa e insinuante, bulto apenas prominente, Sherezade acabó situándose cara a cara o, mejor, boca a boca con el objeto de su deseo.

Se aplicó al sexo de Camaralzamán con pasión, casi con desesperación, como el viajero perdido en el desierto se aboca al odre de agua. Eso era precisamente lo que quería. Bebérselo. Y lo consiguió casi sin esfuerzo. No tuvo que lamer, envolver con la lengua ni atragantarse. Tan sólo esperar con la boca abierta el final de la historia. Y en efecto, no bien el cuento terminó, el contador se derramó. Soltó un esperma denso que no brotaba de forma entrecortada, sino que manaba ininterrumpidamente como de una fuente. Sherezade lo paladeó, masticó su untuosidad y finalmente lo tragó, sin dejar que se derramara ni una sola gota. Mientras tanto,

el público, acabado el encantamiento del cuento, aplaudía calurosamente. Camaralzamán se volvió hacia la asistencia, se inclinó ligeramente y, antes de que terminaran los aplausos, se levantó y abandonó la sala.

Sherezade permaneció largo tiempo bajo los cojines esperando a que todos abandonaran el lugar. No sabía si el esperma que acababa de ingerir contenía los secretos de la narración. Tampoco si ella había sido la causante de la eyaculación. Quizá se derramaba cada vez que contaba una historia… Fuera como fuese, Sherezade permanecía inmóvil, haciendo la digestión como una pitón, saciada y feliz. Le quedaba el sabor agrio de su amante y una saliva espesa tañéndole las cuerdas vocales.

Después de esta sesión, celebradísima en la corte, Camaralzamán volvió a desaparecer. ¿Había partido de nuevo al desierto? ¿Le habían defraudado Bagdad y sus refinamientos? ¿Le había afectado la aparición de aquella mujer? Sherezade no podía dejar de buscar una explicación, y en algunos momentos se sentía culpable. Por otro lado, no experimentó ningún efecto: ni había mejorado su habilidad narrativa ni le había inspirado nuevas historias. El semen de Camaralzamán no era semántico. Durante unos días notó una gran pesadez en el estómago y eructos grumosos subiéndole a la garganta. Sherezade no entendía lo que podía haber ocurrido… Pero entonces se produjo un gran cambio en el carácter del califa Shariar y ya nadie entendió nada. Porque, con el carácter del califa, sobrevino el caos y el imperio entero cambió, incluido el visir Giafar. Sherezade podía soportar que el mundo cambiara y sufriera bajo el despotismo de su emperador, pero le desesperaba ver a su padre preocupado.

A Sherezade le parecía que el califa no había cambiado tanto como sus cortesanos decían. No había dejado de ser gobernante irreprochable para convertirse en tirano. Desde luego, a ella nunca le había parecido dechado de virtudes. Como hija del visir, le había visto en su más grosera humanidad; y lo que no había visto, se lo había oído comentar a su padre. Para Sherezade, ese al que todos llamaban «gran» Shariar no era más que un reyezuelo veleidoso, abúlico, de menguada inteligencia y carente de sensibilidad. Lo

había podido comprobar en recepciones, discursos, consejos de ministros y hasta en conversaciones privadas. Su poder reposaba en las conquistas de sus antepasados, en la eficacia de consejeros como su padre y en una red de funcionarios que se encargaba de mantener cohesionado el imperio. La buena fama de Shariar se debía a la propaganda de los cronistas y, por supuesto, al miedo, que tan a menudo se disfraza de respeto.

Es cierto que Shariar no había cometido ninguna de las atrocidades que habían ensangrentado los reinados de sus antecesores. Pero eso era porque no se había presentado la ocasión y no, como repetía Giafar, porque fuera el mejor de los abásidas. De hecho, lo que todos en Bagdad llamaban su «cambio de carácter», para Sherezade no era sino la manifestación de su auténtica manera de ser. Porque ¿cómo valorar que hubiera llevado el imperio al caos por un motivo tan fútil como la infidelidad conyugal? Había descubierto que sus mujeres le engañaban, pero ¿era eso motivo para hacer cundir el pánico entre las familias bagdadíes? Para ahorrarse el disgusto del engaño, el califa había decidido que sus matrimonios durarían sólo un día. Se casaría y, tras la primera noche, ejecutaría a la esposa.

Encontrar una novia nueva cada día constituía una ardua tarea, sobre todo porque estaba destinada al sacrificio. Giafar debía encargarse de ello y, conforme el tiempo pasaba, la misión se complicaba. Las grandes familias de Bagdad ponían a salvo a sus hijas y el visir se veía obligado a reclutar cónyuges entre las capas menos favorecidas de la sociedad, en principio indignas de tal alianza. Giafar tenía entonces que aleccionarlas y disfrazarlas para poder presentarlas como descendientes, aunque fueran bastardas, de la aristocracia. Sus esfuerzos no se veían recompensados porque el califa, convencido de que cualquier mujer moriría encantada con tal de pasar una noche con él, no le otorgaba ningún mérito. Giafar perdió sus apoyos en la corte: había dejado de ser el administrador de los favores del califa para convertirse en buscador de víctimas. Y tenía que escoger entre la fidelidad a su señor y su propio prestigio. A eso, por supuesto, se añadían los remordimientos producidos por las ejecuciones, un desasosiego cada vez más acuciante que le impedía dormir.

Sherezade decidió intervenir. Insistió tanto en ser la siguiente

esposa de Shariar, y su padre se encontraba tan agotado y falto de recursos, que éste acabó aceptando. Giafar decidió que, tras la muy probable ejecución de su hija, él también se quitaría la vida. Así acabaría con tanto sufrimiento y tanta sinrazón. Por eso su asombro no tuvo límites cuando, después de la noche de bodas, el califa salió de sus aposentos anunciando que la muerte de Sherezade se posponía hasta el día siguiente.

Lo que para Giafar y el resto de la corte fue sorpresa, para Sherezade fue la previsible consecuencia de su estratagema. Tantos años investigando los secretos del cuento le habían permitido descubrir lo que los antiguos llamaban «mitoterapia», curación por medio del relato. Y es que una buena historia, además de otros benéficos efectos, aplaca la ira. Se trata de un principio harto conocido entre rapsodas, incluso entre simples aficionados. Además, según el entender de Sherezade, el caso de Shariar era de fácil solución. Sabía que para muchos hombres, y para casi todas las mujeres, la curiosidad puede más que el resentimiento. La curiosidad mira al futuro, siempre esperanzada, y el resentimiento al pasado, cerrado sobre sus propios errores. Por eso estaba convencida de que el cuento vencería a los celos. Lo cual, en último término, matizaba la maldad de Shariar: no era persona ofuscada por el odio, y su cólera dependía más del capricho que de la crueldad.

Cosa muy distinta fue compartir lecho con el califa. Ahí la grandeza de Shariar desaparecía por completo. Sherezade procuró mostrarse complaciente y, por supuesto, halagadora. No olvidaba que la suerte del imperio, y también la de su padre, dependía de lo que ocurriera en la alcoba. No tenía ninguna dificultad en inventar una historia al gusto del califa y administrarla de manera que el momento más interesante coincidiera con el de la obligada despedida. Pero pasar de la ficción a la manipulación de la opulenta carnalidad del califa le costaba gran esfuerzo.

Lo intentó de todas las maneras posibles. Haciendo del amor un conjunto de técnicas que ejecutaba en el cuerpo del califa con distante aplicación, estimulándose con las ventajas derivadas de su nueva posición, imaginándose en brazos de otro amante… No era

mujer que hiciera ascos al sexo. Tampoco necesitaba grandes motivaciones para pasar a la cópula. Pero en este caso había algo que superaba su voluntad. Y no era la grasa bamboleante del cuerpo de Shariar ni sus mínimos genitales ni el sudor de sus manos al acariciarla ni sus fugaces penetraciones… Tenía que ver con su carácter, quizá con su función soberana, probablemente con la obediencia incondicional, a todas luces servil, a la que obligaba a su padre.

Enseguida buscó la manera de zafarse de los débitos conyugales. Mientras la corte seguía con interés el folletín de sus amores —¿salvará la vida también esta noche?—, Sherezade apenas se preocupaba, tan segura estaba de su ingenio narrativo. Exploraba los aposentos y las posibilidades que ofrecían para su futuro matrimonial. Se repartían en cuarenta habitaciones, cada una labrada en un noble material: marfil, caoba, plata, jade, lapislázuli, oro, teca, alabastro, cedro, mármol, bronce, sándalo, granito, ébano, coral, malaquita, ámbar, azabache, palisandro… Todas estaban recubiertas de espejos. Cualquiera habría pensado que habían sido hechas para multiplicar el goce del califa, que vería así a sus mujeres infinitamente repetidas. Sherezade, tras permanecer una semana en los apartamentos califales, dedujo que eran para reproducir la imagen de Shariar, que, a pesar de su aspecto, no se cansaba de mirarse. Y no sólo reflejos. Las habitaciones también habían sido concebidas para atrapar los sonidos y reverberarlos de rincón en rincón. Los efectos del eco resultaban vertiginosos, pues el suspiro de una habitación se podía oír ampliado en grito en otra y las conversaciones mantenidas en un momento escucharse horas después.

Con tan maravillosa decoración a Sherezade le resultó fácil escabullirse. Acordó con su hermana Dinarzade una serie de turnos para complacer los deseos del califa. Las dos se parecían tanto que, reproducidas en el juego de espejos, Shariar no se daría cuenta de la suplantación. Más difícil era encontrar reemplazante para las sesiones de narración. Ahí Dinarzade no podía sustituirla. No sólo había que conocer la historia, sino saberla contar. Pero al cabo de dos meses Sherezade entendió que el califa, habituado a su dosis diaria de ficción, daba cada vez menos importancia a las historias y se conformaba con el rumor de la voz que, semejante al batir de las

olas, le provocaba una dulce somnolencia. En cuanto tuvo la certeza de que ni su hermana, ni su padre, ni el imperio corrían peligro, se arriesgó a recitar su relato en una habitación cuyo eco aparecería horas después en el dormitorio califal. Dio instrucciones a Dinarzade para que en la penumbra de la cámara simulara la gesticulación del narrador y así, aunque de Sherezade quedaba sólo la voz, todo hacía creer que era ella la que contaba. Con tales trucos consiguió burlar la vigilancia de Shariar y, aunque prisionera —o mortalmente desposada—, gozar de libertad.

Sherezade se decía a sí misma que necesitaba esa libertad para seguir perfeccionando su habilidad narradora. Tal vez, en lo más hondo de sí misma quisiera la libertad para no ser como su padre, mera prolongación de la voluntad de Shariar. Por una u otra razón, logró una gran disponibilidad, pues no sólo burlaba la custodia califal sino que, al ser tan conocido su matrimonio, nadie la identificaba como la hija mayor de Giafar. Sin compromisos, casi sin existencia, Sherezade se sentía una mujer nueva o, mejor, una mujer por inventar.

No podía renunciar a su afición al cuento, pero, sin trabas ni deberes familiares, decidió encauzarla por vías hasta entonces inexploradas. Comenzó a frecuentar los burdeles y allí descubrió una especie que creía inexistente: la mujer narradora. En el corazón de Bagdad, algunos tugurios ofrecían como atracción prostitutas que, al mismo tiempo que su cuerpo, entregaban las más portentosas fábulas. Sherezade se interesó por ellas e investigó las fuentes de sus relatos, pero la modalidad que descubrió —en realidad inventó— fue la historia contada al ritmo del placer. Se trataba de partir de cero, desnuda de cuerpo y alma, desprovista de prendas y de historias, abierta a todo y a todos. Sin esquema previo, sin ni siquiera una idea del argumento, debía abandonarse a un amante desconocido y, arrastrada por sus caricias, internarse en un relato igualmente desconocido. El juego consistía en improvisar a lomos del placer, dejar que los estímulos sensoriales abrieran nuevas vías a la imaginación. Al principio, la idea le pareció un tanto peregrina, excusa para la lujuria más que verdadero motor de ficción. Pero, a la vista de los resultados, Sherezade tuvo que reconocer lo acertado de su apuesta. Y es que, como pudo comprobar, cada caricia tiene su historia. Más aún, cada caricia es

una historia.

Una ayudante tan hermosa como ella la conducía al escenario. La exhibía ante la audiencia haciendo girar su cuerpo varias veces y luego, sin prisas pero con decisión, la desvestía. Una a una, iba arrancando las prendas que la cubrían hasta dejarla totalmente desnuda. No lo hacía con sensualidad sino con autoridad, demostrando más que mostrando. No buscaba la provocación, ni siquiera la admiración. Era como si dijera: «Observen el prodigio. Nada por aquí, nada por allá…». Porque lo que el público se aprestaba a contemplar era más un número de magia que un acto sexual. Una vez desnuda, la hacía dar una vuelta completa al escenario para acabar deteniéndose frente al público. Con aparatosidad, vendaba sus ojos con un pañuelo negro. La colocaba a cuatro patas, apoyándole el vientre sobre una pila de cojines, y luego separaba sus piernas, hendía sus nalgas, entreabría sus labios y la dejaba sola. Sherezade quedaba desnuda y a ciegas, totalmente ofrecida.

A partir de ese momento no sabía muy bien qué le pasaba ni con quién. Tampoco le importaba. El mundo desaparecía o, mejor dicho, se convertía en pretexto, simple detonante del texto, que era lo que realmente ansiaba recibir. O dar. Porque uno de los principales alicientes de esta experiencia radicaba en no saber si la fábula era inventada por Sherezade o se inventaba a sí misma, si Sherezade contaba o era contada por el placer que recibía, si Sherezade hablaba o el lenguaje hablaba por ella… Una vez presentada, cualquier hombre podía subir al escenario y tomarla. Ella se reservaba el derecho a rechazar o interrumpir el acto. Pero no lo hacía por el aspecto, por el origen ni por la forma de copular del amante. Admitía toscas embestidas y hasta tratos humillantes. El único criterio para parar o continuar era el rendimiento narrativo del encuentro. Todo valía mientras fuera capaz de mantenerla inmersa en la fábula.

Permanecía callada durante los primeros segundos, atenta a los tanteos —¿titubeos del cuerpo o balbuceos de la historia?—, absolutamente concentrada. Normalmente, con los contactos iniciales se perfilaba en su mente el comienzo del relato. Pero en

esos momentos, aunque segura de la situación de partida, no sabía cómo iba a continuar. Eran las evoluciones del amante las que imponían el tono. Había cópulas brutales como una tragedia, delicadas como una fantasía, esforzadas como una epopeya y hasta caprichosas como una comedia. A veces el relato comenzaba de repente, con una brusca acometida, proseguía al ritmo restallante de los muslos del amante golpeando contra sus nalgas, se remansaba en sudoroso vaivén y acababa en un final breve y desgarrado. En otras ocasiones, la historia ondulaba con insinuante lentitud, se adentraba en la intriga con penetraciones profundas y terminaba en un apretón prolongado del pene que apuraba todas las posibilidades del desenlace. A veces se imponía la fábula de la variedad y el cambio de registros, con inmersiones alternadas en todos sus orificios, para derramarse finalmente en una lluvia de conclusiones que salpicaban su cuerpo.

Sherezade aprendió a aprovechar narrativamente cualquier incidencia carnal. Se servía del estilo de sus amantes para construir sus historias. Hasta las reacciones físicas del amor le eran de utilidad. Convertía el jadeo en suspense, el suspiro en desgracia, el frenesí en intriga trepidante y el extremo placer en temblor expectante. Los silencios más dramáticos provenían de cópulas profundas o de felaciones oclusivas. Y el peligro de una acción se transmitía por grito orgásmico.

Además, el método garantizaba la diversidad. Porque, aunque algunos hombres, encelados por la disponibilidad de Sherezade o excitados por sus historias, subían una y otra vez al escenario, el relato al que daban lugar siempre difería. Y es que, aunque el amor sea un único río, nunca nos baña en la misma agua. Por eso Sherezade, que en la oscuridad de su venda identificaba perfectamente a cada amante, no se oponía a las repeticiones. Tan sólo en una ocasión se vio obligada a expulsar a un hombre cuyos movimientos reproducían exactamente los de su primera cópula. Más tarde descubrió que se trataba de un copista de la biblioteca califal encargado de recopilar las leyes promulgadas en las distintas provincias del imperio. Sherezade entendió así que no hay peor enfermedad que la obediencia ciega, porque, además de uniformizar los comportamientos, mata la ficción, dejándonos con un único argumento, condenados al aburrimiento.

Aunque estas actuaciones se producían en un burdel, Sherezade no tenía la impresión de prostituirse. Para empezar, no aceptaba pago alguno por sus actuaciones. Además, a pesar de las apariencias, no eran los hombres los que se aprovechaban de su cuerpo, sino ella la que los utilizaba. Eran materia prima para estimular su inventiva, para desencadenar una tabulación que le abría la puerta hacia nuevos horizontes. Porque no era lo mismo que recitar una historia ya compuesta. Ni siquiera se podía comparar con el hecho de inventar un cuento delante del público. Se trataba de una improvisación estimulada por el sexo y liberada de la conciencia, una suerte de trance narrativo de imprevisibles derroteros. Sherezade se encontraba así embarcada en ficciones a las que no sabía cómo había llegado ni cómo saldría de ellas. El relato de la aventura se convertía en la aventura del relato y, al mismo tiempo que descubría la historia, se descubría a sí misma.

En una de las sesiones, cuando ya empezaba a entender los mecanismos que se desencadenaban en ella y a resultarle previsibles sus resultados, algo ocurrió. Lo notó antes del primer contacto. Nada más postrarse, en cuanto su presentadora abandonó el escenario, un silencio profundo dominó la sala. Más que expectación o admiración, era desierto, casi sepulcro. Luego sintió que una sutil caricia le envolvía el cuerpo, como si le abrazara, más que la piel, la silueta. Tardó en notar los primeros roces, tanto que se le impacientaron las carnes, los riñones se le arquearon y hasta las nalgas se le agitaron como las del perro que reclama su comida. Con toda evidencia, el hombre que había subido al escenario tenía una gran experiencia, o una gran sensibilidad. Sentía tanta curiosidad por ese extraño que le costaba concentrarse. Actuaba de manera inusual y, al mismo tiempo, extraordinariamente familiar. Ni siquiera lograba distinguir si en realidad la tocaba. Percibía el aire cargado de dulzura que desprendían sus manos, el ansia de su aliento, el deseo de su piel, pero el tacto no llegaba. Y, sin él, era incapaz de empezar a contar. El silencio de la audiencia se le hacía insoportable y el suyo vergonzoso.

Por primera vez experimentó el miedo al ridículo, el vértigo de quedarse sin historia, quizá sin voz, ante un público que iba a estallar en carcajadas por su torpeza, quizá por su impotencia. Entonces sintió el sexo de su desconocido amante reptando entre las

nalgas como una serpiente cargada de veneno. A fuerza de reptar adquirió consistencia, sin por ello perder flexibilidad. Era un miembro grande e inquieto que se demoró entre sus muslos hasta que descubrió la gozosa entrada. Dio varias vueltas en el entorno de la puerta, como si inspeccionara el lugar. Y luego, lentamente, comenzó a entrar hasta alcanzar el fondo. Una vez allí, ensanchó el glande a modo de saludo. Por mucho que le costara creerlo, se trataba de él. Sin importarle ya la audiencia, Sherezade apartó la venda de los ojos y confirmó sus sospechas. Era Camaralzamán.

Sherezade apenas tuvo tiempo de esbozar una sonrisa. Su inesperado amante empezó a moverse. Su sexo iba y venía, subía y bajaba, pero también se hinchaba y deshinchaba como una respiración cada vez más deseante. Sin apenas tiempo para encajar la sorpresa, se lanzó, irrefrenable, a la fábula. Pero ese día no era ella la que inventaba al hilo del placer que recibía. Era él quien controlaba la historia, quien parecía conocerla hasta en los más mínimos detalles y se la transmitía para que la interpretara. Sherezade se había convertido en el instrumento en el que Camaralzamán ejecutaba su partitura. Nunca había experimentado nada similar. Y era extraordinariamente placentero. Porque se sentía desaparecer en una absoluta entrega. Ni su voz ni su carne le pertenecían. Y no sólo no le importaba, sino que ni siquiera se daba cuenta de ello. El placer era tan intenso que dejó de sentir. Quizá en el éxtasis, dejó de ser. Sherezade aprendió que la felicidad es olvido.

Nunca supo qué historia salió de sus labios. Pero con toda seguridad fue una historia de amor. Sherezade cree recordar —¿o lo inventa?— el sufrimiento de una joven pareja obligada a separarse. Fue cuando Camaralzamán, manteniéndose inmóvil en irresistible dilatación de su sexo, le abrió con los dedos el orificio más oscuro. Los suplicios sufridos en la distancia y la correspondencia entre los enamorados vinieron sugeridos por una suave e insistente sodomía. Y el reencuentro apasionado lo provocó ese estallido seminal que le abrasó los intestinos.

Pero sólo eran suposiciones, reconstrucción más que recuerdo, porque su memoria no retuvo nada de lo allí ocurrido. Lo primero que Sherezade vio al salir de su trance fue a una audiencia sobrecogida que lloraba en silencio. También notó el sudor que manaba de su cuerpo y que a ella también se le mezclaba con las

lágrimas para formar una pócima amarga. Sintió un profundo y repentino cansancio y se derrumbó en el escenario. Antes de desmayarse pudo contemplar cómo su amante se incorporaba y partía en silencio.

Camaralzamán no desapareció esta vez. Permaneció en Bagdad, donde en contadas ocasiones asombró al público con sus cuentos. Pero no se quedó por este motivo, sino por el mismo que le hizo volver: Sherezade. Al menos eso le gustaba pensar a ella. La inesperada aparición de Sherezade en el palacio del califa había debido de gustarle. Si no, ¿por qué había regresado, pagándole con la misma moneda? En realidad, no lo sabía… Porque, aunque se buscaban y se encontraban con frecuencia, no hablaban. Se lo decían todo con las caricias, para ellos la forma suprema de expresión. Y en esas conversaciones sin palabras intercambiaban numerosas historias. Todas eran distintas e igualmente arrebatadoras. Aunque, en último término, todas venían a decir lo mismo: «Soy la voz de tu sexo, la historia de tus caricias, todas las intrigas de tu placer…». Y se lo decían mutuamente porque habían alcanzado similar maestría en su arte. Su compenetración era tal que ni ellos mismos sabían quién inspiraba a quién. Cuando Sherezade recitaba, podía hacerlo como simple transmisora del relato que Camaralzamán destilaba en su sexo, o como consecuencia de una improvisación inconsciente pero propia. Y al revés. Hasta que llegó un momento en que ni siquiera necesitaron contar historias. Les bastaba amarse para entenderlas, seguirlas en todos sus detalles y emocionarse con ellas. No eran un único cuerpo, pero cada uno de ellos era la mitad de un inmenso relato.

No vivieron juntos y ni siquiera se fueron fieles. Para afinar el cuerpo, para ponerlo en sintonía con el placer y en consecuencia con la fábula, hace falta confrontarlo con otros cuerpos. Y los cuentos que Sherezade y Camaralzamán se contaban, esos relatos vividos en el silencio de sus abrazos, mejoraban —o les gustaban más— cuando llevaban un tiempo sin encontrarse. Por muchos amantes que tuvieran, ambos sabían que la cuerda vibrante de la ficción sólo tañía en sus cuerpos y que las demás relaciones eran ensayos, comprobación de la diferencia, mera resonancia.

Sherezade volvió en alguna ocasión al palacio de Shariar. Dinarzade había asumido con gran competencia las funciones de esposa del califa. De hecho, todos, cortesanos y criados, ya sin suspicacia alguna, la llamaban Sherezade. Hasta el visir Giafar, su padre, asumió esta identidad, consciente de que su otra hija, aquella en la que en un principio confió, dilapidaba su honor entregándose a los hombres. Alguna noche, a falta de continuación para una historia, Dinarzade la convocó con urgencia para seguir dando a Shariar la dosis de ficción que la mantenía viva. Hasta que finalmente, tras tres años de condena a fábula permanente, el califa, convencido de su ingenio y deduciendo de él su honestidad, decidió indultarla para siempre. Superada la provisionalidad de su matrimonio, Dinarzade fue feliz. Disfrutó de los lujos de sultana y, naturalmente, engañó a su marido con apuestos amantes. Pero se cuidó muy mucho de que Shariar lo descubriera.

Años después, cuando ya había dado tres hijos al califa y su posición estaba totalmente consolidada, Dinarzade citó a su hermana. Se encontraron fuera de palacio porque Sherezade se negó a poner los pies en un recinto que ahora se le antojaba sede de un autoritarismo ostentoso. Recordaron los tiempos de la infancia y rieron comentando las grasientas intimidades del califa. Dinarzade se atrevió a sostener que ella era más imaginativa que su hermana. Debía imaginar las más plausibles historias para ocultar sus escarceos extramatrimoniales. Afortunadamente había adquirido tanta habilidad con sus narraciones nocturnas que apenas le costaba esfuerzo. Así que su primera proeza consistía en engañar al califa ya engañado, demostrando así que, para contentarlo, no hacía falta ser fiel, sino saber contar. Y su segunda y aún mayor proeza, aquella por la que a su entender superaba a su hermana, radicaba en el hecho de que ella misma era una ficción. Nacida Dinarzade, cada día se inventaba como Sherezade.

En cuanto a Sherezade, no fue Dinarzade, ni esposa de Shariar ni hija de Giafar. Fue la amante de Camaralzamán, pero tampoco en exclusiva ni todo el tiempo. Fue, ante todo, la contadora por antonomasia, la reina de la ficción. Y esa condición la obligaba a no ser nada más. Los relatos contienen todas las posibilidades del ser, e incluso del no ser. Y Sherezade había comprendido que, para poder serlo todo, hay que convertirse en ninguno. Y en ese vacío se

complacía.

Frankenstein y la electricidad

Subía la cuesta que conducía al cementerio con el corazón en un puño, sudoroso, jadeante, tembloroso. Alcanzaba la tapia a tientas, salvando con torpe funambulismo los accidentes de un terreno sumido en la oscuridad más profunda. Con la espalda pegada a la pared de ladrillo, se desplazaba hasta un pilar mellado que le servía para introducir el pie, tomar impulso, encaramarse al remate del muro, pasar las piernas al otro lado y saltar al interior. En cuanto sus pies tocaban suelo santo, un frío relampagueante se le infiltraba por las plantas, le subía por la columna y golpeaba con fuerza la parte inferior del cerebro —el bulbo raquídeo, casi con certeza— dejándole aturdido, prácticamente desorientado. Al desplazarse por el interior del recinto, un relente pútrido le envolvía, penetraba hasta el estómago y provocaba en él un escalofrío prolongado, un amago de arcada que no le abandonaba hasta que, horas después, saltaba el muro en dirección contraria y, encorvado por el peso de su cadavérica requisa, emprendía el camino de regreso.

El cementerio de Ingolstadt, como los de otras muchas ciudades en aquellos años de incertidumbre, rebosaba vida. En particular, las noches sin luna. El reposo de los muertos se veía alterado por el trajín de profanadores de tumbas, ladrones de cadáveres, aprendices de nigromante y merodeadores en busca de placeres infames, una tropa espectral que se afanaba en recuperar para el mundo lo que el mundo había desahuciado. Escarbaban, desencajaban, desvestían, despojaban y hasta amputaban, en un intento de arrebatar de sus fauces lo que la muerte se disponía a tragar. Cual aduaneros de la última frontera, la que separa el aquí del más allá, decidían lo que debía volver y lo que, por falta de medios o de interés, podía partir definitivamente. Muchos objetos cobraban así una segunda vida. Se hablaba de anillos de compromiso forjados con los dientes de oro de algún anciano, de chalecos tallados a partir de señoriales levitas, de

zapatos devueltos a la circulación con un superficial recurtido, de muebles construidos con madera de ataúd… Hasta había quien aseguraba que el caldo del comedor de caridad se preparaba con huesos humanos. De ahí su inconfundible aroma. Y puede que en algún caso se tratara de rumores infundados, pero en las casas de empeño, almacenes de antigüedades y tiendas de segunda mano de Ingolstadt creían más en el reciclaje de las mortajas que en la resurrección de los muertos.

Víctor Frankenstein, a pesar de frecuentarlo durante más de dos años, no se acostumbró nunca a ese alboroto sepulcral. A él, hijo del síndico de Ginebra, criado en el seno de una familia cristiana, educado en el sacrificio y la renuncia, le repugnaban esas gentes que, escudándose en la pobreza, llevaban sus inclinaciones carroñeras hasta tan vergonzosos límites. Representaban lo peor de la especie humana. Por supuesto, nada tenían que ver con él, obligado a mezclarse con esa calaña para procurarse los medios necesarios a su misión, pero a millas de distancia por la nobleza de sus fines. Al menos así pensaba cuando inició sus incursiones al camposanto. En una ocasión, impulsado y exculpado por su irreprochable causa, se permitió desalojar a un par de truhanes de la tumba en la que rebuscaban para, sin dar explicaciones, ocupar su lugar. No tardó en arrepentirse. En la tierra de los muertos no rigen los privilegios de los vivos, y el joven Frankenstein se vio obligado a aceptar el puesto que con palos y amenazas le indicaron. No sólo era el último llegado, sino que venía en busca de cuerpos, lo cual le colocaba en lo más bajo de la escala exhumadora. Por mucho que argumentara que sólo quería «fragmentos anatómicos para su experimento de laboratorio», no dejaba de ser un traficante de carne humana, y por lo tanto más condenable que un ladrón o que un violador. Y sólo cuando los demás habían terminado con el nicho o cuando lo habían desechado, podía iniciar él su «científica» excavación.

Desplegaba el instrumental médico con aparatoso alarde, pero sus compañeros de pala y fosa seguían viendo en él a un depravado que acarreaba cadáveres o, con habilidad pestilente, los troceaba y transportaba en piezas sueltas. Él mismo sobrellevaba con dificultad la recolecta de despojos y, aunque en la universidad se había familiarizado con los efectos de la descomposición de los cuerpos,

no podía evitar la repugnancia. Además, su entusiasmo por el experimento no lograba acallar un sentimiento de culpa que se había enroscado en su conciencia y que, tras cada visita al cementerio, le oprimía con más fuerza. Una noche —¿hacía meses o una eternidad?—, de regreso a su habitación tras depositar en el laboratorio su macabra carga, se topó con su imagen en el espejo. Al principio se sobresaltó, incapaz de reconocerse: esa figura macilenta, desgreñada, con el traje desgarrado y el rostro tiznado no podía ser él. Ni sus facciones ni sus expresiones coincidían con el aspecto al que estaba acostumbrado. Pero nada le extrañó más que la mirada de esos ojos iluminados por la fiebre, ¿o quizá por el fuego fatuo? Víctor Frankenstein, aterrado ante el espejo, comprendió que estaba poseído.

El estar poseído era la única explicación de su comportamiento. Aunque, más que poseído, debiera considerarse desposeído. Porque todo lo motivó la muerte de su madre. A pesar de contar con una amantísima familia, a pesar incluso del vínculo que le uniría con la prima Isabel —que su madre misma consagró en el lecho de muerte —, no pudo evitar un arrasador sentimiento de pérdida tras su fulminante enfermedad y su prematuro fallecimiento. Su presencia le resultaba tan irreemplazable que no pudo aceptarlo. De nada le sirvió el consuelo cristiano con el que su padre intentó confortar a sus hermanos. Su dolor era demasiado grande para diluirlo en la resignación. Así que se rebeló. ¿Cómo explicar, si no, la decisión de crear vida que se impuso en él a partir de aquel momento? ¿No era una muestra de insumisión e incluso de suplantación de la voluntad divina? Si Víctor Frankenstein se juró a sí mismo que algún día lograría animar la materia inerte, fue porque su madre, la bella, la dulce, la única Catalina Beaufort, le dejó. Sólo venciendo a la muerte quedaría al margen del desamparo, sólo dando vida podría hacerse la ilusión de recuperarla. Él nació de ella; ahora ella, de alguna manera, renacería de él.

La voluntad demiúrgica del joven Frankenstein encontró cauce cuando, apenas concluidos los funerales, abandonó la ciudad de Ginebra para emprender estudios en la Universidad de Ingolstadt, reputada por poseer una de las mejores facultades de medicina. Al

llegar, repartido entre el dolor de la orfandad y la arrogancia de la juventud, ni siquiera ocultó las ambiciosas intenciones que le traían allí. Y, a pesar de las advertencias de los profesores y las burlas de los compañeros, porfió en el proyecto y siempre confió en su capacidad para llevarlo a cabo. Desde el primer año, siguiendo las clases del profesor Waldman y muy especialmente las del profesor Krempe, se dedicó a estudiar la anatomía humana y los resortes que la animaban. Atrajeron su atención la circulación sanguínea, con sus innumerables canalizaciones, y, sobre todo, la compleja red de conexiones nerviosas. Ahí radicaban las claves de la fisiología y, en consecuencia, el principio de todo movimiento. ¿Y qué es la vida sino la capacidad de reaccionar al entorno y de desplazarse en él? De modo que se dedicó a injertar, empalmar, ajustar, reforzar los circuitos por los que, según él, circulaba el impulso básico de la vida, la energía esencial que transformaba la voluntad en acto.

Ello le obligó a la manipulación de cuerpos o de despojos cárnicos en distintos grados de corrupción. Frecuentó la sala de disección y hasta el depósito de cadáveres de la universidad, pero pronto no tuvo suficiente con el suministro legal. Necesitaba experimentar con cada fibra y comprobar cómo constituían un tejido, encontrar el arranque neuronal que conectaba con cada terminación, descubrir el recorrido de venas, arterias, vasos linfáticos y demás conductos. Sólo así podría construir su Adán. Porque se trataba de eso, de crear un nuevo ser que superara los vicios y limitaciones de los humanos. Juntar las partes de individuos que hubieran destacado por su destreza, su inteligencia y, sobre todo, por su belleza. Su criatura sería un conglomerado de perfección, la conjunción minuciosamente hilvanada de la mejor selección de la especie.

A Víctor Frankenstein esta tarea se le antojaba repulsiva e inmensa. Pero nunca pensó en abandonar. Arrebatado por el carácter prometeico de la empresa, ni siquiera tenía en cuenta las dificultades, confiado en su técnica —o en su paciencia—, seguro del triunfo. Alumbraría un ejemplar único, rotundo en sus dimensiones —ocho pies de estatura—, atractivo en sus facciones, irreprochable en sus acciones. Su comportamiento serviría de ejemplo a una sociedad pervertida por la civilización y, ¿quién sabe?, quizá hasta modificara su incierto rumbo. Sin embargo,

aunque los objetivos resultaran alentadores, a veces se desanimaba o, como decía él, enfermaba. La constante manipulación de restos humanos le dejaba el tacto viscoso y un olor a cadáver en la piel que no desaparecía ni con baños ni con enjuagues cítricos. Como consecuencia de esta impregnación mórbida, él mismo desfallecía y, tras pasar largas jornadas comprobando epidermis o trasplantando carnes, caía en un estado de ausencia, con la mirada perdida y la respiración estancada, en el que permanecía horas enteras. Su búsqueda de la vida le obligaba a instalarse en la muerte y, como reacción tan comprensible como incontrolable, la conciencia le abandonaba.

Una noche sin luna, al salir de casa, en lugar de encaminarle al cementerio, sus pasos tomaron otra dirección. Ni el mismo Frankenstein sabía adónde se dirigía. De hecho, creyó que, en un aplazamiento de sus tareas desenterradoras, tan sólo deambulaba por la ciudad. Pero al llegar a su destino, al comprobar que era ése y ningún otro el lugar donde quería ir, comprendió la fuerza, quizá la necesidad, de su impulso. Nunca había estado en el barrio prohibido de Ingolstadt. Sin embargo, por su andar decidido y por su comportamiento experto, le tomaron por visitante habitual y él mismo, escandalizado al principio y divertido después, se dijo que obedecía a un resorte oculto que, sin poderlo evitar —y también sin quererlo—, le llevaba a compensar su dedicación a la muerte con unas horas de diversión.

El barrio prohibido de Ingolstadt, magnificado más por la burguesa indignación de sus detractores que por la depravación de sus atracciones, constaba de media docena de calles enclavadas en la parte antigua de la ciudad, donde se agolpaban burdeles y tabernas. Víctor se asomó a varias de ellas sin atreverse a entrar. Le fascinaba el ambiente tibio y maloliente, poblado de gritos, risas, canciones desentonadas y bañado en la luminosidad mortecina de las velas. Pero lo que más le atraía eran esas carnes —tersas unas, arrugadas otras— que asomaban por las generosas escotaduras de los vestidos. Casi todas las mujeres exhibían los hombros, se movían sin enaguas ni bragas bajo unas faldas que remangaban con frecuencia y daban muestras de una provocadora insolencia.

Cuando se decidió a entrar, tuvo la mala fortuna de toparse con unos compañeros de curso. En cuanto le vieron, le llamaron a voces y le invitaron a unirse al grupo. Conocedores de su dedicación al trabajo y de su carácter retraído, disfrutaron gastándole bromas, forzándole a beber y confrontándole con el obsceno descaro de una prostituta.

Pasados los primeros minutos de desconcierto, la reacción de Víctor causó sorpresa entre sus compañeros. Porque, lejos de avergonzarse, se mostró curioso, incluso lúbrico. Bastaron dos vasos de ginebra para que empezara a estrechar la cintura y a acariciar los brazos de Lily, como todos la llamaban. Luego, sin mediar palabra, introdujo las manos por el escote de la camisa y, tras una breve exploración, sacó fuera sus dos pechos. Eran grandes, redondos y, a pesar de la edad, todavía contundentes. Víctor los palpaba con una mezcla de placer y curiosidad clínica. Nunca había visto el cuerpo desnudo de una mujer viva y, mucho menos, tocado sus partes íntimas. El contacto era cálido, suave, tierno y lleno de vida porque los pechos, desbocados por las carcajadas, se agitaban desenfrenadamente sobre sus palmas. Ni Lily ni los estudiantes podían parar de reír ante el atrevimiento del novato y, sobre todo, ante su expresión pasmada, a caballo entre la perplejidad y el deleite. Víctor, indiferente a la compañía, los sopesaba, los apretaba, los juntaba, los separaba, los masajeaba y, llevado por el hechizo mamario, los contemplaba fijamente como si fueran dos ojos areolados que le miraran de hito en hito.

Bebió mucho aquella noche, él que apenas probaba el alcohol. Manoseó a todas las mujeres que desfilaron por la mesa. Y fueron muchas porque, divertidas por la compulsión carnal del joven y financiadas por los estudiantes, todas se prestaban a sus caricias. Se acercaban y, con risas y comentarios cargados de doble intención, dejaban que explorara entre sus prendas o directamente le ofrecían un vientre, unos muslos, unas nalgas. El joven Frankenstein se entregó al apretón, la palmada, el roce o el pellizco hasta perder el sentido. La densa atmósfera del local, la excitación y, sobre todo, la ginebra acabaron surtiendo efecto. Cuando se desmayó, con un hilo de baba escurriendo por la comisura de los labios y una expresión angelical en el rostro, el tabernero ordenó que lo echaran a la calle. Lily, que empezaba a sentir por Víctor un cariño más maternal que

lascivo, intercedió y logró que pasara la noche en la habitación que compartía con otras chicas.

Cuando despertó, todavía estaba borracho y una agradable torpeza le embargaba. No recordaba nada de lo ocurrido, pero Lily lo sujetaba amorosamente entre los brazos mientras uno de los pechos desbordaba sobre su boca, como si lo amamantara. No estaban solos. Las cuatro prostitutas que animaban el local se apretaban en el mismo catre. Todas dormían. El sudor de sus cuerpos, el olor de sus intimidades, los pliegues de sus grasas se le antojaron un paraíso. Acostumbrado al hedor y a la textura de la carne muerta, la carne viva, secretora y palpitante, se le antojó casi un hogar. Aspiró el aroma de esas mujeres sucias, quizá infectadas, pero intensamente vivas, y luego, recuperando la pulsión táctil de la noche anterior, se dispuso a acariciarlas. Se apretó contra ellas, las lamió, las estrujó hasta que, también ebrias, terminaron despertando y, de peor humor por la mañana, lo pusieron en la calle.

Amanecía en Ingolstadt y el frío del alba calaba hasta los huesos. El paisaje le resultaba desconocido y las gentes del barrio, mendigos y ladrones en su mayoría, amables, dignos de compasión en el peor de los casos. Víctor Frankenstein respiraba el aire del nuevo día, se entregaba a su luz recién estrenada y, olvidado de su trabajo con los muertos, casi se sentía feliz.

A partir de aquella noche la vida de Frankenstein osciló entre el cementerio y el burdel. Sin establecer turnos, sin hacer siquiera planes, se dejaba llevar. Preparaba el maletín con los utensilios quirúrgicos como si fuera a la habitual recolecta anatómica, pero hasta que salía a la calle no sabía si su cuerpo iba a tomar una u otra dirección. Porque era su cuerpo el que decidía con incuestionable autoridad. Como si combinara los ritmos o como si calculara las alternancias más convenientes para su salud, unas veces partía hacia los placeres del centro de Ingolstadt y otras se encaminaba hacia los fúnebres rigores de las afueras. El contraste era tan evidente que el propio Víctor se hacía preguntas sobre su comportamiento. Todo parecía indicar que obedecía a un sistema compensatorio que escapaba a su control. Por un lado, la muerte y,

por otro, la vida. Se diría que sus sentidos, tal vez saturados, se rebelaban contra el insistente contacto con la putrefacción y, de vez en cuando, reclamaban un baño regenerador. No se trataba de un ataque de impudicia sino de un reparador tratamiento. «Quizá el deseo de la carne sólo sea el rechazo del esqueleto», se decía.

No obstante, su formación cristiana acababa abriéndose paso entre estos argumentos exculpatorios y los reducía a la nada. Venían a su mente los recuerdos familiares, el rigor moral de su padre, el cariño de sus hermanos, los sacrificios que hacían para pagarle los estudios y se sentía sucio, indigno. ¿Qué pensarían si conocieran sus actividades nocturnas? ¿Qué juicio merecerían a los ojos de Dios? Al fin y al cabo, desde una perspectiva religiosa, no iba del mal al bien en un vaivén redentor o, al menos, en una ida y vuelta absolutoria. Muy al contrario, dejaba de cometer un pecado horrible para cometer otro peor. Por mucho que intentara disfrazar el uno como experimento científico y el otro como la fuente de energía para llevarlo a cabo, su comportamiento no tenía excusa ni perdón. Se movía entre la lujuria y la necrofilia, entre la fornicación de los vivos y la profanación de los muertos, entre el vicio y la perversión.

El recuerdo de su prima Isabel le atormentaba muy especialmente. Esa criatura tan dulce con la que había compartido la infancia y con la que, siguiendo los designios paternos, compartiría el resto de sus días, no merecía un hombre como Víctor. Ella le amaba, confiaba en él y —peor aún— le esperaba. ¿Podría volver a sus brazos después de haber pasado por los de tantas pecadoras? Veía su mirada límpida, su rostro embelesado por el amor, sus manos temblorosas ante la simple posibilidad de una caricia, y tenía la impresión de estar traicionándola, más aún, puesto que lo que hacía iba más lejos de lo que ella pudiera perdonar —incluso imaginar—, sentía como si, de alguna manera, la violara. Era tal su pureza, tal su inocente espontaneidad, que Víctor estaba convencido de que, cada vez que se ensuciaba él, la ensuciaba a ella.

Estos remordimientos no le impedían continuar con sus excursiones nocturnas ni disminuían la excitación que experimentaba en compañía de otras mujeres. Es más, si imaginaba a Isabel sometida a su afán manoseador, la lujuria se retraía. Era

como si el cuerpo de ella fuera reacio a la carnalidad. Ni siquiera podía visualizar el aspecto de sus partes íntimas. Y, si insistía en ello, la imagen le repugnaba. Había establecido con ella un vínculo marcado por los sentimientos y éstos, en lugar de alentar el contacto físico, lo destruían. Lo cual podía ser un problema para su futuro como pareja, eso en el caso improbable de que todavía tuvieran un futuro. Porque ¿cómo iban a hacer esos hijos con los que ella soñaba? Y aquí Víctor se perdía en los misterios del ser y en su nueva visión de la condición humana. ¿La bondad anulaba la sexualidad? ¿Sólo se disfrutaba con el pecado?

Fuera como fuere, desde que había empezado a combinar el cementerio con el prostíbulo, las cosas le iban mejor. Había hecho progresos en su experimento. Había resuelto el problema de la piel de su criatura, crucial, porque debía albergar, en cierta medida sujetar, los resortes de la nueva vida. Además, descubiertos los placeres del tacto, sus funciones dejaban de ser meramente epiteliales para cumplir otras más sensuales. También había avanzado de manera notable en la red de conexiones internas y en el sistema de transfusión y circulación de fluidos. A falta de algún pequeño injerto embellecedor en el rostro, los mecanismos del cuerpo estaban a punto. Faltaba la fuente de energía que los pusiera en marcha, algo que al principio creyó fácil de resolver y luego se reveló extraordinariamente complicado. Si Dios se encuentra en algún lado, está tras el primer empujón, el que inicia todo el movimiento.

Y no sólo en el laboratorio. También hacía progresos en sus relaciones tabernarias. Lily lo tomó bajo su tutela y lo introdujo en los más diversos, aunque siempre bajos, ambientes. Su juventud y atractivo contribuyeron a su aceptación en un mundo a menudo hostil. Pero nada le granjeaba más simpatías que su hábito de tocar a las mujeres. En un ambiente donde estaban consentidas y perfectamente tarifadas las prácticas más abyectas, su vicio manoseador se consideraba inofensivo, en cierta medida simpático. No tardaron en llamarle el Sobón. Y tanto las prostitutas como sus alcahuetas lo hacían con tono cariñoso, porque su gesto, por muy persistente que fuera, no dañaba la «mercancía» ni la retiraba del

escaparate. Alcanzó tal fama de hombre inexperto, incluso un tanto ridículo, que la propia Lily se vio obligada a tomar cartas en el asunto.

Su pupilo, guapo, simpático y con estudios, no podía seguir siendo el hazmerreír del lugar, un ignorante de los misterios de la vida que ni siquiera conocía mujer. Porque Víctor, a pesar de sus frecuentes visitas al barrio prohibido, seguía sin mantener relaciones sexuales. Se conformaba con sus infantiles toqueteos. Una noche Lily planteó la cuestión y también la mejor manera de resolverla. No le ofreció su cuerpo sino su mediación. Era evidente que el joven, más allá del tanteo mamario, no se sentía atraído por ella. Y, además, Lily quería para él un estreno digno de la abundante oferta del barrio. Su insistencia llevó a Víctor a tomar una decisión sobre algo que no creía necesitar. Pero ¿cómo tener ganas de lo que todavía no se ha probado?, como le decía Lily. Así que acordaron —ella se encargó de todo— que sería en El Pato Alegre, el mejor burdel de la zona, y no lo haría con una sino con cuatro. Como un gran señor.

A pesar de su familiaridad con el barrio, a pesar incluso de conocer a dos de ellas, Víctor se sintió intimidado en esa habitación con tantas mujeres desnudas que, complacientes, se agitaban a su alrededor. «No lo harás una vez, sino cuatro. Una con cada una», le decían. «La primera vez te correrás en mi boca», le susurró una de ellas. «Ni hablar. La primera vez tiene que ser donde tiene que ser. Y será dentro de mí», contradecía otra. «De eso nada», terciaba la siguiente palmeándose ruidosamente las nalgas, «su primer esperma será para mi agujero oscuro, el más placentero del mundo.» Y así, en un insinuante carrusel, le soplaban a la oreja sus libidinosas intenciones, le acariciaban, le mordían y le lamían mientras iban quitándole la ropa. Víctor, atrapado entre la turbación y el miedo, no sabía cómo reaccionar. Acostumbrado a tocar, deseoso de tocar, le molestaba ser tocado. Presentía que ante él se entreabría una puerta, en principio excitante, pero que conducía a lo desconocido, quizá a lo destructivo. Y, de momento, quería parar.

En una reacción que sorprendió a las cuatro mujeres, el inexperto tomó el control de la situación. Se despojó de la ropa que todavía le quedaba, se tumbó en la cama y, con suficiencia de sultán, ordenó que se acercaran. Ellas le rodearon ofreciendo lo

mejor de sus encantos, pero él, inesperadamente autoritario, se puso a dar instrucciones. «Tumbaos sobre mí y acariciaos entre vosotras. No me toquéis ni os preocupéis de lo que yo haga. Estaré bien aquí debajo.» Acostumbradas a cumplir los deseos del cliente, obedecieron, seguras de que tarde o temprano les pediría alguna caricia, aunque sólo fuera para vaciarse. Sin embargo, los acontecimientos tomaron unos derroteros inesperados.

Acostado, el joven Frankenstein observaba cómo las mujeres se besaban y acariciaban. Descubrió un mundo nuevo sin participar en él. Simple espectador, asistió a los efectos que provocaban unos precisos tocamientos, al espectáculo de unas lenguas que se movían con virtuosismo, a la afloración del esplendor rosáceo que se ocultaba tras los más íntimos pliegues… Pero lo que más le impresionó fue la gestualidad convulsa y jadeante que parecía poseerlas. Las expresiones pasmadas, casi extasiadas, el movimiento rítmico del cuerpo, el contoneo de las caderas, los labios entreabiertos y la lengua titilante, las miradas desorbitadas, el rubor creciente del rostro, el sudor perlando los riñones, la anhelante tensión de los cuellos, el saliveo de los sexos… Y todo ello acompañado —máxima novedad para Víctor— de gemidos, suspiros gangosos, aullidos cada vez más estridentes y, sobre todo, de ese olor agrio que, a medida que aumentaba la excitación de las cuatro, se intensificaba hasta resultar embriagador. Nunca había recibido mejor lección de anatomía. Había visto cuerpos de mujer diseccionados en las aulas universitarias, pero ninguna de las funciones orgánicas estudiadas permitían imaginar semejante funcionamiento. No sólo comprendía algunos mecanismos claves del comportamiento femenino sino que, a falta de verificaciones todavía por realizar, veía dónde residía la esencia misma de la vida.

Ellas, profesorales, se lo enseñaron todo. Especialmente Greta, una pelirroja de labios sensuales y nalgas prominentes que tomó enseguida la iniciativa y, pasando de la nuca de una a los pezones de otra y de ahí a las ingles de la siguiente, evitó que la situación se limitara a una escena de amor entre dos parejas de mujeres, algo que Víctor tampoco quería. Le apetecía verlas formar un grupo compacto y apasionado. Es más, si se distanciaban, las reunía, como si juntas formaran un manto lúbrico destinado, más que a satisfacerse entre ellas, a cubrirle a él. Porque él permanecía

tumbado, sintiendo sobre él la deriva de las mujeres y observando cómo, con la espiral de caricias, engordaba la lujuria de ellas. También participaba, y ponía sus manos donde no alcanzaban las de ellas, recorría sin transición la frontera que separaba una mujer de otra. Pero en esta ocasión no sólo manoseó. Todo su cuerpo constituía una enorme superficie de contacto que ellas podían, que ellas debían abarcar. Eso era lo que más le gustaba. Sentirlas sobre él y alrededor de él, permanecer envuelto en sus carnes, sentir que se revolcaban y lo arrastraban en su abrazo… Experimentó el mayor placer al notar su sexo contra el vientre de Julia, los pechos de Julia contra sus tetillas, el sexo de Greta batiendo contra sus nalgas, los pezones de Greta afilándose en su espalda y ambas, Julia y Greta, besándose por encima de él. Fue un momento de fusión carnal en el que, atrapado, casi aplastado entre los dos cuerpos, el suyo desaparecía.

Aunque ellas intentaban tocarle, sobre todo al ver ese miembro erecto que se disparaba en todas las direcciones, él las apartaba. También rechazó a Greta cuando ésta, que con una mano se frotaba su pubis encendido, con la otra buscó la de Víctor. Pero la pelirroja insistió y acabó llevando los dedos de Víctor a pasear por la humedad de su sexo. Fue un lento y tembloroso recorrido que terminó con el índice y el corazón hundidos en lo más profundo de su vientre. Greta gritó de placer mientras le pedía que moviera los dedos con creciente rapidez. Sin embargo, el goce de ella no superó el asombro de él al sentir esa ternura viscosa entre las yemas. Nunca había tocado nada igual, tan suave, tan acogedor, tan entrañable… Su excitación aumentó notablemente y Greta, que lo notó, se volvió y le dio su sexo a beber. Y Víctor se abrevó con una sed desconocida pero que adivinó insaciable. Y, puesto que de explorar orificios se trataba, Julia, maestra en sodomía, le ofreció el trasero. Sin apenas transición, el joven Frankenstein aprendió a distinguir los sabores de dos mujeres y de los dos huecos, próximos pero diferentes, con los que pueden dar placer a los hombres.

Hubo otras muchas situaciones, escenas inolvidables aquella noche. Víctor recordó largo tiempo el momento en que Greta y Carla se cruzaron por encima de él buscándose el sexo con las lenguas… Y cuando Julia y Erica se besaron, ora por encima de sus hombros, ora entre sus piernas… Sin embargo, y a pesar de la

tensión que experimentó su miembro —que, dadas las dimensiones y el calor que desprendía, se le antojaba desconocido—, Víctor Frankenstein no eyaculó. No lo buscaba; tampoco lo evitaba. Simplemente, su rígida moral, tal vez su miedo, le llevaba a ignorarlo. Él, obsesionado con crear vida, permanecía al margen del flujo seminal que la contenía. Quedó satisfecho, no obstante, y al cabo de unas horas empezó a notar que un agradable relajamiento le aflojaba los músculos y le disolvía los pensamientos. Respiraba por el hueco que formaban los hombros de Erica y Carla, y el techo de la habitación, apenas visible entre sus cabelleras enredadas, desaparecía en la somnolencia mientras Víctor se decía que, de una manera o de otra, lo suyo eran las tumbas. Subía al cementerio para desenterrar a los muertos y bajaba al burdel para enterrarse en vida, en la de cuatro mujeres que, pasado el momento de los jadeos, respiraban ya profundamente y se entregaban a un plácido sueño. No podía saber si los muertos obtenían la paz a unos metros bajo tierra, pero él, olvidado de remordimientos, la encontraba a unos pocos centímetros bajo carne.

Lily, por el contrario, no quedó satisfecha. Su protegido se había negado a ser desvirgado. Interrogó a sus cuatro compañeras sobre lo ocurrido y ellas se lo contaron con todo lujo de detalles. No podía entenderlo. Descartado todo atisbo de homosexualidad, repasaba el comportamiento de Víctor o evocaba sus comentarios sobre las mujeres en un intento de encontrar explicación. Concluyó que debía de tratarse de una nueva moda o, más probablemente, de una desviación propia de señoritos. Desde luego, no había sido culpa de las chicas; pocas había en la ciudad con mayor atractivo y, sobre todo, con más recursos a la hora de desbravar a un novillo.

La cuestión cobró importancia en el corazón de Lily. Simpatizaba con Víctor e intuía algo extraordinario en él: o un profundo sufrimiento por el pasado o una advertencia del destino para el futuro. Lily sabía que, cuando Víctor dejara de resistirse y se entregara a los placeres del sexo, se lo agradecería eternamente. Le gustaba iniciar a los jóvenes de Ingolstadt, que en esos tiempos venían muy trabados y tímidos, enfrentarlos con su naturaleza y enseñarles a disfrutar. Le gustaba «hacerles hombres», como ella

decía. Y este Víctor tenía tanto encanto. Le habría gustado ser su madre en la lujuria, la que le alumbrara al placer… Quizá él fuera víctima de un sortilegio y ella, tan inexplicablemente obcecada con su porvenir genital, víctima del sortilegio de su sortilegio…

Obligó a las cuatro a volver a relatarles lo sucedido esa noche, y fue Greta la que reveló el detalle. Algo atrajo la atención del joven Frankenstein al entrar en El Pato Alegre. Y, como cabe fácilmente imaginar, fue una mujer. Pero no cualquier mujer. Se trataba, ni más ni menos, de la Viuda, la prostituta más famosa en muchas leguas a la redonda, una auténtica leyenda en el barrio prohibido de Ingolstadt.

Cuando Lily preguntó a Víctor por ella, éste no sólo la recordó de inmediato, sino que supo que su protectora volvía a la carga desvirgadora. Por otra parte, ¿cómo olvidarla? Aunque sólo la había entrevisto, la imagen de ella había quedado grabada nítidamente en su memoria. Subía con sus cuatro acompañantes al piso donde se hallaban las habitaciones cuando ella cruzó por un pasillo perpendicular. La visión, de apenas unos segundos, le produjo un gran impacto. Caminaba totalmente desnuda sobre unos zapatos negros de tacón. Lo hacía pausadamente, con elegancia, como si tuviera costumbre o como si estuviera segura del efecto que provocaba, y quizá las dos cosas. Parecía distante y no había nada artificioso en su andar, ninguna caída de hombros, ningún quiebro de caderas que delatara un propósito seductor. En su cuerpo, espléndido, destacaba, por encima de cualquier otro detalle, la blancura nívea de la piel. Frankenstein no había visto nunca —ni en la vida ni en la sala de disecciones— una epidermis tan inmaculada. Además, desprendía un brillo nacarado que dejaba adivinar la suavidad del tacto. Se mostró de perfil ante él y ni siquiera volvió la cabeza. Las nalgas dibujaban un pronunciado respingo que anunciaba su dureza. Los pechos colgaban haciendo un ligero pliegue sobre las costillas, se balanceaban suavemente, sugiriendo una densa consistencia, rematados por unos pezones sonrosados que, resaltados por el albor cutáneo, casi parecían rojos. Pero lo que más sorprendía en ella era el velo negro que cubría su cara. Formaba parte de un tocado ajustado a la cabeza que pendía con opaca delicadeza hasta debajo de la barbilla. La desnudez de su cuerpo contrastaba con el severo tapado del rostro, la blancura de

la piel con la oscuridad del velo, la elegancia de la figura con la miseria del lugar… Víctor entendió por qué la llamaban la Viuda. No sólo por el luto de su sola prenda, sino porque nadie podría nunca desposarla ni tan siquiera estar a su altura. Era única.

Lily advirtió al instante la honda impresión que la Viuda había causado en Víctor. No le extrañó. Los hombres contaban maravillas de ella. No sólo su cuerpo era bellísimo, sino que resultaba inigualable en la cama. Desde luego, cobraba más que ninguna otra en el barrio. No tenía alcahueta ni nadie que la vendiera, pero nunca le faltaban clientes. En ocasiones los habían visto llegar en carruaje desde Nuremberg, Mannheim e incluso Viena. A Lily y a las demás compañeras la Viuda no les gustaba; nunca se juntaba con ellas y, a pesar de las indagaciones, se sabía poco de su vida. Algunos sostenían que era una dama de alta alcurnia que disfrutaba vendiendo su cuerpo, de ahí que ocultara su identidad; otros, más románticos, afirmaban que en El Pato Alegre penaba por un terrible pecado, o que sufría la condena impuesta por un amante despiadado, o que sepultaba su dolor por un amor perdido… Lily pensaba que estaba sobrevalorada, que, al fin y al cabo, su cuerpo no dejaba de tener lo mismo que el de las demás y que simplemente era una chica lista que sabía sacar partido de un truco viejo como el mundo: el sexo se vuelve más atractivo si se rodea de un aura de misterio. La Viuda había tenido la idea y —eso había que reconocérselo— sabía explotarla. Pero Lily estaba segura de que en la cama no tenía nada que envidiarle y que su fama era cosa de los hombres, que prefieren inventar mitos a disfrutar de realidades. Nunca pensó en proponerle tratos —¡la muy engreída!—, pero no cabía duda de que Víctor se había fijado en ella. Así que, quizá, donde otras habían fracasado la Viuda pudiera triunfar.

Víctor nunca se enteró del acuerdo alcanzado por las dos mujeres. Pero la Viuda debió de imponer sus condiciones. Y casi con seguridad no fueron económicas. El detenido examen al que le sometió nada más entrar en la habitación lo daba a entender. Le mantuvo de pie al lado de la puerta durante cerca de cinco minutos, sin decir nada, observándole con atención y sopesando las alternativas de un desconocido dilema. Nunca se había visto en una

situación similar. Alguien, sin tener en cuenta su condición, sin pedirle opinión, decidía si lo aceptaba o lo expulsaba. Ni siquiera sabía en función de qué criterios le estaba juzgando. ¿Era por su aspecto físico? ¿Valoraba la información que Lily hubiera podido darle? ¿Especulaba sobre las circunstancias que habían llevado hasta allí a un joven como él? El silencio y la inmovilidad de la mujer impedían saber lo que pasaba por su mente. Y el rostro velado contribuía a la confusión. No sólo ocultaba la identidad, también anulaba la expresividad. La cual, como Víctor había comprobado, cumple una función importante. De hecho, los rostros de las cuatro mujeres embargados por el placer le habían excitado más incluso que sus cuerpos. La Viuda renunciaba a esa baza, como si no la necesitara, como si le bastara la belleza de su cuerpo... Aunque también, pensaba Frankenstein, quizá creyera que los hombres prefieren imaginar los efectos de sus caricias a verlos en las facciones de sus amantes.

Ya se había acostumbrado a la larga confrontación silenciosa cuando, por fin, ella habló o, mejor dicho, ordenó. Y lo hizo con voz susurrante, no porque pretendiera excitarle, sino porque, con toda probabilidad, padecía una dolencia en las cuerdas vocales. «¡Está bien...!», pareció resignarse. «¡Desnúdate y acércate a la cama!» Por un momento sintió la tentación de desobedecer, dar media vuelta y salir de la habitación. Poco acostumbrada a la negativa de los hombres, la habría dejado asombrada y, tal vez, hasta se habría ganado su respeto. Al fin y al cabo, él también albergaba sus dudas... Un gesto de la Viuda bastó para despejarlas. Estaba sentada sobre la cama, deslumbrándole con el destello de su cuerpo, y con naturalidad, o con estudiado descuido, separó las rodillas. Víctor, al distinguir el fogonazo de su sexo en medio de un pubis totalmente afeitado, renunció a toda resistencia. Se desnudó y se acercó.

Al principio le movía el mismo impulso que le había hecho famoso en el barrio. Quería acariciar sus pechos y, sobre todo, tocar, palpar sus muslos, tersos a la tenue luz de las velas. No se atrevió. Víctor no veía los ojos de ella, pero notaba, indiscutible incluso bajo el velo, la autoridad de su mirada. Y ésta le ordenaba que no lo hiciera. Es más, le advertía de que, mientras permaneciera con ella, sólo haría una cosa: su voluntad. Para corroborarlo, le tomó la mano y le obligó —¡dulce encomienda!— a acariciarle el

sexo. Brevemente. Primero varias vueltas alrededor y luego una profunda inmersión del dedo corazón. Estremecedor. Nunca había tocado algo parecido. Nada que ver con las cuatro intimidades exploradas días antes. La de la Viuda tenía algo distinto o, mejor, dejaba de tenerlo. Porque esa delicadeza al tacto provenía más de una ausencia que de una presencia. Era como un suspiro contenido, un rocío evaporado, un reflejo desvaído, quizá un espejismo… Le habría gustado quedarse a vivir ahí dentro, pero instantes después ella le apartó la mano y le pidió —sin palabras pero sin lugar a dudas— que lamiera el dedo que acababa de extraer. Y ese sabor agridulce le perdió. Quedó embriagado, como si el sexo de la mujer contuviera, concentrado en una gota diminuta, el alcohol de todas las tabernas de Ingolstadt. En ese momento Víctor supo que, por mucho que fingiera indiferencia o aparentara resistencia, le pertenecía.

Para notificarle que tomaba posesión, le agarró por el sexo. No parecía que lo acariciara, sino que lo apresara. Luego sostuvo sus genitales, desde los testículos hasta el prepucio, sobre la palma de la mano, como si los sopesara. Los balanceó, los lanzó con suavidad hacia arriba y, antes de que cayeran, su sexo estaba en erección. Masajeó brevemente el escroto con las yemas de los dedos, como dando por cerrado el preámbulo. En efecto, la Viuda se levantó de la cama, lo cual quería decir: «Túmbate tú en ella». Y Víctor obedeció. Se tendió, cerró los ojos y esperó con impaciencia a que empezara todo. Porque, para él, era como si antes no hubiera existido nada.

Y tuvo que esperar mucho tiempo. O cada segundo se le hizo eternidad… Sabía que ella se iba a ocupar de él y que, a diferencia de Greta y sus compañeras, no tendría en cuenta las indicaciones que él le diera. Pero tampoco tenía indicaciones que darle. Sus prevenciones ante ciertos tocamientos habían desaparecido o, mejor dicho, quedaban fuera de lugar. Porque ella ocupaba todos los lugares. Incluso, con un poco de imaginación, los que todavía le faltaban por ocupar… Víctor, de hecho, se había rendido. Incondicionalmente. Ocurriría lo que ella quisiera y cuando ella quisiera. Y sería maravilloso… Pese a todo, la curiosidad y la excitación se mezclaban con cierto miedo, un miedo que, lejos de disipar, exacerbaba sus ganas… Porque cualquier mal, entre sus

brazos, sería un bien… Así pues, que ocurriera y que ocurriera de una vez… Pero ella se hacía desear… Mucho… Y bien… Víctor comprobó que la espera anhelante forma ya parte del placer.

La diferencia entre el deseo intenso y su consecución es tan pequeña que, a veces, se confunden. Y eso le pasó a Víctor. No supo en qué momento empezó a suceder lo que tanto anhelaba. La Viuda sabía manejar los tiempos y todavía mejor las distancias. De hecho, empezó a acariciarle antes de establecer contacto. Y ella se le aproximó de tal manera que Víctor gozaba más del trecho que les separaba que de los puntos que les unían. Se acercaba hasta apurar el espacio. Dejaba tan poca distancia entre sus pieles que Víctor sentía la excitación vibrando en el aire que mediaba. Con ella la caricia empezaba a existir antes de llegar y en el trayecto se anticipaban, incluso se ampliaban, sus efectos.

No pudo saber qué le hacía ni con qué. Tampoco en qué parte. Ocurría en algún lugar entre su sexo, sus ingles y sus nalgas, pero se extendía en ondas expansivas por todo el cuerpo. Y era extraordinariamente placentero. ¿Empleaba los dedos?, ¿los labios?, ¿la lengua?, ¿los pechos? Dada la tierna humedad que lo absorbía, quizá no utilizara ninguna parte concreta de su cuerpo, sino una inmaterial condensación de sus encantos. Porque con ella el sexo parecía un arte de magia… Intrigado, Víctor abrió los ojos, se incorporó ligeramente y miró. Inclinada entre sus piernas, la Viuda se ocupaba de su sexo, que desaparecía bajo los tules del velo. Algo ocurría allí dentro que le producía ese sumo bienestar. Una delicada combinación de piel, saliva y presión muscular hacía el milagro. Aunque quizá fuera el resultado de un sofisticado mecanismo oculto bajo el tocado. Quizá el velo negro no pretendía ocultar la identidad de la mujer, sino una secreta factoría de placer…

Ella fue girando alrededor de su sexo como la saeta de un reloj. Pero no marcaba el paso del tiempo, sino el desbordamiento del deseo. Porque le mantenía en el estrecho filo del goce extremo; lo llevó hasta el límite del abismo, pero sin dejar que se despeñara. Primero tuvo el cuerpo de ella a su derecha, luego sobre los hombros, con las nalgas enfilando su rostro. En ese punto, al notar las vaharadas de su sexo perdió la cabeza. Víctor se lo habría bebido todo de un trago, pero ella se lo daba a pequeños sorbos, para que sólo lo degustara, sin llegar a emborracharse… Su cuerpo

se colocó luego a su izquierda y, completando el recorrido por la esfera de su anatomía, acabó de nuevo entre sus piernas. En ningún momento descubrió el miembro de Víctor, que permaneció siempre, como en un confesionario, bajo la negra discreción del velo. De hecho, tuvo la impresión de que su sexo había desaparecido, disuelto en la inmensidad gozosa de su cuerpo. Cuando terminó —¿había transcurrido una hora, veinticuatro?—, la Viuda levantó la cabeza y lo dejó aparecer. Estaba húmedo, muy henchido, pero, para sorpresa de Víctor, ni congestionado ni ardiente. Más bien exangüe. Entonces, con aparatosidad, para que Víctor lo viera, arrancó un hilo del velo y lo ató a la parte baja de su sexo, en su nacimiento. Lo hizo con fuerza, casi estrangulándolo, mientras esparcía alguna invisible sustancia o lanzaba un conjuro entre nudo y nudo. Le hizo siete, cada uno distinto. Luego introdujo un dedo bajo los opacos tules, lo sacó humedecido y dio siete vueltas con su yema alrededor del hilo. Como si así concluyera el hechizo, la Viuda volvió a hablar o, mejor dicho, a ordenar: «No te lo desates y regresa el martes de la semana que viene». Antes de que Víctor pudiera descender del cielo, ella había abandonado la habitación.

¿Qué pensaba hacer con él? ¿Iba él a supeditar su suerte a los avatares de un imprevisible folletín? De momento, el aplazamiento no le había frustrado en exceso. Quizá porque él no estaba sometido a las urgencias eyaculatorias que acucian a los demás varones, o quizá porque el sortilegio con el que ella había acabado la sesión tenía, entre otros, un efecto apaciguador… En cualquier caso Frankenstein estaba convencido de que, con ese hilo, su sexo había quedado sellado y el deseo aplacado o, mejor, aplazado… Hasta el martes, día en el que —estaba seguro— su entrepierna se exaltaría de nuevo y buscaría desesperadamente las caricias de la Viuda.

No le producía molestia alguna. Los siete nudos que ataban su miembro, lejos de dolerle o de cortarle la circulación, le mantenían en un estado de leve excitación, moderadamente erecto, con el deseo flotante y el placer en suspensión. Era una sensación agradable que ni siquiera le distraía de sus ocupaciones. Es más, desde que había estado entre los brazos —o entre los labios o entre los pechos o donde quiera que hubiera pasado tan deliciosos

momentos— de la Viuda, su trabajo progresó notablemente. No había tenido que bajar al barrio prohibido y el tiempo le había cundido. En alguna ocasión había pensado en Lily y en la inquietud que la embargaría; sin duda ella se preguntaba qué había sucedido… Pero en esos momentos Víctor se encontraba demasiado atareado. Se lo contaría en otro momento, o quizá no se lo contaría nunca. Porque la intensidad de las sensaciones disminuye cuando se intenta nombrarlas.

Tampoco subía al cementerio. Ya no lo necesitaba. La fase recolectora había terminado. Y también había ensamblado todas las partes. Su criatura ya estaba terminada. Inerte pero terminada. La sometía a toda clase de pruebas para, si no darle vida, al menos lograr una reacción. La calentó. Con fuego y en agua hirviendo. La masajeó, y hasta la agitó en una batidora de fundición. Introdujo transfusiones masivas en los circuitos sanguíneos. Bombeó aire en los pulmones. La conectó a sus propias terminaciones nerviosas para transferirle alguna sensación… Sin éxito alguno. Ni siquiera un movimiento reflejo. Pero, aunque impaciente, Frankenstein ya no estaba preocupado. Desde que había estado con la Viuda, la ansiedad por el experimento había desaparecido. Ahora estaba seguro de conseguirlo. Tardaría más o menos, pero el tiempo ya no importaba.

Hasta que llegó el lunes por la noche. El hilo que le anudaba empezó a escocerle y el sexo se le encabritó. Quizá se debiera a la impaciencia ante la proximidad del momento, quizá formaba parte del hechizo, o quizá, precisamente, el hechizo empezaba a perder fuerza… En cualquier caso, tuvo que dejar de trabajar y ya sólo pudo pensar en ella. Se preguntaba qué le haría en esta ocasión. ¿Cuántas sesiones duraría su iniciación? ¿Se comportaría con la misma autoridad? Sólo le había hablado al principio y al final del encuentro. Y siempre para darle órdenes. Sin embargo, había tanta delicadeza en todas sus caricias…, ¿o era una sola e interminable? Había tanto conocimiento en cada uno de sus movimientos, una entrega tan absoluta… Víctor sabía que todo lo que ella hacía era por su bien. Por eso, independientemente de cómo le tratara, le resultaba amable. De hecho, reconoció que la amaba. Más aún, que la necesitaba. De igual manera que su criatura le necesitaba a él, para cobrar vida.

Esta vez ni siquiera tuvo que ordenárselo. Cuando llegó, Víctor, siguiendo el guión de la sesión anterior, permaneció unos minutos junto a la puerta sometiéndose a inspección y luego, sin mediar palabra, se desnudó y se acercó. Cuando estuvo a su altura, le mostró el sexo anudado, como si quisiera dejar claro que había sido un chico obediente. Ahí estaba… Era martes y no había desatado el hilo… Pero, tras esos aires de perfecto colegial, retenía el aullido, en esos momentos ya desgarrador, del deseo, y lo que en realidad le decía era: «Por favor, libérame… para ser de nuevo tu esclavo».

El joven Frankenstein adivinó la sonrisa condescendiente de la Viuda dibujándose bajo el velo. Debía de sentirse poderosa ante tantos sexos ofrecidos, cabizbajos o en posición de firmes, pero todos rendidos. También tuvo la impresión de que había cambiado de velo. El corte y la caída parecían distintos, y en la parte superior del tocado, a la altura de la frente, destacaba un rubí de un rojo turbio, casi granate. Por un momento pensó que se trataba de una señal, probable premonición de lo que le aguardaba, aunque no supiera qué… Luego ella se puso a jugar con los nudos y él dejó de pensar… Hizo desaparecer un dedo bajo el velo, lo sacó mojado y dio con él siete vueltas sobre el hilo, esta vez en dirección contraria. Con habilidad que delataba una larga experiencia, deshizo los nudos. Le bastaba un certero tirón acompañado de lo que a Víctor se le antojó una jaculatoria, quizá un encantamiento… Aunque a lo mejor se trataba tan sólo de un soplido filtrado por la ronquera de su voz… Apenas había desanudado tres, cuando el sexo de Víctor empezó a cabecear ostensiblemente, como si piafara de impaciencia. Antes de desatar el último, ya había desplegado toda la erección… Y parecía mayor que la semana anterior… Se diría que las ganas, estranguladas durante esos días, regresaban con tal fuerza que, para tener cabida, necesitaban más espacio. Completamente desatado, Víctor aguardaba.

Sabía que ese día iba a ser distinto. Lo notaba en la urgencia que se había instalado en su deseo. Por primera vez experimentaba la necesidad de satisfacer al monstruo de fuego que le abrasaba. Nada importaba sino darle salida, aunque fuera en un estallido de desesperación. Más aún, intuía que sólo estallando con total desesperación vería satisfecho su anhelo. Y si Víctor lo intuía, la Viuda lo sabía… Sabía dónde y cómo sucedería… Por sus

movimientos titubeantes, dedujo que en esos momentos estaba decidiendo cuándo.

Esta vez dejó que la tocara. Pero guiado por ella. Le llevaba la mano por unas zonas, la alejaba de otras, la mantenía un tiempo o la pasaba rápidamente, una sola vez o con dulce insistencia… Era tal la suavidad de su piel que no habría cesado de deslizarse por su cuerpo. Al principio pensó que la Viuda lo hacía para proporcionarle placer a él, pero notó su piel erizada, el endurecimiento de sus pezones… Las caricias eran también para ella… Y la excitación de ella se fundía con la de él y la multiplicaba… Víctor comprendió que el placer funciona como una espiral que se enrosca en el placer del otro y sube por él hasta que, fuera de sí —a menudo también fuera del otro—, se precipita desde lo más alto y, al estrellarse, culmina.

Víctor no supo si ella le tumbó en la cama, si cayó él por propia y acuciante decisión o si se posó lentamente tras prolongado éxtasis. Lo cierto es que se encontró en posición horizontal y con la Viuda recorriéndole de arriba abajo. La vio frotar los pechos contra su sexo, sentarse sobre él, aplicar la humedad del de ella sobre el calor del de él y, por fin, pausada, desgarradoramente, introducírselo. Contemplar cómo su miembro desaparecía en el orificio de ella dejó a Víctor anonadado, a medio camino entre el asombro y el susto. Como un niño que descubre el funcionamiento de su nuevo juguete, no podía apartar los ojos del jugoso vaivén. Pero, más admirable y más placentero que la visión, el contacto le quitaba el aliento. Aplicada al sexo, la entraña palpada la semana anterior encontraba su razón de ser. Además la Viuda, con su contoneo pélvico, añadía una tierna absorción que le tensaba los músculos. Víctor presintió que en breve se iría a borbotones. Entonces ella, sin volverse, sin dejar de moverse, le cogió por la base del sexo, apretó en dos puntos precisos y contuvo su riada. Y no sólo eso. Se lo sacó y se lo introdujo en el otro orificio. Ahí la suavidad disminuía sin menguar el placer. Es más, una leve rugosidad lo estimulaba. Ella, enarcando la cintura y apretando las nalgas, aumentó la presión y, acompasándola con el balanceo de los pechos frente a su boca y con el chasquido de las nalgas contra sus muslos, empezó a propiciar la apoteosis. Frankenstein apenas podía soportarlo. Pero la Viuda, descabalgada de su montura, le sopló en el sexo. Sintió la borrasca

de tules azotándole y, cual caballo embridado, la desesperación remitió. Sólo un poco. Lo suficiente para que, arrancando un hilo del velo, ella volviera a atarle y estabularle hasta la semana siguiente.

En esta ocasión fueron catorce nudos. La excitación de Víctor parecía exigir mayores sujeciones. Lo cual le hacía pensar que la próxima sesión sería la definitiva. Porque ya no cabían más nudos en el hilo que rodeaba su sexo y, sobre todo, porque ya no había traba capaz de retenerlo. Tal era su ansia. No podía concentrarse en el trabajo y un ardor insoportable se extendía por su bajo vientre. Cumpliendo con el mandato de la Viuda, no se atrevía a rascarse, ni siquiera a tocarse. Y la desazón le comía las ideas, se decía para explicar la paralización del experimento. La semana transcurrió en un ocioso nerviosismo. Pasó los días recordando, lo cual le dio satisfacción, y previendo, lo cual urgía su deseo. Más que un tiempo, fue un paréntesis. De hecho, cuando regresó a la habitación de la Viuda, tuvo la impresión de no haberla abandonado. Aunque quizá fueran las ganas de vivir siempre la misma escena o de habitar sin descanso en el mismo cuerpo…

La Viuda le deshizo los nudos con menos delicadeza que en la sesión anterior y sin pronunciar ningún encantamiento. Ya le había tenido por todas las partes, dentro y fuera, encima y debajo. ¿Por dónde le llevaría esta vez? ¿En qué lugar se produciría —o le provocaría— el desahogo? Porque el velo iba adornado con un par de perlas que confirmaban el carácter eyaculatorio del encuentro. Cuando terminó de desatarlo, la Viuda separó las rodillas y los brazos en un inconfundible gesto de entrega. Se limitaba a soltarle y darle rienda suelta. Por un momento sintió vértigo. Se había acostumbrado a que le guiaran y no sabía ni por dónde empezar. Pero su cuerpo recordaba los caminos. Sólo tuvo que abandonarse al instinto y enseguida se encontró recorriéndolos… Primero al paso, luego ya a galope tendido…

¿Cómo se puede recordar con todo detalle lo que hace otra persona y apenas guardar memoria de lo que hace uno mismo? Porque Víctor, que atesoraba cada gesto, cada movimiento de la Viuda, apenas retuvo sus iniciativas. Se ve a sí mismo asediando el

hechizo nacarado de la mujer, introduciendo su sexo bajo el velo, penetrándola de frente y luego por detrás, mientras ella se colocaba a cuatro patas… Pero no puede asegurar que eso ocurriera realmente. Quizá se tratara de un sueño. Y el sueño de la pasión engendra belleza.

Por fin ocurrió. Y eso Víctor lo recuerda. Más como prodigio que como acontecimiento, pero lo recuerda. No tanto los instantes de placer, sino sus consecuencias. Porque Víctor Frankenstein no supo nunca en qué parte de ella desahogó el caudal de placer acumulado en las últimas semanas. Sus músculos se contrajeron salvajemente y tuvo la sensación de que sus nervios reventaban. Su cerebro quedó en blanco, alumbrado por un chispazo que lo tuvo tetanizado durante un par de minutos. Ése fue el momento en el que debió de eyacular. Porque él no recuerda su flujo seminal manando fuera de él y, aún menos, dentro de ella. Sin embargo, sintió los músculos entumecidos varios días por las convulsiones que le provocó el orgasmo. Su cuerpo se sacudía sobre la cama hasta que la Viuda, alarmada por su espasmódica reacción, le puso las manos en el pecho y le sopló por el vientre. Poco a poco se fue calmando hasta quedar inmóvil… Salvo las sacudidas de los dedos y el temblor en las piernas, que siguieron relampagueando largo rato… Pero calambres y contracciones, totalmente reflejos, no le impidieron ser feliz. Tan feliz que, por un momento, creyó que había dejado de existir.

Fue como una descarga eléctrica. Y le tuvo en trepidante agitación al margen de su voluntad. El frote entre dos cuerpos acaba magnetizándolos. Eso debía de haber ocurrido. A fuerza de restregarse contra la piel de la Viuda, se había convertido en un generador que, sin control ni conciencia, liberaba energía. ¿O era al revés y la recibía? Quizá la suavidad de las caricias, la magia de los nudos en su sexo o la intensidad del placer habían contribuido a incrementar el efecto… Poco importaban las explicaciones; se había producido movimiento en un cuerpo inerte… En su cuerpo inerte… ¡Cómo no se le había ocurrido antes! ¡Ésa era la clave del experimento, el ingrediente que faltaba para que su criatura cobrara vida!

A menudo permanecemos ciegos ante las evidencias, reflexionaba Frankenstein. Se presentan con insistencia ante nosotros y, a pesar de buscarlas —incluso de necesitarlas—, pasan inadvertidas. Pues Víctor siempre había tenido gran curiosidad por la electricidad. De niño, pasando las vacaciones en la casa familiar de Belrive, presenció cómo un rayo fulminaba el viejo roble que crecía al otro lado del lago. Quedó fuertemente impresionado y su padre le habló de las fuerzas de la naturaleza, de su capacidad destructiva, pero también del provecho que las personas pueden obtener de ellas. Eso le animó a estudiar el fenómeno y con quince años ya hacía experimentos de galvanismo. Sin embargo, no lo había tenido en cuenta en la selección, en la articulación ni en la animación del nuevo ser. ¡Había estado tan preocupado por los aspectos fisiológicos de su empresa! La dedicación a la materia puede hacernos olvidar cómo se enciende el espíritu, concluía Frankenstein.

El experimento llegaba por fin a buen puerto. Sólo le quedaba fabricar el dispositivo y aplicarlo. Tendría que calcular la cantidad y la intensidad de las descargas, pero estaba convencido de que obtendría resultados. De hecho llevaba varios días enfrentado al nuevo ser y estudiando la mejor manera de proceder. Pero sin entusiasmo. El furor creativo de los meses anteriores había disminuido, relegado por intereses más acuciantes. Y es que los encuentros con la Viuda le habían marcado profundamente. Pero en el acuerdo no pactado de su relación quedaba claro que sería irrepetible. Como su nombre advertía desde el principio, la Viuda no se casaba con nadie.

Víctor Frankenstein, desazonado, permanecía encerrado en el laboratorio, deambulando con creciente agitación. Sin hacer nada, sin saber qué hacer. El cuerpo de su criatura, a pesar de mantenerlo en hielo, corría el riesgo de descomponerse. Las suturas podían abrirse y los empalmes soltarse, y empezaba a pudrirse, al mismo tiempo que Víctor se marchitaba de desesperación. Así que una noche, un martes cualquiera, a sabiendas de que iba a incurrir en el peor de los delitos —contrariarla— salió hacia el barrio prohibido. No estaba seguro de encontrarla, pero intuía que lo que había hecho con él también lo hacía con otros. En el mismo lugar y a las mismas horas. Al fin y al cabo, por muy maravillosa que hubiera resultado

la experiencia, no dejaba de ser venal.

No había vuelto al barrio prohibido desde que estuviera con ella y el lugar le resultaba extraño. No reconocía las calles, las tabernas ni las gentes que se agitaban en ellas. El paisaje desfilaba ante sus ojos bajo una película roja de frustración que amortiguaba los sonidos y difuminaba las siluetas. Había intensidad en él, pero ningún objetivo. No tenía una idea clara de lo que iba a hacer. Se dejaba llevar por la idea, tan apasionada como estúpida, de que, al encontrarse de nuevo, sus cuerpos, imantados para siempre, se juntarían en un abrazo que nada ni nadie separaría. O, quizá, al reconocerle, sin necesidad de hablarle, ella le pediría que la llevara lejos de allí, juntos ya para el resto de sus días.

Arrastrado por esta ilusión, ignoró los saludos de los habituales del barrio, incluso empujó a Lily, que se agarraba a su brazo con expresión risueña. No recuerda la entrada en El Pato Alegre ni cómo subió las escaleras hasta la primera planta. Permaneció unos instantes ante la puerta de la habitación, dudando en llamar, reuniendo fuerzas para hacerlo. Y luego entró en tromba. Y encontró lo que esperaba, o lo que temía. La Viuda se inclinaba ante el cuerpo desnudo de un hombre cuyo sexo desaparecía entre los velos. Apenas se fijó en el cliente, que, desconcertado por la interrupción, intentó, con mayor fuerza de lo que cabía esperar de su endeble constitución, expulsar a Víctor. Éste se limitó a darle un puñetazo y dejarle sin sentido. Luego se volvió hacia ella. No la había soñado. Seguía siendo real y seguía siendo bella. Llevaba el mismo tocado, en esta ocasión adornado por una esmeralda que refulgía con un verde claro, casi marino. Por lo menos cambia de piedra preciosa, se dijo. A no ser que formara parte del encantamiento y lo eligiera en función de las características del cliente, pues ciertamente Víctor prefería el rubí a la esmeralda. Pero sus especulaciones se vieron interrumpidas por el bufido de indignación que emanaba de la Viuda. A Víctor sólo se le ocurrió arrancarle el velo, postrarse de rodillas ante ella y así, en un sincero cara a cara, pedirle perdón y declararle su amor.

Tardó varios segundos en salir de su sorpresa. Nunca había dudado de su belleza. Ese cuerpo majestuoso sólo podía estar rematado por un rostro perfecto. De hecho irradiaba tal atractivo que casi dibujaba unas armoniosas facciones bajo el velo. Por eso el

contraste, finalmente desvelado, se hacía tan horrible, casi insoportable. Más que deforme, mutilada, carecía de nariz y en su lugar ofrecía un par de orificios que, en arrugas concéntricas, se expandían hasta los ojos. Uno abierto, otro prácticamente cerrado… La cara se completaba con una boca retorcida y sin labios… Y aún había otros detalles atroces en los que podía naufragar cualquier ilusión. Víctor permaneció al borde del colapso y con la boca abierta. Entonces ella, adivinando lo que pasaba por la mente y, sobre todo, por el corazón de quien fuera su amante fugaz, sonrió. Esa mueca fue más de lo que Víctor pudo soportar —¿porque aumentaba su fealdad o porque revelaba su desprecio?—, y se quedó sin aliento y se desmayó.

Frankenstein nunca contó a nadie el secreto de la Viuda, la prostituta más famosa de Ingolstadt. Ni a Lily, que le atendió en su pasmo y se interesó por lo ocurrido, ni a su amigo y confidente Henry Clerval; tampoco lo incluyó en el relato que al final de sus días hizo al capitán Robert Walton. Su aventura en el barrio prohibido quedó enterrada para siempre en la tumba de la más profunda decepción. Sufrió tal impresión que durante varios días permaneció sin reaccionar, con la mirada perdida. Luego, por negación de lo insoportable o por afirmación de sí mismo, empezó a superarlo. Pero no lo olvidó. Al fin y al cabo, la experiencia le había enseñado que el sexo no era sino la electricidad de los sentidos. Y eso fue la clave de su experimento, la que finalmente le permitió cumplir el sueño de dar vida a un cuerpo inanimado. Pero si triunfó por lo que recordó, fracasó por lo que rechazó. Su criatura, que proyectó perfecta, devino monstruo. O, impactado por el desvelamiento de la Viuda, así se le antojó a él… Y, al igual que la había rechazado a ella, también rechazó a ese monstruo, lo cual provocó la desgracia que marcaría su destino y el de los suyos. Víctor Frankenstein ni siquiera se planteó que el placer extremo que aquella mujer le hizo experimentar, allá en lo más oculto de su velo, tal vez no procedía de la belleza sino de la deformidad. No pudo o no supo admitir que la fealdad no está reñida con el placer. O, más científicamente, que la electricidad proviene de la conexión estremecida de un polo positivo con otro negativo.

Maravilla en el país de las Alicias

Alicia se miró al espejo. Extendió por el rostro la crema de arroz para rebajar el tono sonrosado de sus mejillas, trazó alrededor de los párpados una línea oscura que realzó la transparencia azul de sus ojos, perfiló los labios con un pincel impregnado de un rojo intenso y rizó los bucles rubios de su cabellera con unas tenacillas. Hizo una mueca, frunciendo la boca y enarcando las cejas, para comprobar que el maquillaje estaba bien repartido y los colores combinaban adecuadamente. Dio un paso atrás, para contemplar su reflejo con perspectiva, se ahuecó las enaguas, ajustó el corsé, acomodó los pechos y pronunció algo más el escote. Echó un último vistazo y, satisfecha de su aspecto, se dispuso a partir. Antes, en un gesto maquinal, tocó la superficie del espejo, fría, dura, obcecadamente impenetrable. Recordó los tiempos en los que el azogue se plegaba a la presión de su cuerpo, se convertía en tenue bruma y le daba acceso al mundo del otro lado. Eran los prodigiosos privilegios de la infancia. Se sacudió la nostalgia que empezaba a invadirla, se dijo que la experiencia de ser mujer también podía ser maravillosa y salió de la habitación.

Ese día necesitaba estar guapa. Era una ocasión especial. Su prometido, el joven Timothy, iba a presentarle a la familia. La presencia de la madre de Timothy, la duquesa de Cheshire, le amedrentaba. Había oído hablar de su carácter y, aunque Timothy la tranquilizaba asegurándole que en privado era afable, Alicia no podía evitar el nerviosismo. Decían que, desde que había enviudado, vivía amargada, trataba con rigor al servicio e incluso tenía comportamientos caprichosos, por no decir tiránicos. Tío Charles aseguraba que se trataba de un caso típico de histeria femenina que algunos médicos curaban con un tratamiento tan eficaz como obsceno. Afortunadamente Timothy estaría a su lado, la apoyaría, encubriría sus torpezas… Subió al coche de punto que le

esperaba a la puerta y, mientras las calles de Londres desfilaban por la ventanilla, intentó imaginar el futuro que le aguardaba. Iba a emparentar con una de las familias más ricas de la ciudad. Pero su influencia iba mucho más allá. Al parecer, el duque de Cheshire había sido amante de la reina Victoria en su juventud y, aunque había fallecido hacía doce años, su familia seguía siendo recibida en la corte. Si se casaba con Timothy, Alicia alternaría con lo más selecto de la sociedad. Irían a vivir a Cheshire Manor, en las afueras de Londres, y tendría que ocuparse de la casa. La perspectiva no le resultaba muy atractiva, pero estaba dispuesta a todo por Timothy. Era tan adorable y se portaba tan bien con ella…

Llegó al domicilio de los Cheshire, cerca del parque Saint James, en pleno corazón de Westminster. Un mayordomo con librea de terciopelo le franqueó el paso haciendo una reverencia ampulosa, la condujo hasta el salón y, antes de retirarse, la anunció:

—¡La señorita Alicia Liddell!

Timothy se acercó a ella, besó efusivamente su mano a modo de bienvenida y le presentó a su tío, el cardenal Nicholas Wiseman, y a su hermana Elisabeth. ¿Sólo dos personas acudían a su presentación?, se preguntó Alicia. Aunque eran parientes allegados, tuvo la impresión de que la familia no mostraba gran interés por dar notoriedad al enlace. Como si leyera sus pensamientos, Timothy anunció:

—Madre vendrá en unos instantes.

Elisabeth, la hermana de Timothy, era cinco años mayor que él, pero aparentaba por lo menos diez. Enteca, de espalda encogida y facciones estreñidas, como fruncidas en un gesto de rechazo, carecía de encanto. Tampoco se esforzaba en tenerlo. Con el pelo recogido en un moño sin moldear y un vestido a cuadros de dudoso gusto, apenas miró a Alicia cuando, frenando el impulso de ésta por abrazarla, extendió hacia ella una mano flácida. En cuanto al tío Nicholas, delgado, más que alto, encaramado en la dignidad de máximo representante de la Iglesia anglicana, se limitó a inclinar la cabeza a modo de saludo. Apenas tuvieron tiempo de intercambiar unas palabras cuando la duquesa irrumpió en la estancia. La acompañaba una camarera que correteaba a su alrededor tratando de cumplir las constantes órdenes que le daba. Apenas prestó atención a la respetuosa reverencia de Alicia. Continuó instruyendo

a la criada sobre el vestido que debía prepararle para la recepción de la noche, sobre la correspondencia que debía enviar antes de finalizar el día, sobre el arreglo de las habitaciones de invitados, sobre los uniformes del resto del servicio… Finalmente tomó asiento, se sacó unos impertinentes de debajo de la manga y examinó a Alicia. Lo hizo sin ningún pudor, recorriendo varias veces su figura con la mirada. Alicia, incómoda, bajó los ojos y se sonrojó debajo del maquillaje. Sin que ello supusiera aprobación, la duquesa le ordenó sentarse. Entablaron la preceptiva conversación sobre el tiempo y, tras arremeter contra la inestabilidad de la meteorología londinense, la duquesa zanjó:

—Hasta que nuestra prima Victoria no tenga poder sobre el clima, no será una verdadera emperatriz. Cada día debería decretar el tiempo en el imperio. Lluvias en la India, sol radiante en Rodesia, tormentas en Canadá… Incluso una inundación para los franceses o un buen terremoto para los austriacos.

—Pero eso supondría usurpar las funciones de Dios, sobre todo en lo que respecta a los franceses y austriacos, que no pertenecen al imperio… —objetó Alicia en un intento de ser ocurrente.

—Si la corona se ocupa de ello, ya encontrará Dios otras cosas que hacer —sentenció la duquesa sin apreciar el humor de Alicia. Y, para demostrar que ella sí ejercía un poder omnímodo sobre sus dominios, sacó un enorme reloj de la faltriquera y exclamó—: ¡Cielo santo, ya es la hora del té!

Al instante, como si fuera un número de un espectáculo, entraron dos criados empujando sendos carritos. Mientras preparaban las tazas y escanciaban la infusión, el cardenal Wiseman, silencioso hasta el momento, carraspeó y se dirigió a la invitada.

—¿Y cómo está su tío, el diácono Dodgson? Tengo entendido que, desde su entrevista con el obispo Wilberfore, dejó de hacer dibujos y sacar fotografías de niñas desnudas. Era algo impropio de un siervo del Señor. Y espero que no siga publicando esos absurdos cuentos que firmaba con ese seudónimo…, ¿cómo era…?

Un incómodo silencio se instaló en la sala. A todas luces, el cardenal tenía más interés en manifestar su censura que en conocer el estado de salud de tío Charles. La duquesa había vuelto a calarse los impertinentes y la observaba entre reprobadora y divertida.

Elisabeth tampoco la perdía de vista, frunciendo aún más su ya arrugado ceño de manera que recordaba a una comadreja. Alicia miró a Timothy en busca de socorro, pero, absorto en las vueltas que su cucharilla daba al té, fingía no haber entendido el reproche, ¿o tal vez lo compartía?

—Carroll, Lewis Carroll… —musitó Alicia.

—Creo que usted misma sirvió de modelo para alguna de las fotografías e inspiró sus cuentos… No se puede decir que carezca usted de insolencia, señorita Liddell. Espero que con los años haya mejorado su educación —prosiguió Wiseman hurgando en la herida del escándalo.

—Y no olvide, tío Nicholas, que en aquella época el diácono Dodgson seguía un tratamiento de láudano. Seguro que aún lo toma. Cuando se adquiere un vicio… —Elisabeth sustituyó el final de la frase por una risita despectiva.

Al oír ese comentario, Alicia perdió el poco aplomo que le quedaba, sintió mareos y creyó desmayarse. Ni podía ni sabía qué contestar. Entonces, como si quisiera dar un giro a la conversación, la duquesa se levantó, se dirigió a uno de los carritos, apartó al criado que lo custodiaba, tomó un cuchillo y, con tono más amenazador que cortés, preguntó:

—¿Alguien desea un trocito de tarta?

Sin esperar respuesta, levantó la tapadera de una de las bandejas y, al encontrarla vacía, lanzó un grito de sorpresa, casi de pánico. Repitió la operación con una segunda y luego con una tercera. Todas las bandejas estaban vacías. Al borde del ataque de nervios, miró a su alrededor y exclamó:

—¿Quién ha robado las tartas?

Alicia no daba crédito a sus oídos. Era evidente que nadie había robado las tartas. Lo más probable era que el servicio hubiera olvidado colocarlas en las bandejas. Entonces, ¿qué insinuaba la duquesa? ¿Por qué la miraba con expresión acusadora?

—Te lo advertí, Timothy. La gente sin escrúpulos, cuando no puede tener los manjares más exquisitos, no duda en robarlos. Dime, cariño —preguntó la duquesa a su hijo—: ¿tú te consideras un plato vulgar o una deliciosa tarta?

Alicia entendió que la duquesa aludía a su eventual matrimonio. Atónita ante la grosería, miró a su prometido esperando, si no una

declaración de amor, al menos un gesto de solidaridad. No se produjo. Sin levantar la cabeza, el joven Cheshire respondió:

—Una tarta, madre. Una deliciosa tarta.

Elisabeth sonrió con indisimulada satisfacción, el cardenal dio un ruidoso sorbo al té y la duquesa se arrellanó en el sofá alisando el vestido, majestuosa como una reina, quizá como una emperatriz. Puesto que Timothy, tras su adscripción a la repostería selecta, permanecía silencioso, Alicia decidió que no debía seguir allí por más tiempo. Tenía la impresión de haber sido invitada sólo para sufrir tan espantosa humillación. Así que se levantó, hizo una escueta reverencia y dijo:

—Señora duquesa, puede quedarse con su hijo y con todas sus tartas.

Salió precipitadamente del salón sin volver la cabeza y buscó la salida por pasillos y habitaciones. Oyó los pasos de Timothy corriendo tras ella. La alcanzó antes de llegar a la puerta e intentó disculparse.

—Yo… Yo… —balbuceaba— no podía imaginar la reacción de mi madre… Claro que tampoco sabía lo de tu tío Charles… Te quiero, Alicia. Pero para los Cheshire el honor de la familia es muy importante…

Alicia miraba a ese hombre acobardado y notaba que el suelo se abría bajo sus pies. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo había podido sentirse atraída, o quizá sólo deslumbrada, por semejante petimetre? Lágrimas de desesperación, y también de rabia, corrían por sus mejillas abriendo surcos en el maquillaje. Buscó en el bolso un pañuelo con el que enjugárselas y, ¡oh sorpresa!, impregnando el fondo de hojaldre y nata, desprendiendo un apetitoso olor a manzana, había un trozo de tarta. Obedeciendo a un impulso irresistible, lo estampó en el rostro de Timothy.

Abandonó la casa de los Cheshire sin saber adónde le llevaban sus pasos. Sola, ultrajada, con el llanto nublándole la mirada, caminaba en medio de la multitud. Pero cuando le venía a la mente la expresión de perplejidad de Timothy mientras la melaza le escurría por la cara, una sonrisa se abría paso en medio del dolor.

De vuelta en casa y tendida en la cama, Alicia sollozaba

inconteniblemente.

—Acabaré nadando en un mar de lágrimas, como cuando era niña —se dijo tratando de tranquilizarse.

Entre hipos y suspiros recuperó el aliento y buscó una explicación a lo ocurrido. Tío Charles tenía razón. Vivían una época pacata, hipócrita y clasista. Por muy orgullosos que los británicos se sintieran de su reina, la viuda Windsor, como casi todo el mundo la llamaba, siempre vestida de negro, favorecía en los últimos años las políticas más conservadoras. La era victoriana imponía lo conveniente sobre lo justo y lo verdadero.

—Yo me esfuerzo en explorar lo que las cosas pueden ser, y ellos en decretar lo único que deben ser. Nos arrebatan la sorpresa de lo posible y nos someten al rigor de lo obligatorio. Así son los moralistas —repetía el diácono Dodgson.

Probablemente Alicia había sido víctima de los prejuicios de la época y del resentimiento que en algunos sectores de la Iglesia persistía contra su tío. Pero, aunque quizá explicaran el comportamiento de los Cheshire, esas reflexiones no aliviaban su desilusión. Sus planes para hacerse mujer habían fracasado. Al día siguiente iba a cumplir dieciocho años, había creído llegado el momento de incorporarse al mundo de los adultos, pero a la vista de los acontecimientos… Además, la misteriosa aparición del trozo de tarta en su bolso la devolvía a aquellos años de magia en los que cualquier cosa podía ocurrir. Así que quizá fuera mejor aferrarse a la niña que no había dejado de ser y seguir lanzando tartas a los estúpidos…, o llorar a mares, reír a carcajadas, correr a todo correr, jugar por jugar, hablar por no callar… y dormir para soñar. Y, conforme lo pensaba, agotada por las tensiones del día, sus párpados se cerraron y una agitada somnolencia se apoderó de ella. Volvió a soñar que caía por un agujero oscuro e interminable. Pero no disfrutó, como cuando tenía siete años. Al contrario, una gran angustia se apoderó de ella. Veía cómo el suelo se aproximaba rápidamente, incluso distinguía la afilada estaca de madera en la que iba a ensartarse… Pero justo cuando faltaban escasos centímetros, se despertó envuelta en sudor.

—¡Feliz cumpleaños, Alicia!

Miró en todas las direcciones, intentando adivinar de dónde provenía la voz. La oscuridad envolvía la habitación, pero a la luz

de la luna se recortaba una silueta. Aunque no distinguía sus facciones, se trataba de un hombre. Con gesto distendido, sacó un reloj del bolsillo del chaleco.

—Acaban de dar las doce —anunció—. Comienza un nuevo día. Quizá para ti, una nueva época. A diferencia de otros cuentos, en éste la magia no termina a medianoche, sino que da comienzo. Levántate y arréglate, que salimos.

Alicia obedeció sin saber si aquello era un sueño o se hallaba en la vida real. El desconocido prendió la lámpara de gas y la habitación se iluminó.

—¡Mírate! ¡Estás horrible! —le dijo confrontándola al espejo.

Tenía razón. Se había acostado vestida y la ropa que tan cuidadosamente había elegido para su presentación en casa de los Cheshire estaba deslucida. Además, las lágrimas del disgusto mezcladas con el sudor de la pesadilla habían arrasado su maquillaje y su rostro parecía una máscara. El hombre sacó un pañuelo y, sin ningún miramiento, como si se tratara de una niña que se ha ensuciado, le limpió la cara. Soltó las horquillas de su pelo, que se desplomó en tupida melena. Le arrancó la falda y la blusa y la dejó con una enagua de seda y el corpiño. La miró de arriba abajo, desabrochó un par de botones, con lo que sus pechos casi desbordaron, y pareció satisfecho.

—¡Quítate los zapatos y ponte estos botines! ¡Píntate los labios del mismo tono rojo que llevabas y separa las pestañas con este cepillo! ¡No necesitas más!

Alicia obedeció y comprobó en el espejo los resultados. Se encontró hermosa. Turbadoramente hermosa. Su rostro, liberado de maquillaje, adquiría una llamativa naturalidad. Su indumentaria, a todas luces indecorosa, le recordaba la de las mujeres que comerciaban con su cuerpo en Whitechapel. Pero esa imagen, lejos de escandalizarla, la excitaba. Salieron a la calle y, respondiendo al chasquido de los dedos del desconocido, apareció una berlina tirada por dos caballos. Subieron a ella y partieron al trote. El desconocido volvió a sacar el reloj de su chaleco.

—No tenemos prisa, Alicia. A diferencia de otros cuentos, en éste hay que hacer las cosas despacio, muy despacio… Procurando que duren el mayor tiempo posible y disfrutando de ellas…

Alicia miró a su acompañante, que parecía un distinguido

caballero. Su cabello blanco se prolongaba en unas pobladas patillas que le llegaban hasta la mandíbula y brillaban en la noche. La densa cabellera no lograba ocultar unas grandes orejas, unos ojos saltones y un par de dientes prominentes que se agitaban en nervioso mordisqueo cuando pronunciaba «muy despacio…», «el mayor tiempo posible…». El personaje, más que inquietarla, le divertía, y se tranquilizó. Al fin y al cabo, después de su decepción con Timothy, ¿qué tenía que perder?

El viaje no duró mucho. Alicia no logró adivinar dónde se hallaban. Le pareció que habían recorrido los muelles del Támesis, bordeado el mercado de Billingsgate y que se habían adentrado en Gray's Inn o en otro de los barrios prohibidos, pero tampoco podía asegurarlo. La berlina se detuvo ante un edificio iluminado. El caballero se apeó, dio la vuelta al carruaje, le abrió la puerta y le tendió la mano. Alicia descendió y, como la polilla atraída por la luz, se dirigió hacia el local cuya enseña rezaba: the march hare. Un portero engalanado como un general le abrió las puertas con exagerada reverencia. Estaba convencida de que su acompañante le descubriría los secretos que ocultaba el local, pero, cuando se disponía a entrar, se dio cuenta de que no iba a ser así.

—¡Feliz cumpleaños, Alicia! —le gritó sacudiendo la mano por la ventanilla mientras se alejaba a toda velocidad.

Alicia permaneció un momento desconcertada ante las puertas desbordantes de luz. Se hallaba sola, vestida de manera provocadora y en un lugar manifiestamente peligroso. Sin embargo, obedeciendo a su impulso y también a la insistente invitación del portero, dio unos pasos hacia el interior. La recibió una vaharada cargada de tabaco, alcohol y un aroma agrio que Alicia no supo identificar. Sintió, como una bandada de urracas, las miradas de la asistencia posándose sobre ella. Lejos de arredrarse, se creció con la expectación y, erguida, exagerando el quiebro de caderas al que le obligaban los botines, siguió al camarero, que se deshacía en elogios sobre su belleza. La condujo hasta una mesa, limpió la silla azotándola con una servilleta y la invitó a sentarse. Lo hizo mirando a su alrededor con descaro, como si tuviera costumbre de frecuentar ese tipo de tugurios. Y debió de resultar convincente porque todos apartaron la mirada y volvieron a sus conversaciones.

Sobre el escenario, una mujer embutida en lamé plateado

desgranaba una canción de amor desgraciado. La terminó ante la indiferencia del público y fue sustituida por un saltimbanqui que hizo su entrada haciendo espectaculares piruetas. Se puso a andar con las manos y luego a girar sobre la cabeza.

—¿Por qué andas de cabeza, loco Matt? —preguntó uno de los clientes.

—En mi juventud andaba con los pies porque temía lastimarme el cerebro. Ahora sé que no tengo y, si lo tengo, no me ha servido de gran cosa. Por lo menos así no me saldrán callos —repuso el loco Matt, siempre boca abajo.

Todo el mundo rió. Captada así la atención del público, el saltimbanqui se puso sobre los pies de un salto y pasó al número de prestidigitación. Se sacó de debajo de la manga una carta tan pequeña que abultaba menos que una uña. Cuando la mostró, nadie fue capaz de distinguirla. Entonces Matt el loco —ahora Matt el mago— sopló y sopló y la carta creció y creció. Hasta que fue tan grande como el propio Matt. Aunque tuviera truco, el efecto resultaba milagroso. La propia Alicia, acostumbrada a la maravilla, lo contempló boquiabierta. Pero los asistentes seguían sin saber qué carta era porque sólo veían el dorso. Matt se postró ante ella, dando muestras de un temeroso respeto; luego mimó la defensa de su inocencia, la condena a muerte, la imploración y finalmente la decapitación. Su actuación fue tan brillante que, al finalizar, todos sabían de qué carta se trataba.

—¡La reina de picas! —gritó la sala al unísono.

Matt hizo girar la carta provocando la risa del público porque efectivamente se trataba de la reina de picas, pero su rostro, caricaturizado, se asemejaba al de la viuda Windsor. Volvió de nuevo la carta hacia sí y se puso a cortejarla. En medio de abucheos, Matt fingía gestos de seducción. Piropeaba al naipe, lo hacía bailar, se arrodillaba en rendida adoración, lo besaba y se frotaba obscenamente contra él. Cuando gritos, pitidos y pataleos estaban a punto de obligarle a terminar el espectáculo —¡qué mal gusto coquetear con la reina de picas!—, Matt enseñó la carta y un murmullo de admiración recorrió la sala. La reina de picas, por amor —o por arte de magia—, se había convertido en la reina de corazones. E, inexplicablemente, su rostro recordaba el de Alicia. Una parte del público se dio cuenta del parecido y, mientras

aplaudía, miraba en dirección a la muchacha. Al igual que Matt, que de esa manera le dedicaba el número. Alicia se ruborizó.

Seis mujeres sustituyeron a Matt en el escenario. Entraron moviendo las caderas y saludando provocadoramente al público. La orquesta arrancó con una alegre melodía y se pusieron a bailar agitando las plumas del tocado, levantando las piernas, remangando las faldas y mostrando unas bragas abiertas por las que enseñaban las nalgas. Aunque podía entender el entusiasmo del público, a Alicia el número no le interesaba. Es más, por un momento temió que los ánimos pudieran caldearse hasta ponerla en peligro. Era la única mujer sola en la sala. Pensó en marcharse, aunque, sin coche y sin saber con exactitud dónde se encontraba, no parecía fácil. El camarero, que le preguntó con babeante obsequiosidad qué deseaba tomar, interrumpió sus reflexiones.

—¿Una taza de té? —preguntó, más que pidió, Alicia.

—De ninguna manera —contestó una voz a su espalda—. No es lugar ni momento para el té.

Era Matt, el mago, el saltimbanqui o el loco, que se inclinaba ante ella a modo de saludo. Se había cambiado de ropa, pero la que lucía aún resultaba más abigarrada que la de la actuación. Una levita verde manzana ocultaba apenas un chaleco amarillo que a su vez venía a engastarse sobre un pantalón a cuadros. El conjunto lo remataba una enorme chistera rosada que, para enfatizar la reverencia, sujetaba en la mano. A Alicia le pareció elegante, estridentemente elegante, y, sin duda, atractivo.

—Mi nombre es Matthew Hatter, pero puede llamarme Matt, señorita —se presentó.

—Alicia Liddell —correspondió ella.

—Lo sé —afirmó mientras se sentaba a su lado—. Champaña, Alfred. Trae una botella de champaña francés.

Aunque desconocía los modales del mundo de la farándula, le resultó osada la manera de presentarse y, sobre todo, de aproximarse. Se sintió un tanto incómoda, pero entonces el champaña vino a interponerse entre ellos, ¿o tal vez a unirlos? Alicia nunca había probado un vino como ése y Matt le habló del champaña, casi lo inventó para ella, con los más fantasiosos

detalles.

—El té es para combatir el aburrimiento y el champaña para avivar la pasión. Cada una de esas burbujas es un deseo. El buen champaña, como el buen amante, nunca deja de burbujear. —Y le enseñó a brindar, a soportar el picoteo del gas en la nariz y a beber a pequeños sorbos. Luego le explicó las claves de su filosofía, ¿o era de su locura?—. Vale más tener un hermoso sombrero que una cabeza bella. Es más, prefiero una cabeza hueca a una llena de malas ideas.

Sorbo tras sorbo, la cabeza de Alicia también se ahuecó y se llenó de burbujas. Le embargó una agradable sensación y se sintió tan cómoda que contó a su acompañante el bochornoso episodio vivido en casa de los Cheshire.

—Debería alegrarse por lo ocurrido, Alicia. Desposando a semejante imbécil no se habría convertido en mujer sino en señora, que es muy distinto.

Aunque Alicia no entendió lo que Matt quería decir, a esas alturas tampoco le importaba. La confianza entre ambos dio paso a la complicidad y no tardaron en encontrarse amartelados, con los alientos cruzados y los dedos enredados. Alicia no había experimentado nada igual. Un agradable cosquilleo le recorría la piel y se depositaba como zumo de limón, jugoso, ácido, espumeante, en lo más bajo del vientre.

—¿Qué sabe del sexo? —preguntó abruptamente Matt.

—Nada —respondió Alicia con un brillo achampanado en los ojos.

—Entonces déjeme que se lo explique. Algunos sostienen que no puede explicarse porque sus placeres son indescriptibles. Yo puedo. Si usted quiere, Alicia, primero le cuento lo que haremos y, si las palabras le gustan, pasaremos a los actos.

Alicia no dijo ni sí ni no. Dio un trago de champaña y se relamió los labios. Matt no necesitó más. Se quitó la chistera, se inclinó hacia su oreja y con voz entrecortada empezó a hablar como si recitara:

—Le amalaré el noema hasta que se le agolpe el clésimo. Caeremos en hidromurias, en salvajes ambonios, en sústalos exasperantes. Le relamaré las incopelusas y permanecerá enredada en un grimado quejumbroso que le hará evulsionarse de cara al

nóvalo. Sentirá cómo las amilas se le espejunan, se van apeltronando, reduplimiendo hasta que quede tendida como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas fílulas de cariaconcia. Y sólo será el principio porque, si consiente en tordular los hurgalios, ludibrísima Alicia, me aproximaré suavemente a sus orfelunios y…

—¿A mis orfelunios? —interrumpió Alicia, demasiado excitada como para seguir soportando tanta sensualidad léxica.

—A sus orfelunios y a sus venurias… —Matt tomó aliento mientras su chistera enrojecía cada vez más—. En cuanto nos entreplumemos, un ulucordio nos encrestoriará, nos extrayuxtará y paramoverá. Será un clinón, la esterfurosa convulcante de las mátricas, la jadehollante embocapluvia del orgumio, los esproemios del merpasmo en una sobrehumítica agopausa. Volposados en la cresta del murelio, nos sentiremos balparamar, perlinos y márulos. Temblará el troc, caerán las marioplumas y todo se resolvirará en un profundo pínice, en niolamas de argutendidas gasas, en carinias casi crueles que nos ordopenarán hasta el límite de las gunfias.

Fue más de lo que Alicia pudo soportar y, cogiendo la mano de su relator, se levantó y se dirigió a la salida. No había entendido nada, pero quería que se lo hiciera. Sin más dilación. Matt se caló la chistera, cuyo tono rosado había virado ya a un rojo carmesí, y la siguió.

—Ahora ya puede abrir los ojos. Prepárese a contemplar la mayor de las maravillas —le susurró Matt.

Primero un párpado y luego otro, con lentitud para disfrutar de la sorpresa, ¿no había que hacerlo todo despacio en este cuento?, se dispuso a mirar. Ante ella, ella. Ésa era la maravilla, su propio cuerpo reflejado en el espejo. E, indudablemente, le gustaba. El champaña la había envuelto en una aureola de brillante dejadez. ¿Era eso la sensualidad? La cadera pronunciada hacia la derecha, el muslo izquierdo entreabriendo la enagua, los pechos asomando hasta la areola y, sobre todo, el pelo revuelto, los labios húmedos y gruesos, el brillo en los ojos… Pero había más. Matt se desnudaba tras ella. Su carne aflorando bajo la ropa excitaba a Alicia. Fibroso como buen saltimbanqui, emanaba fuerza y también una ágil

precisión. Porque, al mismo tiempo que se desnudaba, no dejaba de acariciarla. Besaba su nuca, mordisqueaba sus hombros, lamía el dorso de su oreja, inoculándole un estremecimiento que bajaba por la espalda y estallaba más abajo de la rabadilla, allí donde, con fuerza irresistible, empezaba a despertar el sexo.

Se encontraban en una habitación con numerosos espejos. Todo lo que podía distinguir lo veía reflejado en el que tenía enfrente. Desde esa perspectiva, el mobiliario se le antojaba un ondulado mar de terciopelo rojo. Una otomana, un diván, un sofá, un par de sillones, una cama, todo tapizado en la misma mullida tonalidad, conformaban el conjunto. Las redondeces de respaldos y apoyabrazos estaban reforzadas con almohadas, cojines y almohadones. Salvo una pequeña mesa, en la que destellaba el dorado de las copas de champaña, la habitación ofrecía un sinfín de apoyos —o de refugios— para que se posaran las caricias y reposaran los cuerpos. Y en medio de ese mar, tan carmesí como sus suaves olas, flotaba la chistera de Matt.

En cuanto él estuvo desnudo, comenzó a desnudarla. Le sacó los pechos y Alicia vio en el espejo cómo, según los acariciaba y amasaba, se endurecían sus pezones, y una tibia ebullición le subió por la garganta y empezó a hervir al llegar a la cabeza. Siempre detrás de ella, Matt le bajó las bragas y metió la cara entre sus nalgas, mejilla con mejilla, labios contra labios, y la lengua de él en las dos bocas de ella, en la más rosada y también en la más oscura. Al principio Alicia se dejó hacer, pero luego ofreció resistencia. No se plegó a los embates de él, sino que contraatacó endureciendo las carnes y restregándolas contra su cara. Y, cuanto más enérgico era el frote, más disfrutaba de la batalla. Matt tuvo que retirarse con la nariz irritada y los labios entumecidos. Entonces le separó la hendidura de las nalgas y, cual improvisado canal, vertió champaña en ella. Su boca entreabierta lo aguardaba cuando, tras perlarse en el pubis, se derramaba gota a gota. Mientras Matt bebía con ansiedad, Alicia se notaba cada vez más sedienta.

No sabía dónde se encontraba ni cómo había podido llegar hasta allí. La habitación le resultaba vagamente familiar, pero no podía asegurar que hubiera estado en ella con anterioridad, ni en un tiempo pasado ni en un sueño. Recordaba que, ebrios de música y champaña, habían abandonado el cabaret cogidos de la mano. ¿Y

después? Quizá hubiera sido consecuencia del hechizo verbal con el que Matt explicó, tan incomprensible como evocadoramente, los misterios del sexo. Alicia no olvidaba que, cuando atravesó por primera vez el espejo, tuvo que leer *El Galimatazo,* un poema indescifrable y de mágicos efectos que le había hecho volar. Evidentemente, no se hallaba en el país de las maravillas, pero lo que sentía era maravilloso.

Matt se colocó frente a ella, ambos de perfil ante el espejo, y la miró o, mejor dicho, entró en sus ojos. Fue estrechándola entre los brazos hasta aplastarla contra su piel. En el apretado cuerpo a cuerpo, Alicia sintió cada poro de su amante buscando encajar en los suyos. Pero, sobre todo, sintió esa tea encendida oprimiéndole, casi derritiéndole, el vientre. Se apartó levemente para verla boquear de impaciencia y, como niña curiosa, quizá ya como mujer lujuriosa, la acarició. El ardiente enramado de sangre se encabritó entre sus manos y el propio Matt, aspirado por el placer, contuvo la respiración. Le sorprendió su tacto, tan duro y tan suave, tan ardiente y tan refrescante. Parecía un arma, pero no le daba miedo. En el fondo, Alicia quería que la desgarrara y la abrasara. A ser posible en ese orden.

Matt también se encontraba visiblemente alterado. Las alas de su nariz batían aceleradamente, el pecho se le agitaba, descompasado, debido a los estertores, las caderas le culebreaban de izquierda a derecha… La besó como si el beso le germinara desde dentro, relamiéndole los labios, mordisqueándoselos y luego introduciéndole la lengua. Fue como una serpiente enroscándose en el deseo de Alicia y comprimiéndolo hasta sacarle todo el líquido… o todo el fuego. Alicia notó cómo Matt le pasaba los dedos por el sexo húmedo y luego los olía arrebatado. La volcó, de modo que los riñones descansaran sobre una de las almohadas, y la habitación empezó a darle vueltas. Tal como estaban distribuidos, los espejos repetían su imagen hasta el infinito como en un caleidoscopio. Así que todo lo sintió por dentro y, a la vez, lo vio en multiplicados reflejos. Con el sexo en su entrepierna, Matt se disponía a penetrarla. Tras unos tanteos, tomó un ligero impulso y empujó. Alicia oyó un chasquido, un ruido de cristales rotos estallando entre los muslos, ¿o fue su grito repercutiendo de un espejo a otro?

El dolor se le mezcló con el calor e, inmediatamente, se fundió

con la plenitud del sexo de él ocupando el de ella. Lo vio entrar y salir de su vientre y luego, atrapada en la espiral del vértigo, empezó a caer. A caer hacia lo alto. Se precipitó contra el espejo del techo, el más obsceno porque recogía la expresión de su rostro. La superficie reflectante empezó a reblandecerse, como si fuera a darle acceso. Sus manos, efectivamente, pasaron al otro lado y notó en las palmas esa viscosidad que siempre la impregnaba al llegar al país de las maravillas. Creyó que, impulsada por la nueva experiencia, iba a regresar allí. Pero no fue así. Con la misma energía que había sido disparada hacia lo alto, descendió. El sexo de Matt, engarzado en sus entrañas, la retenía. Y su deseo de que continuara en ellas también. ¿Para qué quería más maravillas? Alicia entendió que, como mujer, no iba a necesitar atravesar ningún espejo. Le bastaría con que un hombre atravesara el suyo.

No supo cuánto duró su primera cópula. Conforme Matt entraba y salía de ella, Alicia se sumergía en el goce o, sólo para tomar aliento, asomaba a la superficie. Él la puso boca abajo y la mantuvo en una única y profunda penetración durante más de cinco minutos. La sentó en su sexo, se atornilló en su interior y giró dentro de ella como las manecillas de un reloj. De costado, la retuvo contra su regazo mientras le oprimía los pechos… Alicia no podría decir todo lo que Matt hizo y le hizo… Hasta que en inesperada explosión soltó chorros de un líquido abrasador que la arrasó por dentro. Entonces inició una nueva y prolongada caída. Porque, cada vez que tocaba fondo, una onda se abría bajo ella y así, infinitamente expansiva, se ahogaba al tiempo que se desahogaba. Durante un tiempo indeterminado Alicia fue delicia. Por fin, agotándose en espasmos progresivamente reducidos, se durmió por segunda vez en el día. Antes de que sus párpados se cerraran, vio que la chistera de su amante, a la deriva por el tapizado, palidecía y recuperaba el rosado original.

¿Cuánto tardó en despertar? Tampoco habría sabido decirlo. Desde luego, ya era de día y, a la vista de la luz que entraba a raudales, una hora avanzada. ¿Dónde se encontraba? Era sin duda la misma habitación en la que había estado con Matt, pero, sustituyendo el derroche de terciopelo rojo, un mobiliario

convencional, propio de un despacho, ocupaba el espacio. Y no había ni un solo espejo. En su lugar y del mismo tamaño que los espejos, ventanas. Y así sí lo reconocía. Era la finca que tío Charles había comprado años atrás para retirarse a trabajar. En esa pieza concreta había escrito los últimos tratados de matemáticas y lógica. Ella misma había asistido a una de sus lecturas. Entonces, ¿qué hacía allí? ¿Cómo se había transformado esa sobria estancia en un encarnado nido de amor? Quizá, una vez más, todo había sido un sueño. Se levantó, todavía mareada y con el sexo dolorido. Tropezó con unos cristales esparcidos por el suelo. Eran fragmentos de espejo manchados de sangre. Los consideró la prueba de que lo vivido esa noche había sido real. Sólo podían ser los restos de su virginidad.

Sobre la mesa, aparatosamente a la vista, había un sobre en el que, con la letra inconfundible de tío Charles, se leía «PARA ALICIA». Lo abrió con la esperanza de encontrar explicación a tanto misterio. Por desgracia no fue así. Si esa carta llegaba a sus manos, era porque Charles Dodgson, el que en tiempos fuera el afamado escritor Lewis Carroll, había fallecido. En ella le informaba de los bienes que le legaba y le daba algunos consejos. Una mujer joven e independiente como ella iba a tener que abrirse paso en un mundo materialista y despiadado. Para ayudarla, su tío le dejaba esa casa en las afueras de Londres, no muy alejada, por cierto, de la casa de campo de los Cheshire. De hecho, bromeando sobre las incomparables dimensiones de ambas, tío Charles había bautizado la suya Chess Hire Manor. Aunque el nombre, además de parodiar el de sus opulentos vecinos, reflejaba su afición por el ajedrez. De hecho, la misiva terminaba aludiendo a ese noble arte. Según aseguraba Dodgson, la vida es una partida de ajedrez. Con la propiedad de esa casa Alicia quedaba posicionada en el tablero. Quizá le pareciera poca cosa, sobre todo comparada con las mansiones del vecindario, pero no debía olvidar que un peón, si alcanza la octava casilla, se convierte en reina.

Apesadumbrada por la noticia, Alicia pensó en su tío y en los buenos ratos que habían pasado juntos. No dejaba de resultarle misterioso, quizá premonitorio, que hubiera muerto el mismo día en que ella había perdido la virginidad. Pero todo empezó a aclararse cuando, al mirar por una de las ventanas del despacho, descubrió

que tanto las parcelas de su propiedad como las colindantes tenían forma cuadrada, y, contemplando las tonalidades de tierras y cultivos, alternaban las claras y las oscuras. Estaba convencida de que, observadas desde una perspectiva suficientemente elevada, cada parcela constituiría una casilla y el conjunto de fincas un tablero de ajedrez. Puede que tío Charles no hablara metafóricamente cuando le decía que alcanzando la octava casilla se convertiría en reina.

Desde luego, una reñida partida de ajedrez se libraba en la zona. Muy próxima a Londres, constituía la vía de expansión natural de la ciudad. Según recientes rumores, el ministro de Obras Públicas había autorizado un plan de urbanismo que comprendía hasta Chess Hire Manor e incluso más allá. Todas esas tierras, dedicadas hasta entonces a la agricultura, iban a revalorizarse. Los especuladores ya habían tomado posiciones comprando algunas, pero sólo eran los primeros movimientos de una larga jugada. Las tierras pertenecían desde siglos a familias de alcurnia. Para muchas de ellas constituían un auténtico feudo, enclave de su hidalguía, bastión del escudo de armas o simple reducto que garantizaba posición y nombradía. ¿Quién, de los que contaban en política y finanzas, no tenía casa en Kingsbury Green o en Harrow on the Hill?

Muy pocos estaban dispuestos a vender y, con tan influyentes propietarios, el ministerio no se atrevía a expropiar. Alicia no estaba especialmente interesada por los negocios inmobiliarios, pero había pasado muchas horas jugando al ajedrez con su tío. Y si acumular terrenos o amasar una fortuna no le producía mayor satisfacción, ganar una partida le resultaba de lo más estimulante. Así que entró en la compra y venta como si de un juego se tratara. De alguna manera, así cumplía con la última voluntad de su tío. No tardó en darse cuenta de que ese mundo controlado por hombres de grandes puros, vientres prominentes y voces estentóreas, era mucho más simple de lo que daban a entender. El arte de negociar se parece al de seducir y, a pesar de su escasa experiencia, Alicia se sabía dotada para ello. De hecho, ante la excepcionalidad de una mujer metida a tales menesteres, los hombres no sabían cómo reaccionar. El galanteo se les confundía con el regateo y la caballerosidad con los beneficios. Y, en último término, ¿quién puede rechazar una oferta cuando va acompañada de una amable

sonrisa, un sugerente parpadeo o, si es necesario, una atrevida insinuación?

Alicia llegó a pensar que la grandilocuencia con la que los hombres hablaban de «hacer negocios» no era sino una estratagema para darse importancia y ocultar la sencillez, cuando no la mezquindad, de sus mecanismos. Ella misma logró labrarse en pocos meses una respetable posición, a pesar de no contar con un capital inicial. No le costó conseguir un préstamo y, en cuanto comprendió que el valor de las cosas —y de los terrenos— guarda estrecha relación con los interesados rumores que se hace circular sobre ellas, demostró ser maestra inflando y desinflando precios. Una de sus más lucrativas prácticas fue la de comprar parcelas sueltas en lugar de propiedades enteras. «Con ganar una casilla es suficiente», se decía siguiendo los consejos ajedrecísticos de tío Charles. Lo cual no le impedía volver a hacer una oferta al propietario de una finca troceada por ventas anteriores, que, ante la disminución de la rentabilidad, se mostraba menos reacio a rechazarla.

Alicia entendió que el amor y los negocios, lejos de ser incompatibles, podían proporcionar grandes beneficios. A fin de cuentas, buena parte de las propiedades con las que especulaba tenían su origen en calculados contratos matrimoniales. Así que nunca se negó a utilizar sus encantos para alcanzar un mejor acuerdo. Por supuesto, no hizo nada que la degradara o la desagradara. Después de Matt Hatter, tuvo otros amantes al margen de los negocios, pero en ocasiones se divirtió mezclando ambas cosas. Así le ocurrió, por ejemplo, con Mister Tweedle.

Alicia tenía poco más de veinte años y contaba ya con cierta notoriedad empresarial. Su fortuna era un valor en alza. A su lado, no obstante, las propiedades de Tweedle constituían un verdadero emporio. Había llegado hacía unos años de Estados Unidos y en poco tiempo se había hecho con una buena parte de los terrenos urbanísticamente estratégicos. Nadie sabía gran cosa de su pasado americano y atribuían su éxito al espíritu emprendedor que regía la vida en el Nuevo Mundo. Lo cierto era que maniobraba con habilidad, y era encantador a la hora de pactar e implacable a la de

hacer cumplir. Más que joven, de aspecto juvenil, se declaraba *sportman*, partidario de la tecnología e incondicional de ese mundo de progreso que el naciente siglo XX iba a alumbrar.

A Alicia no le disgustaba Tweedle. A diferencia de otros especuladores, no parecía estar en el negocio por ambición sino por diversión. Su sentido del juego era menos lúdico, quizá más deportivo, que el de Alicia, pero coincidían en algunas estrategias. Una de las operaciones que contribuyó decisivamente a mejorar su posición la zanjó con una carrera de caballos. Derrotó al barón Edgar Atheling, consumado jinete, en un circuito que le dejó escoger y con un purasangre cuyo pedigrí dejaba la montura de Tweedle a nivel de jamelgo. Cuando Atheling llegó a la meta sudoroso, Tweedle, apenas despeinado, ya estaba allí. Y mereció la notoriedad de la prensa al apostar contra un grupo de propietarios que podía ir volando de Kenton a Harrow Weald. Y lo hizo con una de esas máquinas con motor y alas que causaban sensación en aquellos tiempos.

A Alicia también la conquistó gracias a su gusto por los artilugios modernos. La llevó a dar un paseo en automóvil. Y, tras haber recorrido la campiña londinense a más de cincuenta kilómetros por hora, al borde de un estanque, con el sol en los ojos y las mejillas todavía encendidas por la excitación de la carrera, ella se entregó, o fingió entrega. Lo hizo sin excesiva pasión, más por curiosidad que por verdadero deseo. Quizá también porque le interesaba contar con un aliado, o con una perspectiva diferente, en ese mundo masculino. Él tampoco mostró gran entusiasmo por la relación. De hecho se veían muy de vez en cuando, como viejos amantes, no tanto para satisfacer la tentación de la carne como para intercambiar confidencias sobre las últimas transacciones. Sin embargo, sus contactos se animaron cuando Tweedle introdujo su aliciente favorito: una apuesta.

—La superioridad sexual de las mujeres quedará algún día demostrada. Los hombres nos derramamos en cada cópula y, cuantas más veces nos derramamos, más tiempo tardamos en recuperarnos. Las mujeres, al contrario, pueden pasar una jornada en el lecho recibiendo homenajes de unos y otros. Ni los mejores sementales aguantan más de tres arremetidas seguidas. Pues bien, querida Alicia, estoy dispuesto a yacer con usted toda una jornada

ininterrumpidamente, sin más descanso que los minutos necesarios para tomar aliento y refrescarme.

Alicia sonrió, calibrando la propuesta. Con Tweedle el sexo siempre tenía algo de gimnástico. Si aceptaba, tanta actividad lúbrico-deportiva podía resultar engorrosa. Por otra parte, sentía curiosidad por ver a su amante rendirse ante tamaño desafío. Porque, sin ser experta, había aprendido lo suficiente acerca del sexo para saber que ningún hombre era capaz de superarlo. Adivinando sus dudas, Tweedle introdujo un caballeroso argumento.

—Lo haré y, lejos de suponerme un esfuerzo, será un placer. —Le dedicó una reverencia y remató con un aliciente definitivo—: Me apuesto mis tres parcelas en Wood Green contra tus dos parcelas en Hornsey.

Alicia aceptó. Discutieron sobre la fecha y el lugar donde se celebraría lo que Tweedle llamaba pomposamente «nuestro torneo de amor». Alicia accedió a todas sus condiciones. Sería durante el solsticio de invierno, cuando los días son más cortos, en uno de los apartamentos que el norteamericano poseía en el centro de Londres y que, al parecer, había pertenecido a Oscar Wilde. Consideró que, en cualquier lugar que se produjera el encuentro, su amante no iba a aguantar ni doce, ni diez, ni las ocho horas y media de luz solar previstas para ese 22 de diciembre. Cuando le vio entrar en la habitación con camiseta, calzón corto y zapatillas deportivas, desapareció el poco deseo que le quedaba. Alicia había acudido con camisón de tul y prendas íntimas destinadas, si no a encender, a mantener el deseo de Tweedle. Ella habría tenido que ser la que se presentara desprovista de encanto para desanimarle en su empresa, pero le pareció de mal gusto. Y ahora lo tenía delante haciendo flexiones y respirando profundamente a modo de calentamiento. En cuanto dieron las ocho treinta y siete, hora oficial del amanecer según Greenwich, se abrió la bragueta, sacó un miembro totalmente erecto y se abalanzó sobre ella.

Alicia le vio venir entre incómoda y divertida. Al principio lo acogió con indiferencia, pero con el vaivén y los primeros sudores su cuerpo, olvidando ridículos y prevenciones, empezó a responder. Y enseguida comprendió que Tweedle pretendía prolongar lo más posible cada cópula. Ése podía ser el truco. En ningún momento

habían acordado el número de veces que harían el amor. Lo más probable es que intentara pasar el día entrando y saliendo pero sin eyacular más de dos o tres veces. En cuyo caso, manteniendo una actitud distante, favorecía sus propósitos. Así que empezó a excitarle pellizcándole las nalgas, acariciándole los testículos, apretando el sexo, jadeando en sus oídos… De esa manera y, aunque resistió todo lo que pudo, Tweedle quedó fuera de combate en media hora. No le importó. Se levantó y fue al cuarto de baño. Alicia le oyó respirar profunda y acompasadamente, lavarse y orinar. A los cinco minutos, fresco, repeinado y de nuevo erecto regresó a la habitación.

El maratón prosiguió, interrumpido tan sólo por las breves visitas al cuarto de baño. Naturalmente, conforme se sucedían las cópulas, las eyaculaciones tardaban más en producirse. Alicia cayó en una especie de trance. A la vista de los acontecimientos, dejó de procurar el agotamiento seminal de su amante, ahora convertido en contrincante. La simple idea de mantenerse indefinidamente penetrable y abierta al gozo le provocaba una gran excitación. Su piel se le antojaba más impúdica, los pechos más contundentes y los labios —todos— más gruesos. Tweedle cumplió. Sudó sobre ella, imprimiendo un ritmo frenético a sus caderas. Y también estuvo a punto de quedarse dormido. Pero en ningún momento cayó derrotado.

Oscurecía y Tweedle seguía yendo y viniendo entre sus muslos. Si Alicia no había contado mal, ésa era la novena cópula. Una auténtica proeza. Y, aunque nunca había pensado que fuera buena idea hacer del amor un récord, tuvo que reconocer que la experiencia había merecido la pena. La compenetración de los cuerpos hasta el agotamiento tenía algo de compulsivo, casi desesperado, que le había proporcionado desconocidos momentos de placer. Pero, fatigada y dolorida, decidió rendirse. Aunque faltaran cuarenta y tres minutos para el anochecer, ni Tweedle se iba a derrumbar ni ella quería seguir. Tuvo que firmar los contratos de cesión que el norteamericano ya tenía preparados. En cuanto la vio hacerlo, se derrumbó en el lecho y quedó profundamente dormido.

La hazaña dejó a Alicia admirada durante varios días. Nunca pensó que Tweedle tuviera tanto vigor sexual. Pero, disipado el éxtasis, dio en pensar y también en recordar. Porque, si la memoria no le fallaba —y la memoria de la piel no se equivoca—, todos los actos sexuales no habían sido iguales. Repasando caricias, arremetidas, espasmos y ritmos, descubrió dos maneras de hacer el amor claramente diferenciadas. Incluso, si los poros no le mentían, dos tipos de piel. La sospecha se abrió paso en su mente como un relámpago. De pronto todo cobraba sentido. No había un Tweedle sino dos, idénticos, seguramente gemelos. Mientras uno trabajaba entre sus piernas, el otro reposaba en el cuarto de baño. Y cuando aquél terminaba, éste tomaba el relevo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Una vez descubierta la estratagema, le parecía evidente. De esa manera cada Tweedle había estado con ella cuatro veces. No era una mala marca, pero alejada de las épicas nueve cópulas con las que había ganado la apuesta.

Si repasaba las principales operaciones inmobiliarias del norteamericano, casi todas se podían explicar de la misma manera. La victoria sobre el barón Atheling no había supuesto ningún problema. Un Tweedle había estado en la línea de salida mientras el otro, apostado cerca de la meta, sólo había tenido que cabalgar unos pocos metros. Con toda probabilidad, su hazaña aeronáutica se explicaba de la misma manera. Uno de los hermanos había despegado de Kenton y el otro había aterrizado en Wood Green. Sólo habían tenido que preocuparse de que tanto los caballos como los aviones de ambos guardaran el suficiente parecido, algo sin duda fácil para tan redomados timadores. Para tener absoluta seguridad, encargó a un detective que investigara el pasado norteamericano de los Tweedle o de cualquier otra pareja de gemelos con antecedentes fraudulentos. No tardó en ver confirmadas sus sospechas. En Estados Unidos eran tan conocidos que se les llegó a apodar Tweedledee y Tweedledum. Nunca se habían visto implicados en grandes estafas, pero habían estado varias veces en prisión. El viaje a Europa debía de haberles hecho más listos y ambiciosos. Aunque —se ratificaba Alicia— los negocios en Londres eran algo bien sencillo. Y más para alguien sin escrúpulos.

Pensó en denunciarles a la policía o, mejor, en ponerles en

evidencia ante la sociedad londinense a la que habían timado. Pero, bien mirado, lo más inteligente sería aprovecharse de la situación. Ahora Alicia sabía algo que los demás ignoraban. Sabía más incluso que los Tweedle, confiados en su estratagema y, con toda seguridad, dispuestos a volver a ponerla en práctica.

Pero, si ellos eran maestros en hacer de dos personas una identidad, Alicia era maestra en hacer de una identidad dos personas. Por algo tío Charles la había proclamado reina de los espejos. Con él había estudiado catoptromancia durante años. La ciencia de los espejos y de los reflejos no tenía secretos para ella. El hecho de que ya no le estuviera permitido pasar al mundo del otro lado no significaba que no pudiera valerse de sus mecanismos. En la primera lección, su tío le explicó que la memoria de los espejos puede funcionar hacia atrás y hacia delante. Es decir, que un espejo puede recordar lo que ya se ha reflejado en él y lo que algún día se reflejará. La catoptromancia fue ciencia muy prestigiada en la Antigüedad y muchos aseguraban leer el futuro en un espejo. Pero a Alicia no le interesaba eso. Quería que su imagen quedara fijada para siempre en un espejo. Para ello sólo necesitaba ponerse delante, actuar tal y como quería ser grabada e, inmediatamente, envolver el espejo en un paño negro de fieltro, encerrarlo en un cofre lleno de hielo y esperar a que el reflejo se congelara. De esa manera, en cuanto el espejo fuera destapado y la luz incidiera sobre él, repetiría incesantemente las imágenes grabadas. Tío Charles tenía grandes esperanzas en la explotación industrial de esta propiedad de los espejos. Pero la invención del cinematógrafo, menos realista pero más barato, dio al traste con ellas.

Durante varios días Alicia ensayó delante de espejos de distinto tamaño. Tuvo que romper muchos antes de quedar satisfecha. Su plan exigía que cada movimiento, cada postura, cada expresión estuviera perfectamente calculada y coincidiera, mejor dicho, se integrara en el escenario que había imaginado. Por fin, cuando lo tuvo dispuesto, se preparó a disfrutar de un juego que, de acuerdo con la dialéctica especular, iba a dar la vuelta al engaño de Tweedle. Se citó con él y le hizo una propuesta que no podría rechazar.

—La pasión de los hombres es extraordinariamente inconstante. Una vez que han tenido a una mujer, se aburren de ella. En

realidad, aprecian menos el placer de la carne que el orgullo de la conquista. Así, un día se muestran inagotables con su amante y al siguiente apenas les apetece su compañía. Querido amigo, estoy convencida de que serás incapaz de repetir la hazaña del otro día. Es más, dudo mucho que sobrepases las dos veces.

Tweedle se atusó el bigote con suficiencia. No sabía dónde quería llegar Alicia, pero, seguro de su gemelar complicidad, la dejaba avanzar. Y sonrió tan satisfecho de sí mismo como de la estupidez de las mujeres cuando la oyó decir:

—Te apuesto todas tus propiedades al oeste de Tottenham contra todas las mías, que, como sabes, son muchas más.

Naturalmente, en esta ocasión la cita se produjo en el lugar que propuso Alicia. Escogió Chess Hire Manor, en concreto el despacho de tío Charles, la misma habitación que presenció su iniciación en brazos de Matt Hatter. Siguiendo la pauta que le había proporcionado aquella inolvidable noche, cambió el mobiliario y sustituyó las ventanas por espejos. Uno de ellos, el que contenía sus reflejos grabados, lo mantuvo envuelto en el paño negro. Tweedle llegó antes de la hora. Se le notaba inquieto: no conocía la casa y le preocupaba que su hermano no pudiera entrar y garantizar su relevo en el lecho. Alicia, consciente del problema, le tranquilizó asegurando que era un lugar muy tranquilo y que, continuando los hábitos de su tío, nunca cerraba las puertas. Es más, le mostró la casa haciendo hincapié en la sala colindante que podía utilizar como cuarto de baño. Luego, sin aguardar la hora, como si fuera víctima de un irresistible arrebato, tomó la iniciativa. Desbordado por las caricias, Tweedle no vio cómo Alicia rasgaba la tela que envolvía el espejo y la incierta luz del amanecer incidía en su superficie. Cuando quiso darse cuenta, se encontraba desnudo con su imagen reverberando hasta el infinito de un espejo a otro. Y, si la suya se multiplicaba en una cascada de perspectivas, ¿qué decir de la imagen de Alicia? Su apasionamiento era tal que parecía estar en varios sitios a la vez. En realidad sólo había dos Alicias, una real y otra memorizada en el espejo, pero se reproducían y actuaban de forma conjuntada provocando el delirio de los sentidos o —como le ocurría a Tweedle— el vértigo de la razón.

En una habitación tapizada de espejos, ¿cómo distinguir si la caricia recibida es de la mujer o de uno de sus reflejos? Además,

¿tiene eso importancia? El placer se nutre más de la imaginación que de la realidad, y en el sexo, como en los espejos, todos somos imágenes. Así que Tweedle se vio desbordado por el generalizado espejismo y sintió a Alicia por todo su cuerpo, deslizándose entre sus piernas, lamiéndole las nalgas, abrazándole la cintura, batiendo su miembro, mordiendo su cuello… Por un momento, tuvo la sensación de que dividido, o multiplicado, la penetraba dos veces, pero no consecutivas sino simultáneas, como si cada uno de ellos fuera dos o, al menos, tuviera dos sexos.

Una esperanza le quedaba a Tweedle. Con tanto desdoblamiento, su hermano podía introducirse en la habitación sin que la joven se percatara. Y, por fortuna, así lo hizo. Porque el torbellino de lujuria en que se había convertido Alicia no permitía contención ni consentía descanso. Eyaculó a los pocos minutos en las manos de la joven sin haber llegado siquiera a penetrarla. Ella entonces utilizó su esperma como ungüento que se aplicó y le aplicó con tal lubricidad que le provocó una nueva erección. ¿A él o a su hermano? La confusión se apoderaba de todo y de todos. Tweedle se miraba al espejo y no sabía si era entidad, fraternidad o especularidad. Tampoco estaba seguro de si gozaba o de si se veía gozar, ni siquiera de si el placer le venía de sentir o de mirar, del tacto o de la vista.

Alicia contaba con la incorporación del otro Tweedle. Es más, en eso se basaba su plan. Disfrutó especialmente sintiendo a los dos dentro, sintiendo el compensado vaivén que se establecía entre sus cuerpos idénticos, la complementaria textura de sus carnes, la sincopada alternancia de sus caricias… Alicia los acogió en la boca y en el sexo, en el claro y en el oscuro, por delante y por detrás, encima y debajo… Y su reflejo previamente grabado la acompañaba en todas sus maniobras de tal forma que se diría que gozaba de vida propia.

Cuando estaba a punto de desbocarse el frenesí de todos —fueran los que fueran los que en esa habitación copulaban—, Alicia, sin dejar de cabalgar, diluyó azufre en un cuenco. Según le había enseñado tío Charles, sólo el azufre es capaz de disolver o, mejor, de aglutinar el mercurio de los espejos. Y el efecto resultó espectacular. Roció los espejos con la solución sulfúrica y al instante se transparentaron, devueltos a su condición de ventanas. Una

resplandeciente luminosidad se instaló en la estancia mientras los efluvios pútridos del azufre parecían empapar el vértigo de las perspectivas. En unos segundos los Tweedle se encontraron descubiertos y atufados. Desnudos, sudorosos, atrapados bajo los muslos de su común amante, se miraron perplejos. Sin darles tiempo a reaccionar, Alicia los encajó ingle contra ingle, juntó sus sexos y los ató. Entonces, en cuclillas, abriéndose de par en par, se los introdujo a la vez. Al principio con esfuerzo; luego, según subía y bajaba, progresivamente holgada. Escopeta de doble cañón, el sexo de los Tweedle la abarrotaba y además la desbarataba porque, por más que formaran uno, eran dos y sus desajustes en los movimientos, en la palpitación, en la nervadura, le proporcionaban sumo placer.

Comprendió que en esta ocasión, inevitablemente, los gemelos iban a eyacular a la vez. De hecho lo sintió venir, como el volcán que se hincha y tiembla antes de entrar en erupción. No podía adivinar lo que sentían los Tweedle, pero, a la vista de su galvanizada gestualidad, era muy intenso. Explotaron mirándose el uno al otro, como si Alicia no existiera, y gritando desgarradoramente, de nuevo univitelinos. Su esperma, en prolongada incontinencia, desbordó a Alicia y, tras dejar de fluir, los tuvo varios minutos agónicos.

Alicia fue la primera en reaccionar. Se levantó y abrió una de las ventanas para despejar el olor a azufre. Al ver a los Tweedle con los sexos atados pero marchitos, uno vencido a la derecha y otro a la izquierda, no pudo evitar una sonrisa. Su victoria no podía estar más clara. El engaño de los gemelos quedaba absolutamente patente, y en esa postura hasta parecían esposados. En cualquier caso, no habían ganado el desafío, agotados, quizá definitivamente deshermanados. Sin dejar de sonreír, sin vestirse siquiera, Alicia les tendió los contratos de cesión. No protestaron. De hecho, apenas se atrevieron a mirarla. Tweedle y sus dos cuerpos firmaron.

Con esta operación, Alicia se convirtió en la mayor propietaria al noroeste de Londres. En cuanto cerrara unas cuantas ventas, estaría en condiciones de ofrecer al ministerio el paquete completo de propiedades que requería su plan urbanístico. Al ser la única

propietaria, tendrían que aceptar la suma que pidiera. Tan sólo un obstáculo se interponía. Y parecía difícil de resolver. Sir Humphrey Dumphrey se había enrocado. Según aseguraba, sus propiedades habían sido otorgadas a sus antepasados por el mismo Guillermo el Conquistador, allá por el siglo XI. Docenas de Dumphrey se habían sucedido al frente de esos dominios y no pensaba vender por mucho que le ofrecieran. Se declaraba dispuesto a defender, por las armas si fuera necesario, ese reducto aislado en medio de las fincas de Alicia. Y, para demostrar que no bromeaba, había levantado un muro sobre el que pasaba horas oteando el horizonte, en pie de guerra, a la espera de una orden de expropiación o de un desahucio.

Si algo había aprendido Alicia en los últimos años era que a los hombres se les derrota más fácilmente por el amor que por las armas. Y Sir Humphrey no podía ser una excepción. Había oído insistentes rumores sobre sus aficiones eróticas. Decían que, a pesar de su pequeño tamaño, o precisamente por él, poseía un enorme miembro que sólo podía satisfacerse entre varias mujeres. Al parecer, su cuerpo ovoide funcionaba en la práctica como una especie de contrapeso para mantenerse erguido mientras desplegaba la erección. Tanta obcecación en la defensa territorial y tanta hipertrofia sexual despertaron la curiosidad de Alicia, que decidió visitarlo para ver —y si hacía falta tocar— lo que había de cierto en esos rumores.

Lo encontró encaramado en su muralla y, en cuanto la vio aparecer, se lanzó a proferir amenazas. Aseguraba que Eduardo, el recién proclamado rey, no consentiría semejante atropello y cuidaría de que el patrimonio de los Dumphrey se mantuviera intacto para las generaciones venideras. Alicia se acercó hasta el pie de la muralla con la más radiante de las sonrisas y dejando asomar sus encantos por el escote.

—Tranquilizaos, señor —le habló como a paladín medieval—. No vengo a desposeeros de vuestras tierras. Sólo hay una propiedad de los hombres que me interese y, si bien se mira, es su única posesión verdadera. De ella sale su descendencia y en ella radica su fuerza. Nadie puede arrebatársela porque siempre la lleva puesta. Yo sólo pretendo visitarla —moduló la voz insinuantemente—. ¿Me abriréis ahora la puerta?

Alicia había notado que, conforme le hablaba, la entrepierna de

Sir Humphrey se inflamaba. Hasta tal punto que hacía peligrar su precario equilibrio sobre la muralla. «Santo cielo», pensó, «parece aún más grande de lo que dicen.» Vencido por los encantos de la joven, el enorme depósito de la genealogía de los Dumphrey acabó dando con su propietario en el suelo. Se incorporó, recomponiendo la hidalguía, abrió la cancela y, con asombrosa rapidez para sus cortas piernas, condujo a Alicia hasta sus aposentos. Y allí, en cómoda intimidad, insinuación tras insinuación, el sexo de Sir Humphrey creció poniendo sus pantalones al borde del estallido. La situación era ridícula sin dejar de resultar excitante. En cualquier caso, necesitaba urgente intervención. Alicia sacó un pañuelo delicadamente plegado, lo abrió y mostró su contenido.

—Esta seta que veis es un regalo de mi tío Charles para una ocasión especial. Y no veo ninguna mejor que ésta. Tiene extraordinarias propiedades. Si muerdo del lado izquierdo, menguaré, y si muerdo del derecho, creceré. ¿Cómo preferís que sea yo para vos, Sir Humphrey?, ¿grande o pequeña?

Excitado por la propuesta, ni Sir Humphrey ni su sexo cabían en sí de gozo. Se revolvió de impaciencia, calibró la extraordinaria opción que le ofrecían y, ante la sorpresa de Alicia, eligió.

—Pequeña.

Había creído que el deseo de un hombre con semejante miembro sería encontrar una mujer lo suficientemente grande para darle cabida. Pero se equivocó. La prefería del mismo tamaño que su prominencia, casi una compañera. Pues la tendría. Tal y como le había enseñado su tío, la seta no obraba milagros en la talla de las personas, sino en su percepción de las cosas. Así que quien debía comer un trozo no era Alicia, sino Sir Humphrey. Entre carantoñas y zalamerías, consiguió que lo tragara. Y los efectos no se hicieron esperar. Leyó en la expresión de su rostro que ya la veía del tamaño deseado e, influida por la alucinación de él, ella también se sintió disminuir. Y la dimensión de lo que se ocultaba en la entrepierna contribuyó a reforzar la ilusión.

Se encargó ella misma de liberarlo. Desabrochó con dificultad el pantalón, porque la presión apenas se lo permitía y las descontroladas pulsaciones hacían que se le escaparan los botones. Por fin la bestia emergió. Alicia nunca había visto y nunca vería nada igual. El coloso ascendía prácticamente hasta la barbilla de su

propietario. Incapaz de manipularlo, se limitó a abrazarlo. Totalmente desnuda, se restregó o bailó con él al tiempo que besaba su cabeza enrojecida. Acarició sus testículos, uno con cada mano y luego uno con cada pecho. Sir Humphrey, tumbado y congestionado, la contemplaba ir y venir, subir y bajar… Desde su alucinada perspectiva, el devaneo de la mujer con su sexo se le antojaba una lucha cuerpo a cuerpo. Alicia, aunque divertida, tampoco quería demorar el juego. Las dos cabezas de Sir Humphrey estaban tan coloradas que temía una apoplejía o, simplemente, que la sangre le faltara y arrugara la erección. Así que sujetó el cuello del prepucio con las dos manos y lo lamió hasta tenerlo bien humedecido; luego, con una mano que se llevaba a la entrepierna, lo impregnó con el aroma de su sexo y, finalmente, lo sacudió como si lo estrangulara. Notó el esperma subir como un surtidor y salir disparado hacia lo alto para caer en gotas gigantescas y densas. Salpicó el cuerpo de Alicia y también el de Sir Humphrey, que resoplaba con una sonrisa.

En cuanto se repuso, continuaron la conversación cubiertos de esperma y con el sexo de Sir Humphrey enroscado y todavía palpitante. Alicia, que sabía que ése era el mejor momento para negociar con los hombres, argumentó con la mayor naturalidad.

—Aunque os jurara amor eterno, sabéis que las mujeres somos veleidosas. Hoy en día ni siquiera en la palabra de los hombres se puede confiar. Así que, por mucho que os lo prometa, nunca tendríais garantizado un cuidado de vuestro sexo como el que con mi reducido tamaño os acabo de ofrecer. Puedo proporcionaros, sin embargo, el objeto que permite tan deliciosa atención. Puedo regalaros la seta milagrosa.

Los ojos de Sir Humphrey se encendieron de codicia, lujuria, impaciencia y algún otro humor. Alicia había tocado su punto débil. Sólo le quedaba rematarlo con la adecuada sutileza.

—A cambio sólo tenéis que entregarme vuestra propiedad —y, como le sintió estremecerse de inquietud, se apresuró a añadir—: Pero no vuestra principal propiedad, esa torre inexpugnable de la que sale vuestro linaje y os proporciona tanto placer, sino esa otra de piedra y ladrillo que un día dejará de producir o perderá valor.

Alicia sintió la voluntad de su huésped dudar entre su arraigo nobiliario y su dispersión seminal. Desdobló el pañuelo y le ofreció

la seta para reforzar la tentación. Sir Humphrey Dumphrey, vástago fundacional de la nobleza inglesa, gruñó, se rascó la cabeza, se mordió las uñas y, por fin, cogió la seta.

Si con la adquisición de las propiedades de Mister Tweedle aumentó el prestigio social de Alicia, la toma de posesión de los dominios Dumphrey la encumbró a lo más alto. Hasta los más reacios a aceptar a especuladores y arribistas se rindieron a sus pies. Nadie llegó a conocer las cláusulas del contrato firmado con el Ministerio de Obras Públicas, pero aseguraban que las condiciones habían sido ventajosísimas. Los pretendientes hacían cola a su puerta y los rumores acerca de su promiscuidad se acallaron. Todo el mundo que se preciara se jactaba de conocerla y se peleaba por invitarla.

Siempre guardó un amor entrañable hacia tío Charles y conservó como un tesoro las fotos que le hizo de niña, así como los secretos sobre catoptromancia y otras útiles artes que le enseñó. En la lujosa mansión que adquirió en el centro de Londres, su retrato ocupó un lugar preferente, y también el espejo que le abrió las puertas de las maravillas. A pesar de sus éxitos, no dejaba de mirarlo con nostalgia. En las ocasiones especiales, cuando realmente quería estar guapa, se maquillaba ante él.

No se entretuvo en comprobar si sus adquisiciones le habían llevado a completar el tablero de ajedrez que un día creyó ver desde la habitación de Chess Hire Manor. Tampoco supo con exactitud si había alcanzado la octava casilla, la que permite que el peón se convierta en reina. Pero un día de primavera, víspera de su veinticinco cumpleaños, Timothy Cheshire llamó a su puerta. Azorado, quizá avergonzado, venía a invitarla a tomar el té. Su madre, la duquesa, se sentiría muy honrada de recibirla.

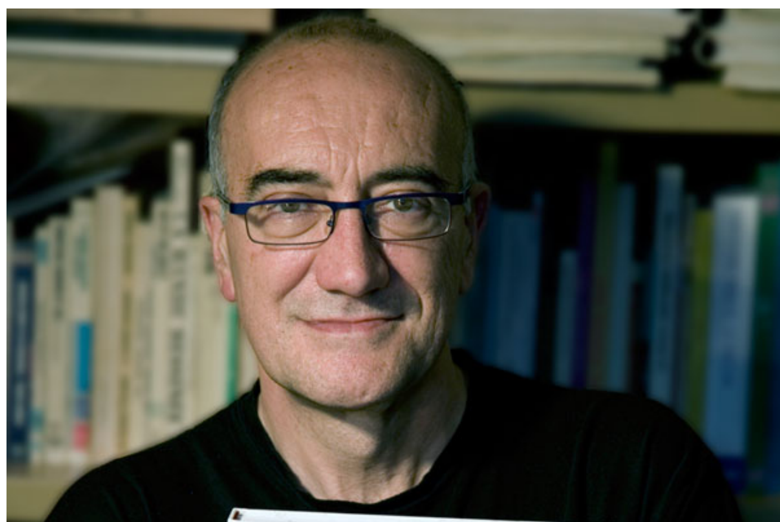
Alicia había oído que la situación económica de la familia atravesaba un mal momento. Incluso se rumoreaba que en breve se verían obligados a vender Cheshire Manor. Intuyó que la invitación pretendía recuperar el vínculo roto siete años atrás. Quizá Timothy, o su madre, pensara que él todavía ocupaba un lugar en su corazón. Quizá, simplemente, dada su experiencia inmobiliaria, pretendiera negociar con ella la venta de la casa. Quizá, incluso, habida cuenta

de su situación geográfica, Cheshire Manor fuera la octava casilla. Pero Alicia no quiso saber nada.

—Lo siento, Tim. Como ves, me he convertido en un suculento bocado y no puedo ir a una casa en la que se roban tartas.

Cabizbajo, Timothy se alejó sin despedirse, consciente de que le devolvía la humillación de la que en tiempos la hizo objeto. Alicia le vio alejarse y sonrió. No tanto por haberle humillado como por haber conquistado la libertad de poder decir no. Quizá en los tiempos modernos, ser reina consistiera en eso.





ANTONIO ALTARRIBA (Zaragoza, 1952) es catedrático de literatura francesa en la Universidad del País Vasco. Le interesan los aspectos visuales de la escritura y las posibilidades narrativas de la imagen, y también la literatura erótica. Sobre ello ha escrito libros como *La España del tebeo* (2001), *Tintín y el loto rosa* (2007) o *La paradoja del libertino* (2008). Como guionista, es autor de álbumes de historieta como *Amores locos* (2005) o *El arte de volar* (2009) y de series fotográficas recogidas en *El elefante rubio* (2007) o *Vida salvaje* (2008). Como escritor de ficción ha publicado, entre otros títulos, *La memoria de la nieve* (2002) y *Cuerpos entretejidos*, finalista del XVIII Premio La Sonrisa Vertical y publicado por Tusquets Editores en esta misma colección (La Sonrisa Vertical 97).